

(Una Historia de Narzeca)
La Historia Marginal.

1989.-

La idea de escribir historias para justificar o hacer verosímil otras historias no fue una buena idea. Y no fue una buena idea porque no se justificó ninguna historia y menos se la hizo verosímil.

En todo caso era un intento honesto, por parte de un profesor de lenguas clásicas, por dar a conocer un hecho insólito sin causar escándalo o alarma.

No sé si los resultados fueron simétricos con los objetivos, o si lo que había llegado a mi conocimiento, y que hizo escribir estas historias, era tan sensacional o trascendente como lo creí en un momento. Pero de igual forma estos relatos fueron un recurso que no había sido ni el primero ni el único en utilizar. Y estos precedentes ~~los validaban.~~

1949.-

La primera clave que hizo sospechar a Martin Fornos que la historia tenía un revés, o que la historia podía haber sido mal contada y escrita o, que al menos había otra historia distinta, la descubrió en una anotación marginal en la biblia de Aescenius Milagro.

La referida anotación partía al término de la segunda línea del capítulo cinco y bajaba por el borde de la página en forma perpendicular a la letra impresa. Estaba escrita con tinta púrpura, firme a pesar del tiempo aparentemente transcurrido y si así era, seguramente sus palabras trazadas con una pluma de alcaudón. (Estas plumas, por el rasgo fino que permite su sección y la perenne fluidez que adquire la tinta que permanece en su cálamo, eran las escogidas para anotar sobre papeles bastos como el de aquella biblia.)

Y esa nota no era explicatoria del texto ni lo ampliaba, no, esa nota era otro texto, coherente con el conjunto pero absolutamente contradictorio del que parecía ser una apostilla.

Su contenido era de una naturaleza tan inverosímil que Martin sentía que lo irritaba y estaba cierto que si divulgaba su descubrimiento, su vida mansa y reflexiva se iba a ver alterada. Y por ello y aunque ya no existía la Inquisición ni ningún otro tribunal semejante, resolvió dejar en suspenso ese hallazgo.

Pero si bien tampoco tenía prisa por continuar en esa investigación y develar lo arcano que presagiaba, por un lado, por el otro lo acuciaba un sentido irracional y vocacional del deber que no le daba sosiego desde que reparara en ese escolio de color orgánico y línea segura.

Sin embargo pasaron muchos meses antes de que Martin continuara avanzando en lo que tanto lo turbaba.

Tenía además múltiples obligaciones que lo mantenían, a veces por semanas, alejado de la biblioteca donde se había encontrado con el libro de Milagro. Y quizás su trabajo hubiera quedado interrumpido o definitivamente suspendido si el invierno de 1949 no se hubiera alargado de la manera en que lo hizo y si la nieve no hubiera cubierto los campos de cultivo hasta bien entrada la primavera. Esta circunstancia y la donación de parte de su biblioteca -inservible por lo demás - que hiciera el marqués de la Espina y Joz, permitieron que Fornos pudiera continuar con sus estudios. Porque el Superior lo excusó de las tareas agrícolas por ser unos de los pocos que manejaba bien la lengua y que podía dedicarse a ordenar y clasificar el aporte -que él sí creía importante -que aquél marqués hiciera al convento.

Fornos había nacido en Navarra en tiempos en que el padre de una familia numerosa tenía el derecho indiscutido de sugerir una

vocación a sus hijos. También en ese tiempo se decía que toda familia española con tres hijos varones, ni familia ni española si ninguno de ellos era cura. Se decía. Martín no se rehusó al deseo de su padre. Porque aunque no dejaba de ser extraño, lo tentaban las letras y el humanismo y no ignoraba que de la sotana, en fin, se sacude uno antes cuando quiere que cuando puede. Además era un joven tímido y taciturno que odiaba los sábados de pueblo, las obligadas correrías de seducción y la estúpida turbulencia de los jóvenes de su edad.

(Ubicar en este contexto o en el contexto de la vida de un cura montaraz, nacido en Navarra, el descubrimiento que se desprende de la nota encarnada de la biblia de Aescenius Milagro, corría el peligro indudable de no ser tomado en cuenta. Por ese motivo fue desechado de inmediato.)

1958.-

Aristides Joao Mateus había emigrado desde un pequeño pueblo, casi una venta, al sur de Coimbra, hacia Alemania a fines de los

años cincuenta. Viudo y sin hijos y ya cerca de los cuarenta años, escuchó de parte de dos turcos que bebían un vinillo en la taberna del lugar y que no hablaban mal el portugués, que en aquél país era posible encontrar trabajo, duro, pero bien pagado. Y así fue. No bien llegado a Hannover donde lo destinaron, lo pusieron a cargo de revolver el asfalto con el que se reparaban las calles devastadas por el invierno.

Tres meses después y a raíz de un accidente del trabajo que lo mantuvo quince días hospitalizado conoció al jefe de aseo de una de las filiales de la biblioteca municipal de Hannover. Karl Hohenhole, su vecino de cama, debía recluirse cada tres meses dentro de una tienda de oxígeno para ventilar y limpiar sus pulmones de tanto y tan nocivo polvo de libros y anaqueles. El hombre conocía y amaba su oficio y sabía que no es lo mismo desempolvar los incunables castellanos del siglo XI que los papiros encontrados en las márgenes del mar muerto. Que no se puede pasar el mismo plumero ni con la misma intensidad por los viejos tomos que nos relatan las guerras feudales bávaras que por encima de los paperback de la última sala habilitada.

Por eso, cuando ya pudo sacar el habla, le ofreció trabajo en su departamento a ese hombre amigable que dormía a su lado en el hospital, que se quejaba apenas en las noches, que por nacimiento hablaba el portugués, por vecindad el español, por religión el latín y por el exilio laboral algo conocía del alemán.

Mateus aceptó encantado y abandonó su trabajo como revolvedor de asfalto en las calles de Hannover. Llevaba como secuela una fea quemadura en el muslo derecho, una suma interesante por el seguro

y un nuevo quehacer en la biblioteca municipal.

Fue asignado a la sección panibérica y en ella a la división de libros del culto. Tuvo una breve charla de instrucción por parte de Hohenhole y a las pocas semanas recibió un estímulo por su eficiencia y dedicación. Ya se sabía que los dedos de los estudiosos, archiveros, autodidactas y de quienes pasaban por su sección estaban libres del molesto polvillo de los libros cuando terminaban el trabajo. Y tampoco ningún obispo se quejaba de alergias o accesos de tos mientras examinaba algún catecismo o alguna rara hagiografía de su interés.

Y así habría transcurrido la vida en Alemania de Joao Mateus si una mañana, un lunes de mucho frío, la cicatriz de su quemadura que le tiraba la piel provocándole un extraordinario dolor, no lo hubiera tirado también de la escalera cuando raspaba, con fina atención, el moho centenario del octavo piso de un anaquel.

Alcanzó Joao a sujetarse malamente de una zanca de la escalera evitando así el descrismarse y cayó sentado al suelo sin más daño que el susto ni más culpa que su ineptitud. Pero nadie se había percatado, lo que de alguna manera lo alivió y cuando se avino a recuperarse, algunos minutos más tarde, se encontró que tenía un libro grueso entre sus manos. Era una biblia que abrió por pura curiosidad. Cayó sobre el capítulo cinco del Génesis, en la página ocho y su mirada advirtió de inmediato que en el margen derecho, nítida aunque de oscurecida tinta roja, había una inscripción a modo de nota. Joao miró entonces el lomo del libro y descubrió que el autor era Aescenius Milagro, nombre que no le era del todo desconocido. Las palabras venían en latín, que podía leer y no se

referían ni al constructor del arca ni al diluvio, asunto que la biblia trataba en esa página, sino que a la torre de indescifrable origen que una vez había sido levantada en Shinar.

Le parecía a Joao que en su sección había otra biblia escrita por el mismo autor -así creía haber leído en el cuero empastado -y acuciado en parte por una curiosidad cuya finalidad se negaba a comprender y también por la nostalgia del juego de la memoria y las parejas de iguales de su niñez, recompuso la escalera y subió por ella soportando el dolor lacerante de la quemadura. Había tenido razón, allí había otra biblia de Milagro, idéntica a la que había dejado en el suelo. Sin bajar y sentado en uno de los peldaños la abrió al azar. Nunca supo si fue por inspiración, por casualidad o por lo que alguna vez dijo el historiador guatemalteco Adrián Leonardo, que la historia no es producto de hechos sino que de coincidencias, pero lo que vio fue también el Génesis, un poco más adelante, en su capítulo once, frente a una acabada iluminación de la torre de Babel. Y al lado, en el margen, con la misma tinta del escolio anterior, había otra anotación que Joao también pudo leer.

(Esta historia tampoco es verosímil. Muy singular tenía que ser un inmigrante portugués en Hannover para interesarse en una apostilla bíblica. No siendo un personaje sostenible en ninguna publicación, también fue descartado.)

1986.-

Geoffrey Sutton, oficial a cargo de los bienes públicos del condado de Kingston la primera capital del Canadá, en la rivera del lago Ontario, fue notificado por la policía a las once de la mañana que un grupo de estudiantes del colegio católico San Pío X había descubierto un entierro al norte de la ciudad.

Era un día viernes y Sutton se alegró de estar ya a fines de junio. Las clases estaban por terminar y lo mismo el año escolar. Terminarían también los hallazgos escolares que le recargaban innecesariamente el trabajo.

Hacía por lo demás un calor húmedo e irritante, abundaban los mosquitos y Sutton tuvo la tentación de maldecir el día en que había abandonado su trabajo en el museo de Toronto.

Se despidió de Louise Perrete, su secretaria francofona y salió. Desde la puerta de su oficina demoró tres minutos hasta la calle en el piso bajo. No había una sola nube en cielo y el lago estaba quieto, tan tranquilo como en el invierno cuando el frío congela sus orillas y suspende sus olas, impidiéndoles romper sobre la arena negra que en el pasado arrastraran los glaciares.

Sutton se subió a su automóvil y recorrió las calles céntricas de Kingston. La gente estaba en las aceras terminando el breve almuerzo, preparándose para la jornada vespertina, en mangas de

camisa, semidesnudos algunos, aprovechando el esquivo y también breve sol del Canadá.

Guió con cuidado tomando la recta que el oficial de la Real Policía Montada le indicara, buscando el jolgorio de los estudiantes que creían haber descubierto el mayor hallazgo arqueológico de Ontario. Sutton tenía unas cuerdas todavía y encendió un cigarrillo. Iba más preocupado por la petición que un primo lejano le había hecho recientemente desde Liverpool, que del llamado telefónico que lo sacara de su despacho. Ya había cortado la relación con la parentela inglesa desde que se radicara en América después de la guerra y lo último que estaba deseando era tramitar papeles de inmigración para alguien que no conocía.

Por eso no se dio cuenta que siguiendo correctamente las instrucciones, ya había salido de Kingston por la carretera del este que, aunque alejada, respetaba el perfil del lago.

Detuvo el auto al lado del camino, bajo un arce frondoso y apagó el cigarrillo en el cenicero. Un grupo de niños y la que seguramente era su profesora estaban sentados junto a un montículo cubierto por la hierba, otros correteaban por ahí ajenos a cualquier asunto serio, distinto a sus juegos o diversiones.

El policía, el que había dado el aviso del entierro a su departamento, se despidió con la mano al momento de poner en marcha el motor de su patrullera. Se alejó con rapidez.

Sutton tenía un post grado en Monumentos Históricos en la Universidad de Londres y un par de elogiadas monografías sobre Ur y otra relacionada con los talayotes, pero también había aprendido las técnicas de la excavación arqueológica que alguna vez le

permitieron salvar las ruinas de una villa Hurón, descubrir los petroglifos más conocidos de Kitchi Manitou y entregar al museo de Kingston valiosos amuletos de piedra con la forma de un castor o de una tortuga.

Esto lo había hecho más o menos conocido en todo el sur de de la provincia, mirar con tranquilidad su futuro y alegrarse en definitiva de haber abandonado para siempre la ciudad del tráfico miserable en que se había transformado Toronto.

Sutton caminó lentamente hasta el conjunto escolar y saludó a la maestra con una inclinación de cabeza, lejana. Ella era joven, regordeta y usaba unos pantalones cortos de explorador que vendían en los supermercados vecinos a los Mac Donald. También dejaban ver una piernas musculosas pero de piel suave. Sutton se rascó su barba canosa.

-Matthew buscaba marmotas, metió el brazo en la tierra y encontró esto -dijo la profesora sonrojándose de antemano, con el brazo extendido.

Sutton miro, sin curiosidad al principio, el objeto que la niña le mostraba. Era un lábaro de metal oscuro que destacaba extrañamente en la palma rosada de Susan.

El arqueólogo tomó la pieza con cuidado y la examinó soplándola con suavidad para limpiarla del polvo adherido. Desde el primer momento no tuvo dudas de que se trataba de un objeto traído por alguna misión de las que dos siglos atrás habían llegado al Canada.

Sutton regresó a su vehículo seguido por cuatro de los muchachos. Guardó la cruz en una caja de cartón que para esos efectos siempre llevaba a los lugares de entierro y sacó de la

maleta del auto una bolsa de lona con pequeñas estacas numeradas. Regresó al montículo de tierra y ordenó a los estudiantes que lo cercaran con ellas.

Así quedará protegido hasta el momento en que se inicien las excavaciones -explicó a la maestra mostrándole el sello oficial en la última señal. Después de dar estas instrucciones subió a su automóvil y regresó a su oficina, cerró la puerta con llave y depositó el lábaro sobre un papel blanco y poroso. Lo examinó detenidamente con una lupa moviendo constantemente su cabeza, como siempre hacía cuando algo lo preocupaba. A cada momento le parecía más semejante con la que llevaban colgada al cuello ciertos misioneros católicos que zarpaban a ultramar. Pero debía buscar más información específica acerca de la evangelización y penetración católica en esa provincia del Canada.

Se grabó en la memoria hasta el más mínimo detalle del objeto religioso y envolviéndolo en el mismo papel secante lo depositó en una caja de seguridad empotrada en la pared. Observó los otros despojos arqueológicos que esperaban una expertización y dio vuelta el cilindro con la clave que sólo él conocía.

Miró el reloj y bajó a almorzar. Comió una salchicha con crema ácida y mostaza en un carrito a mitad de cuadra y cuando terminó la Coca Cola se encaminó hacia el edificio de la Alcaldía. Ahí funcionaba una buena biblioteca.

Pidió al librero las "Evangelizaciones americanas en la segunda mitad del siglo XVII, éxitos y fracasos" de Balbontín, en la edición inglesa de Barberis. No pensaba encontrar allí las descripciones de los símbolos que usaban los misioneros, pero sí

quizás la iconografía suficiente para poder identificar aaquél raro crismón.

Una hora después devolvió los volúmenes prestados, salió a la calle, tomó el automóvil y con prisa y precaución regresó al lugar del descubrimiento.

Ya no estaba el grupo de niños ni la maestra y las estacas permanecían en el lugar. Buscó en su maletín un par de herramientas, examinó con ojo experto el montículo, escogió un lugar cerca de su base y empezó a cavar.

Hacía calor y mucha luz sobre el lago Ontario, pero la lejanía de las playas le aseguraba tranquilidad. El sol lo recompensó con un ocaso prolongado y cuando ya creía que la cruz iba a ser la única reliquia encontrada, su palón chocó contra un obstáculo de madera.

Sutton sabía que no iba a requerir una gran profundidad en su búsqueda -no estaba en Babilonia -y con delicadeza fue labrando un camino, buscando los cantos de lo que intuía era un arcón, evitando dañar la estructura, perfilando sus bordes antiguos, diseñando un plano de clivaje que le permitiera rescatarlo de su entierro de doscientos años.

Cuando el sol se puso, Sutton encendió la lámpara de baterías y continuó, con celo, su trabajo.

Hacía rato que había oscurecido, Toronto era apenas una luminosidad de referencia en el cielo, cuando pudo adivinar con sus dedos el fondo del cofre. Medía tres palmos de largo y dos de altura y con un leve movimiento de palanca lo separó de la tierra que lo aprisionaba.

El resto del trabajo fue fácil. No ignoraba que allí debía haber otras piezas, pero también sabía que en su labor furtiva debía contentarse únicamente con esa.

A medianoche bajo la luz viva de la linterna terminó de escobillar y limpiar su tesoro. Era un baúl de madera dura con una cerradura simple que su impaciencia no le demoró en abrir. Con la misma luz miró el contenido. Sobre una casulla morada, carcomida por la humedad, había, sin embargo, un libro intacto. Lo levantó protegiéndolo con un paño de fieltro. Era una biblia y su lomo la atribuía a Aescenius Milagro. Sutton desconocía esa versión. Anotó el hallazgo en una libreta, aseguró la invulnerabilidad del lugar afirmando las estacas y retornó al vehículo.

Esa noche Sutton durmió en su oficina. Durmió poco y mal y muy temprano, apenas con un café ligero, tragado a la ligera, se enfrascó en el estudio del crucifijo y el libro.

Dio vueltas las hojas de la biblia con gran cuidado y sólo se detuvo cuando descubrió la primera nota al margen, nítida, sobre la página ocho. Estaba escrita con una caligrafía cuidadosa propia de los amanuenses del siglo XVII, Sutton averiguaría después por boca de un amigo bibliotecario que esa biblia fue originalmente una versión autorizada de la Vulgata, que se conoció alrededor del año 1611 y que fue de uso breve y poco extendido. Aquel experto ignoraba si había caído en la interdicción por la forma exegética con la que su autor, Milagro, se había atrevido a reproducir algunos episodios, como el de los negociantes de Merrán y Temán y el de Gad, vidente de David en las Crónicas, o por otras razones

más graves y tenebrosas, como las que se podían inferir de las apostillas, contradictorias con la palabra autorizada y con el dogma.

Sutton dejó el libro abierto en el capítulo cinco, cerró detrás de sí la puerta y caminó por el pasillo hasta la cafetería. Pidió un café, salió a la calle y lo bebió con sorbos nerviosos, quemándose la lengua, sentado en el mármol de la jardinera del edificio vecino de la Lumonics.

Regresó a su oficina y reinició la labor empezando por el principio. Con su fotocopidora portátil reprodujo la página ocho y al continuar el estudio descubrió, rápidamente la segunda apostilla. Estaba en la página doce, al término del capítulo 11 del Génesis y con ella siguió el mismo procedimiento que con la primera. Revisó dos veces más la biblia completa, miró sus páginas al trasluz y bajo un foco ultravioleta y se convenció de que esas anotaciones eran las únicas que podía encontrar con los elementos con que disponía. En seguida la devolvió a la caja fuerte junto al lábaro y con las reproducciones sobre su mesa se puso a reflexionar sobre sus próximos pasos.

Al mediodía, ya decidido, denunció a través de un fax el descubrimiento arqueológico al Departamento Central de su oficina en Ottawa y solicitó instrucciones.

Almorzó frugalmente y regresó al campo, al sitio del entierro. Con la pericia de su oficio removió la tierra simulando la acción de inexpertos, atisbando como un prófugo la existencia de testigos. Así quería disimular el pillaje del arcón y la biblia y volvió a su despacho con una imperfecta sensación de inescrupulosidad que ya no

le molestaba.

La respuesta de Ottawa llegó poco antes de las cinco de la tarde. Le pedían que tomara una serie de medidas precautorias y le anunciaban, simultáneamente, la llegada de dos arqueólogos.

Al día siguiente, a poco de llegado a su oficina, golpearon la puerta los dos expertos. Habían viajado en avión desde la Capital y se presentaron como el Profesor...

(Un especialista en lugares históricos, empleado del gobierno canadiense en la ciudad de Kingston no me parece un personaje capaz de interesarse en una biblia de 1611. Y esto aunque la presencia de misioneros en las inmediaciones del lago Ontario en el de apogeo de la evangelización emprendida por la Compañía de Jesús fue de la mayor importancia. De todas maneras resolví eliminar este capítulo.)

1989.-

El problema estaba radicado en el texto de las notas a los capítulos quinto y décimoprimeros del Génesis y también en el libro de Shemeber. Cualquiera podía dar cuenta de la existencia de una biblia que no era la Vulgata o una versión del Targum, pero distinto era sí lo que se pretendía era otorgarle certificado de autenticidad a una biblia que contara las historias de distinta manera que las biblias oficiales. Y aunque esas historias no viniesen en el texto mismo, sino en escolios marginales.

Es conocida la aventurada teoría del gran arqueólogo Sir Charles Leonard Woolley, quien descubrió y sacó a la luz las ruinas de Ur de los Caldeos. El tuvo la audacia de sugerir que Abraham había sido habitante de esa magnífica urbe, lo que de ser cierto significaba alterar completamente la idea que se tenía del patriarca. Ya no era Abraham un pastor que levantaba su tienda en el desierto, propietario de rebaños de ganado trashumante. No. Abraham era el ciudadano de una gran ciudad y por lo tanto heredero de las tradiciones de una sociedad muy organizada.

Woolley fue destrozado por historiadores y teólogos y se cree que temiendo consecuencias de gran gravedad para su futuro,

claudicó en sus teorías con el silencio. Esto ocurrió cerca del año 1925, durante las excavaciones que Wooley realizaba en Mesopotamia.

El problema que yo tenía delante era serio y su solución, sin duda, peligrosa.

1960.-

Los retiros espirituales que se llevaban a cabo dos veces al año eran motivo de larga preparación en el Colegio San Juan. En un antiguo seminario que una congregación mantenía en una carretera que salía de la Capital se organizaban con meses de anticipación y los alumnos de enseñanza media pasaban -entre charlas, rezos, penitencias, juegos y admoniciones -algún largo fin de semana en medio del invierno o poco antes de que empezara el verano.

El retiro del invierno de 1960 no parecía distinto a los anteriores y al arribo, los jóvenes fueron distribuidos, de a dos en dos en las estrechas celdas del segundo piso.

Aquel edificio era ocupado por un puñado de seminaristas de la congregación propietaria, la cual ya había pensado venderlo por lo caro de su mantención y lo valioso de los terrenos que ocupaba.

Juvenal era uno de los aspirantes a sacerdote que finalizaba sus estudios preliminares en ese lugar. Era un joven de sólida vocación y que además era el elegido para iniciar a los estudiantes en retiro en el estudio sistemático de las sagradas escrituras.

Y fue en la primera de las tres exhaustivas sesiones preparadas para este efecto que ocurrió el episodio que hizo diferente -para dos de ellos -la jornada espiritual de ese fin de semana.

Porque Juvenal, refiriéndose a las distintas versiones de la biblia, terminaba de nombrar la Vulgata señalando que el Concilio de Trento en 1546 la había declarado auténtica, cuando Fernando Deblás levantó la mano.

-¿Vulgata...?

-Vulgata -dijo Juvenal, molesto por la interrupción.

-Mi abuelo tiene una Vulgata en su casa, escrita por un tal Milagro...

Los otros estudiantes no se percataron del efecto que las palabras de Deblás tuvieron en Juvenal. Ni tampoco les sorprendió que la clase durara menos de lo planificado. Ni el propio Deblás se dio cuenta, ni siquiera aún cuando Juvenal lo abordó en el transcurso del recreo.

-¿Dijiste que tu abuelo tenía una Vulgata de Aescenius Milagro en su casa? -le preguntó sin preámbulos.

Deblás miró impaciente a sus compañeros que sorteaban las posiciones para iniciar un partido de futbol.

-Sí, sí, seguro -dijo y salió corriendo.

Aunque Juvenal llevaba pocos años estudiando la biblia, ya sabía bastante sobre ella. Había oído hablar del texto de un tal Milagro, pero mejor conocía el comentario que este merecía en el "Index Biblae", compendio acerca de los libros impugnados por la jerarquía y que encontró, invadido por los líquenes, en un estante del sótano de la biblioteca del seminario.

Esa tarde, después de los ejercicios y lecturas propias de sus estudios, Juvenal bajó nuevamente al subterráneo donde se guardaban los libros menos solicitados por los curas y los seminaristas.

Cerró la puerta con llave y sacó otra vez el "Index..." Leyó lo que decía acerca de las notas escritas con tinta púrpura en los espacios marginales del Génesis, frente a los capítulos cinco y once de la prohibida biblia de Milagro y también lo referente aquel volante, aquel cuadernillo de cuatro páginas que se decía era un anexo a esa biblia y que se titulaba "El Libro de las Profecías de Shemeber."

Durante el año y medio que había respondido a su vocación había estudiado esas notas y como no había podido refrendarlas con un ejemplar de la biblia de Aescenius Milagro, no había podido tampoco sacar conclusiones principales. Como, por ejemplo, que las apostillas habían sido escritas por el propio Milagro, basándose en otra fuente de referencias incuestionables. Juvenal desconocía cuál era esa fuente, pero sospechaba que en ella estaba la clave de muchas interrogantes que se había hecho en los últimos dieciocho

meses.

El retiro espiritual de invierno transcurrió normalmente, lo que incluía las bromas nocturnas, el intento de fuga de dos alumnos de curso mayor, frustra como todas las que se habían emprendido desde ese viejo convento, el entusiasmo vocacional de algunos y el aburrimiento interminable de otros. Al final Juvenal se acercó a Deblás y le prometió una visita.

Es importante que yo vea ese libro -le dijo.

Deblás tenía acceso ilimitado a la casa y al enorme despacho de su abuelo, al que visitaba continuamente y no tenía dudas de que recibiría encantado a Juvenal. De repente ambos - nieto y abuelo - se quedaban sin tema y en silencio, no quería Deblás interrumpir las meditaciones en las que creía se sumergía el anciano, ni este fastidiar con sus cuentos e historias al joven, que adivinaba ya desinteresado.

"Nos será útil a todos", se dijo Deblás al pensar en una posible visita de Juvenal al abuelo.

El segundo domingo después del retiro, Fernando Deblás recibió temprano una llamada de Juvenal.

Era un buen día para pasar por lo del abuelo.

Se juntaron en una esquina cercana y al mediodía tocaron el timbre de la casa del viejo.

Los recibió el mismo y sin preguntar accedió a la petición de su nieto para que Juvenal recorriera su biblioteca.

Estaba en el segundo piso de la casa y ocupaba dos grandes piezas a las que se les había derribado el muro divisorio. Sus paredes tenían una doble estantería que corría la una delante de la otra sobre rieles fijos en el suelo. Era una biblioteca desordenada pero limpia, donde con paciencia era posible encontrar el libro que se buscaba. Había pilas de libros en algunos rincones y ya no quedaba espacio entre los que estaban en las repisas. El abuelo le había reconocido hacía bastante tiempo a Deblás que la televisión había desplazado de manera importante a la lectura y que ahora subía al segundo piso con menos frecuencia. Y por ello la biblioteca había ido sufriendo un reordenamiento aleatorio, por

mano de la mujer que se preocupaba del aseo, que iba recogiendo los libros y llenando los espacios que se producían en los estantes guiada más por el tamaño de estos que por su contenido.

Juvenal dejó a Deblás conversando con el abuelo, entornó la puerta de la biblioteca, descorrió la cortina de paño grueso de la única ventana y se puso a buscar.

Una hora y media después oyó la voz de Deblás que lo llamaba. Almorzaremos -le dijo a través del hueco de la escalera.

Juvenal miró desolado el largo resto de biblioteca que le faltaba por revisar.

-¿Tú la viste alguna vez? -le preguntó.

Deblás asintió con la cabeza y casi sin titubear guió a Juvenal a una rinconera y le mostró, extendiendo la mano, el quinto compartimiento.

Juvenal creyó reconocerla de inmediato. La piel de becerro, el tejuelo y la lomera, tal como la describía el compendio que reposaba en los subterráneos del seminario.

Pero tuvo que esperar aún. Deblás no le dejó opción, el abuelo no podía esperar para comer y ese libro llevaba aguardando en ese lugar muchos años, desde que su abuelo comprara esa casa.

Juvenal conoció, con gusto, la sopa de espinacas que todos los días almorzaba el abuelo Deblás, así como el perfecto fricasé de cochayuyos de los domingos. Reconoció en él una suavidad que nunca había probado, ni siquiera cuando visitaba las casas de sus tías, que siempre habían vivido en Valparaíso.

Comió con mesura y aceptó un vaso de Chablis de un amarillo ténue que el abuelo le sirvió de una botella abierta por su propia

mano. Aceptó encantado una manzana de postre y rechazó el café instantáneo que le ofrecía María, la única deficiencia percibible en todo el almuerzo.

Pidió permiso para retirarse y Deblás, con un gesto, le concedió una hora para examinar la biblia de Aescenius.

Pero Juvenal ya sabía lo que buscaba y no demoró en encontrarlo. Las dos apostillas, iguales en su apreciación preliminar, a las que ya conocía por referencia se leían con facilidad sobre el borde y el birlí de la página de papel grueso. El libro de "Las Profesías de Shemeber" aún con las cartivanas, tampoco parecía tener diferencias con lo poco que creía saber de él.

Entonces Juvenal sacó una libreta de tapas blancas, sin uso y un lápiz de grafito , colocó la biblia en el suelo bajo la luz de la ventana y miró con detenimiento la primera frase manuscrita, el primer escolio, de clara alusión al Génesis.

"Entonces Elohin dijo a Noé:

pondré fin a la vida de toda criatura,

porque es causa de la violencia en la tierra...

Construye, pues, una torre de piedra,

une la piedra con brea y arcilla,

elévala trescientas varas

y asiéntala en una base de cincuenta

y que treinta varas tenga en su anchura.

Porque traeré el Diluvio,

las aguas caerán sobre la tierra para destruir la carne...

En la torre entrarás tú y tus hijos y tu mujer

y las mujeres de tus hijos.

Y entrarán contigo en la torre
dos de todos los animales,
de toda clase, macho y hembra.
Todo conforme a su especie...

.....

Y las aguas vinieron, llovió,
pero crecieron las aguas de los mares también...

.....

Noé hizo cuanto Yahvé le ordenara...

Y así acordóse Elohin de Noé...

y el viento que envió sobre la tierra
apaciguó las aguas que en cuarenta días...

Así pues, ya desecadas las aguas

Noé retiró la cubierta del techo de la torre
y obedeció el mandato de Elohin:

Sal de la torre y contigo tu familia.

Y también saca a los animales

para que se multipliquen sobre la tierra..."

La puerta del estudio se abrió y Deblás le comunicó a Juvenal que debía terminar con su estudio. Que otro día podría volver. Juvenal no insistió. Hubiese querido copiar la otra apostilla también, pero la paciencia era una virtud que no desconocía.

Cerró la libreta con los apuntes, bajó al primer piso, se despidió del abuelo agradeciéndole el almuerzo y la oportunidad de conocer su biblioteca y salió con Deblás.

Se separaron en la misma esquina en la que se habían encontrado al mediodía y Juvenal caminó hasta el paradero de la locomoción

colectiva que lo llevaría hasta el seminario.

Por ser domingo tenía la tarde a su disposición. Una vez que hubo llegado pidió la llave al celador, entró a las bodegas de la biblioteca y se encerró con la libreta abierta bajo la luz de una ampolleta de baja intensidad.

Entonces leyó, tratando de memorizar:

"Entonces Elohin dijo a Noé:

pondré fin a la vida de toda criatura
porque es causa de la violencia en la tierra...

Construye, pues, una torre de piedra,
une la piedra con brea y arcilla,
elévela trescientas varas...

1989.-

Las notas de la biblia de Aescenius estaban escritas en latin y en un latin que no requería más que de un buen conocimiento de gramática para traducirlo, conocimiento que yo poseía de sobra. El problema fue mayor con la piedra grabada porque la escritura helicoidal que ella llevaba era de una naturaleza inédita.

Pero en todo caso lo que siempre me había preocupado era la divulgación de estos descubrimientos. ¿Quién iba aceptar con facilidad que Noé se había salvado del Diluvio construyendo una torre y no un arca? ¿Quién que el Antiguo Testamento estaba compuesto ya no por treinta y nueve libros, sino que por cuarenta y que el que llevaba este número se llamaba el libro de Shemeber o de las profecías de Shemeber?

Bueno, he tratado solamente de hacer verosímil una historia, intentando inventar personajes que me permitan decir lo que sé, proclamarlo sin mucho escándalo de parte de historiadores y teólogos, tratando que no me pase lo que a tantos investigadores y arqueólogos que han encontrado también otras verdades y han sido execrados por ello. Dejar establecido el resultado de mis

descubrimientos y mis estudios y nada más. No quiero ser yo quien haga de exégeta o busque interpretaciones conflictivas.

El papel de un científico es constatar y hacer que esa constatación sea posible de verificar y reproducir, pero además debe ser un divulgador medianamente verosímil. En este sentido, a pesar de ser un humanista, me considero también un científico y releendo la historia de Juvenal y de Deblás, las descarto e interrumpo su existencia. Ellas no convencerían a nadie.

1991.-

Las paredes estaban recubiertas de una pintura plástica, opaca y el techo interior estaba iluminado con una luz fría, de origen incierto. Era una sala limpia, con un sutil olor químico que tenía en el centro de ella una mesa blanca y sobre la mesa una pantalla que emitía una luz rojiza y opaca. Frente a la mesa y a la pantalla, una silla, también vacía.

Un reloj incluido en la pared a la que se oponía la silla se encendió cuando se abrió la única puerta de la sala, al fondo.

Un hombre de edad mediana y barba colorina se sentó en la silla y pulsó un botón de la consola bajo la pantalla. En forma simultánea parpadeó el reloj y el segundero inició la marcha desde el número cuatro, donde estaba detenido.

El hombre tenía veinte minutos para consultar a la máquina, esa era la cantidad máxima de tiempo que se concedía individualmente.

El software ya había sido digerido por la computadora y el menú apareció nítido en la pantalla.

El hombre alcanzó a hacer diez preguntas. El ordenador reflexionó y buscó con rapidez y tardó breves segundos en responder. Las nueve primeras, que interrogaban por alguna coincidencia temática, etimológica, criptográfica o lingüística de una biblia escrita en el siglo XVII con una muestra aleatoria pero estadísticamente significativa de tabletas de arcilla y otro tipo de fragmentos escritos encontradas en Ur, en Tel al-Muqayyar, en Catal Huyuk, en Nínive y en otros cinco lugares mencionados en las Sagradas Escrituras y excavados a partir de 1799 habían sido negativas. La décima, que inquiría lo mismo, pero en referencia a una piedra surgida en las excavaciones efectuadas por Callebout en Knossos, fue diferente.

La pregunta final fue formulada cuando el reloj señalaba que faltaban cinco minutos y treinta y dos segundos para que expirara el período y la computadora demoró casi tres minutos en contestarla. En la pantalla de plasma púrpura, como los pigmentos que usara Milagros para anotar su escolio, apareció un número de

siete dígitos. Permaneció unos segundos y se esfumó junto a todo el color y la luz que había en la sala. Sólo el reloj siguió entregando su tiempo, indiferente al desastre momentáneo que había provocado la pregunta. El hombre se puso de pie en el mismo instante en que empezaron a parpadear las luces y un zumbido ténue anunciaba que la energía había retornado. Pero ya no se detuvo y caminó hacia la puerta por la que había entrado, con su espalda enrojecida, ensangrentada por la luminosidad de la pantalla que recuperada había vuelto a titilar. La puerta se abrió sin que la tocara y el hombre penetró a un cubículo donde lo esperaban otros dos vestidos de uniforme blanco.

-No debió hacer esa última pregunta -le dijo uno de ellos.

-Pudo haber entorpecido nuestro trabajo por muchas horas -dijo el otro, severo.

El hombre colgó el delantal y se acercó al ascensor que lo esperaba para llevarlo a la superficie.

-Sólo quise una interpretación -dijo el hombre de la barba roja.

-Aún no existen máquinas para ese tipo de interpretación.

El hombre entró al elevador y miró con desagrado a los dos técnicos y a la máquina, más allá de la ventana, que pestañeaba desesperada quizás tratando de reprogramarse.

-Entonces inventen una -les dijo -y así tendremos otra historia.

El ascensor subió vertiginosamente y abrió sus puertas en la oficina de descarga del centro computacional. Dos empleados uniformados y armados le entregaron su identificación y lo guiaron al exterior donde lo esperaba un automóvil.

El hombre de la barba roja se durmió profundamente. Una hora

demoraba el trayecto hacia la gran ciudad. Una vez en su departamento, cerca del centro, encendió el monitor de su propio computador y apretó la clave y la entrada. Dejó que el aparato se alimentara de su propia memoria y bajó hasta el pequeño mercado de la calle Florencia, el que estaba abierto las veinticuatro horas. Compró un pan, jamón y queso y regresó más contento. Después abrió una botella de vino rojo, oscuro pero no muy grueso y se sentó junto a la pantalla.

Entonces volvió a enfrentar las notas de Aescenius Milagro con la traducción de la singular piedra que le proporcionara su amigo, objeto históricamente incomprensible y anómalo, pero de una antigüedad inconmensurable en relación a otros hallazgos que daban cuenta de los mismos temas. Y por esta razón quizás más verosímil.

Y la computadora, a pesar de las diferencias, podía mostrarlas simétricas y casi idénticas:

"Y decidieron construir un arca
que los llevara a los confines,
donde Elohin iniciara la creación...
Con cedro y ciprés y otras maderas de Shinar
armaron el casco sobre la quilla,
de igual forma la roda y el codaste...
No requirieron nuégado por el perfecto ensamblaje
ni timón por la certidumbre en la ruta...
Apenas un poco de brea...
Pero Yahvé bajó a ver la ciudad
y el arca que habían comenzado a construir los hombres
para acercársele.

He aquí que todos forman un mismo pueblo
y poseen ellos la misma lengua.
Si este es el comienzo de su actuación,
ya no se detendrán.
Bajemos y confundamos su lengua...!
Confundiéronse entonces sus lenguas
y no pudieron entenderse unos de otros
y luego Yahvé los dispersó
por la superficie de la tierra
y cesaron de armar el arca,
a la que Yahvé denominó como Babel,
porque por ella confundió Yahvé el habla de todos...

1989.-

Quizás este es el episodio más lógico, el más actual, carente de vericuetos propios de las historias de terror de los tiempos de

Anais Nin, y por qué no, el más creíble... Un científico, no un sacerdote, ni un rabino, ni un escriuario es el que se sienta frente a la pantalla de un computador programado y digitado. Pero la historia necesariamente habría concluído aquí. No veo a este científico sentado en ninguna otra parte que no sea frente a la pantalla de plasma rojo de su computador, menos investigando en forma personal el origen de un tubo de arcilla, de una piedra de sílex verde o de la biblia de Milagro. No continuaré, por cierto, con esta leyenda.

Por esos días percibí la presencia de un perseguidor. Alguien que atisbaba mi casa desde esquinas diferentes cada noche y que incluso, creo, tuvo el atrevimiento de seguirme.

Fue también en esos mismos días cuando escribí las cartas pidiendo que se buscaran las ruinas de una torre enorme en Ararat y los vestigios de un arca en las vecindades de Hillah. No cifraba muchas esperanzas en que hubiera respuesta. Ni de los armenios a los que le preguntaba por la torre de Noé ni del alcalde de ese pueblo judío tan cerca del golfo pérsico y menos aún de unos de los bibliotecarios de Tel Aviv, al que le insinuaba la posible existencia de un arca de Babel. A este también le pedía que revisara -si podía y tenía conocimientos para ello - el relato babilónico del diluvio y de la torre de Babel en sus propias fuentes de greda, barro o piedra. Yo le señalaba que poseía más de algún elemento que inducía a pensar que esas historias podían, quizás, ser narradas de otra manera y que esa "otra manera" no dañaba el sentido de las Sagradas Escrituras, muy por el contrario.

Fui en extremo cuidadoso en las tres comunicaciones. No quería

escándalos y pensaba así reprimir hasta donde fuera posible el impulso de tirarlas a la basura sin más ni más.

Aún no recibo respuesta de los armenios ni de los de Hillah, no puedo culparlos, pero sí en cambio de Tel Aviv. Y esta fue sorprendente.

Coincidía en que esa hipotética "otra manera" no tenía porque desconfigurar la biblia y ser "herética" y me invitaba a poner las cartas, las verdaderas cartas sobre la mesa.

Me enviaba una fotografía de gran nitidez de un par de tablillas caldeas extensamente cubiertas de escritura en la eventualidad de que yo -si podía y tenía conocimientos- sacara conclusiones que sirvieran a nuestro común interés.

Firmaba un tal Ram Ben Jose.

Así, Ben Jose, sin acento.

La noche que recibí y estudié la carta judía noté un cambio de calidad en la vigilancia que se ejercía sobre mí. Aparecía más constante, pero tan evidente que sin duda era menos amenazadora.

Vinculé de inmediato la acechancia con mis investigaciones, pero la revelación sobre la naturaleza y los propósitos últimos de los vigilantes la tuve largo tiempo después.

Por entonces yo acudía regularmente a dar mis clases a la Facultad y mi paranoia personal se despertaba con tan sólo percibir alguna indiferencia en el saludo matinal del portero.

Ni desde el punto de vista académico ni económico necesitaba la Cátedra, pero la rutina y los afectos me impedían la renuncia.

A estas alturas sentía indispensable dar a conocer mis descubrimientos o mis bien sustentadas sospechas de lo que

verdaderamente había sucedido en el Génesis o lo que se revelaba en las profecías de Shemeber.

1613.-

El señor recibió el libro que le presentaba su Camarero e inclinó la cabeza. No era la primera vez que un vasallo le dedicaba una obra, pero si la primera que lo hacía un monje estudioso de las Sagradas Escrituras.

Su feudo era pequeño, pobre y montañoso, con una tropa formada por un puñado de mesnaderos diezmados por el escorbuto y un montón de campesinos sin cosechas ni animales.

Sabía el señor que pronto sería abordado, sino invadido por los hidalgos vecinos y estaba dispuesto a entregar la heredad, que nadie heredaría, si antes lograba que por algo se lo recordara, si no por los hijos que no había tenido.

Y la biblia que, en esos momentos, Aescenius Milagro el fraile

del único convento de sus dominios le ofrecía, podía ser su oportunidad.

Recorrió con la mirada la sayuela del cura, remendada como la túnica que se avergonzaba en usar y se dijo, que como decían, la abadía de su hacienda era tan pobre como los fieles a los que atendía.

El señor se puso de pie y leyó a duras penas la primera hoja manuscrita del libro. Las letras eran bastante grandes para contrarrestar su miopía y sonrió al reconocer su nombre, casi olvidado, y el nombre de su heredad en letras trabajadas en oro y fuego.

-¿Cuántas de estas habéis escrito? -le preguntó a Aescenius Milagro.

-Siete llevo señor y por terminar otras tres.

-Diez...! un número importante -exclamó el Camarero.

El señor lo miró irritado.

Por algo menos que una interrupción sus vecinos condenaban con el garrote vil a sus chamberlanes..., pero él sabía que no podía darse ese lujo.

El señor empujó a su Camarero haciéndolo tratabillar. A su ancianidad, tan próxima a la suya, había que sumar el peso del libro y lo irregular del piso de madera vieja y llena de carcoma.

-¿Sólo diez ejemplares...?

-Es todo el papel que hemos conseguido...

El señor de Oex aceptó el libro que, en homenaje a la licencia de haberle permitido escribirlo en sus tierras, le ofreció Milagro. Pero no pudo prometerle más recursos, eso no lo resistiría su

hacienda.

Después el señor levantó los brazos. El Camarero, apenas repuesto, mantenía abierto el libro bajo sus ojos. El señor adivinó que no se sostendría mucho más tiempo de pie y con un gesto lo dejó depositar la biblia sobre un pequeño cojín.

-Más papel y una prensa -dijo Aescenius con la mirada afiebrada -más papel y una prensa y la biblia del señor de Oex circulara por toda Europa.

Durante los seis meses que siguieron a la ceremonia de presentación de la biblia manuscrita de Milagro, la rutina y la pobreza no variaron en el feudo del señor de Oex. Tampoco se notaron ejercicios militares ni maniobras de enlace entre los señores vecinos. O misivas intimidantes ni bravuconadas de parientes, propietarios de tierras lejanas que tantas veces lo conminaban a disolver una heredad que ni siquiera tenía testamento.

Se dio un poco mejor, eso sí, el trigo en la colina del cementerio y recibió el pago por la merced de veintitrés soldados enrolados para la guerra interminable que sostenía el señor de Buengrad.

Pero al cabo de un tiempo, cuando los bosques se cargaban de rojo, el Camarero se hizo anunciar en la recámara privada del dueño de Oex. Parecía un pesado tronco de castaño la biblia de Aescenius Milagro en sus menudos brazos, pero fue la mueca de disgusto la que alarmó al señor.

¿Qué pasa, Camarero? -preguntó.

-Que ha sido estafado, señor -dijo el Camarero poniendo el libro sobre un banquillo a los pies de su amo.

-¿Estafado...? -el señor de Oex se puso de pie -¿cómo y por quién?

-Por el monje -el Camarero indicó con el brazo extendido para que el señor mirara el monasterio, allá por los extramuros.

El dueño de Oex movió sólo los ojos hacia el ajimez y vio como una columna de fuego se alzaba desde la torre del convento.

-Que se está incendiando -dijo.

El Camarero corrió hacia la ventana.

-¿No será el humo del calefactorio...? -corrigió sin convicción.

-Hace tres años que no hay leña en este valle -dijo el señor de Oex -o ya olvidaste que también nos impiden hacer fuego para impedirnos fundir el hierro o el bronce.

-Entonces...-el Camarero se había aferrado con sus manos al parteluz de la ventana...¿entonces...?

-Alguien ha traído un fuego no deseado, entonces...-dijo el señor de Oex.

El Camarero se derrumbó sobre el piso y su túnica amplia escondió su llanto desesperado a la desesperada mirada de su señor.

-Es el libro -dijo con la voz apagada por la mortaja gruesa en que se había transformado su túnica -es el libro del maldito fraile.

El señor se acercó a la biblia de Aescenius Milagro y la tocó con la punta de su sandalia. Creyó por un momento que adquiriría movimiento propio, propio proceder de substancias malignas. Pero no

pasó nada.

-¿Qué tiene este libro?

-Tiene notas, tiene notas..., tiene notas... -balbuceó el Camarero.

-Todas las biblias tienen notas.

-Estas son notas extraídas de un falso targum -el Camarero agitaba compulsivamente la cabeza.

-¿De un targum...?

-Falso y por eso han quemado la abadía.

El señor caminó con lentitud hasta el ajimez y miró las llamas que crecían, sin límites, hacia el cielo azul, colmado de astros. Algunos monjes huían por el camino, en sentido contrario al castillo. Iban atropellando a algunas enflaquecidas ocas, evitando tropezar con los tres o cuatro cerdos que les entorpecían el camino. Más lejos, unos pocos campesinos con capuchón gris echado sobre los ojos, algunos apoyados en sus azadas observaban desde lejos el siniestro.

-La cosecha...-comentó el señor de Oex mirando a los labriegos.

El Camarero se puso de pie y se acercó a la ventana. Sus ojos vieron la misma escena que estaban mirando los de su amo.

-Esa es la muerte, que nos espera -dijo el Camarero.

-La muerte lleva una guadaña, no un azadón -le dijo apuntándolos -y por costumbre se la ve sola.

El señor de Oex se quedó en silencio.

En verdad la abadía empezaba a desaparecer y las cenizas, en la altura, ensombrecían la tarde. Entonces el señor vio desprenderse de la masa de humo que consumía la parte baja de la capilla a tres

formas. Una vestía de negro, la otra de blanco y la tercera de rojo.

El Camarero se estremeció.

-Son los Literales -dijo.

-Y vienen hacia acá -dijo el señor de Oex.

-Pero ese libro tiene el Imprimatur -alegó el Camarero.

-Hay una pregunta que no te has hecho -dijo el dueño de Oex.

-¿Cuál, mi señor?

-En este caso, ¿qué fue primero, la biblia o esas notas de las que tanto te quejas?

-Primero consiguió el Imprimatur y luego añadió las notas -el Camarero se tomó la cabeza con las dos manos.

El señor estaba tranquilo.

-Háblame de esas notas -le pidió -porque seré yo quien deba darle una explicación a estos hombres y a los censores de la Iglesia.

En el Génesis, principalmente -el Camarero se arrojó sobre la biblia en el piso y empezó a hojearla. Cuando hubo encontrado lo que buscaba la levantó hasta ponerla muy cerca del rostro de su señor. Así, el amo de Oex pudo ver a través del celaje trémulo de su miopía la plumada de tinta casi fresca del escolio de Aescenius Milagro.

-¿Cuántas hay en nuestra biblioteca? -preguntó sin perder de vista a los tres hombres que se acercaban.

-Sólo una nos alcanzó a entregar..., pero es inútil...

-¿Y las otras...?

Las tiene consigo en su celda del monasterio, si es que todavía

él se encuentra allí, pero ellas también llevan las notas que violan la verdad de la Palabra.

-El Tribunal debe conocer el contenido de esas notas.

-Que además confunde heréticamente...-el Camarero se tapó los ojos -y su Santidad ha autorizado la confesión bajo tortura.

-Inocente Cuarto ya ha muerto.

-Pero no su sentencia.

El señor de Oex vio como las tres figuras cruzaban, sin que nadie osara detenerlas, el puente de su alcázar.

-Puedo hacerlos atrapar -dijo.

El Camarero se descubrió la cara.

-No -gritó aterrizado -ni eso, ni impedirles que lleguen hasta nosotros, eso sería el fin inexorable.

-Que el cura que la escribió entregue cuentas -el señor de Oex dio la espalda a la ventana.

-Quizás huir -el Camarero empezó a dar vueltas por la habitación.

-Empieza -exigió el señor.

El Camarero pareció tranquilizarse y buscó en sus bolsillos y en el hueco de sus amplias mangas. Al fin sacó un instrumento que él amo no había visto antes. Tenía un palmo de largo y una empuñadura de metal dorado. En su otro extremo se abría en una argolla que contenía una cápsula de vidrio llena de un líquido transparente. Con el ingenio en la mano se sentó en el suelo y pidió al señor de Oex que lo acompañara.

-Este es un cristal de agua -le explicó acercando el artefacto a la primera apostilla de la biblia de Milagro.

El viejo feudal se acomodó el jubón y miró a través de la lupa. Con facilidad leyó lo escrito. Después, perplejo tomó la mano del Camarero que asía el lente.

-¿Cómo nunca me hiciste saber que existía maravilla como ésta - le preguntó indigando.

-Señor -el Camarero trataba de desprenderse del aferro de su amo -hemos sido guardianes seis meses de la obra de un cismático.

El señor soltó la mano del Camarero y recogió, en el aire, la lupa que caía.

-Era tu deber -le dijo fascinado por el instrumento -revisar el libro y así deberé informar.

-Para eso están los leventes -suplicó el Camarero.

-Sabes que en este lugar no hay como pagarles -el señor de Oex no parecía preocupado.

Fue el viejo Leonardo de Abajo, el fiel arcabucero el que lo puso sobre aviso. Entró a la sala del trono donde el señor discutía con su Camarero. Traía las botas embarradas por varios inviernos y su bacinete, colgado a la espalda, chorreaba un musgo extravagante y vivaz.

-Tres hombres os buscan, señor -dijo.

El amo de Oex, aún sentado en el suelo examinó al soldado con curiosidad, como si fuera la primera vez que lo veía, o la última. Después se puso de pie y lo observó desde la acuosa transparencia del cristal.

-Debes pasar frío cuando nieva -le dijo señalando su almilla incompleta y harapienta.

-Más frío pasaremos en prisión -repitió el Camarero.

-Tres hombres os buscan -insistió el mensajero sin moverse del lugar hasta adonde había llegado en su prisa -tres hombres, mi señor y están impacientes.

-Házlos pasar -ordenó el señor de Oex.

El arcabucero se dio vuelta y bajó corriendo la escalera de la torre. Y así como no lo habían escuchado entrar, sí lo escucharon salir.

-Soldado de ruidosa armadura -dijo el Camarero.

El señor de Oex lo miró, una vez más, como lo había mirado seis meses antes cuando le interrumpió la pregunta que le hacía Ascenius Milagro. Pero ahora como entonces no tenía sentido ni valor el castigo de su impertinencia.

Los tres hombres se detuvieron en el vano de la puerta. Inmóviles, sus rostros velados por las tinieblas de sus capuchas.

-Ruidosos, pero los mejores de la península -dijo el señor, defendiendo a sus guerreros, ajeno a la presencia ominosa de los extranjeros.

-Que el enemigo había de oír desde veinte leguas -el Camarero inadvertía a los recién llegados, creyendo que al hacerlo los hacía inexistentes.

-Más que la batahola lo que valía era el arrojo, más que la tremolina la velocidad, más que la sorpresa la determinación y esas virtudes sobran en mis soldados...

Mientras hablaba, el señor de Oex miraba de soslayo a los forasteros, buscando una señal, un atisbo en sus ojos ocultos.

-No hubo batalla que no perdiste... -el Camarero se arrastró lejos del lado de su señor, se levantó y caminó, furtivo, hacia

donde los extranjeros. No bien hubo llegado cayó de hinojos buscando sus manos para besarlas.

Pero los tres hombres, como los ángeles del evangelio, tampoco mostraban sus manos.

-Y en ningún caso, ya derrotados o ya victoriosos, fueron cobardes o desleales como tú -el señor de Oex miró iracundo a su chamberlán -que edad no tienes ni para lo uno ni para lo otro.

-Bienvenidos a la casa de Oex -continuó, mirando el óvalo oscuro que contenía las caras de los que nunca habían sido invitados.

-Donde has cobijado al Invocado -pronunció cada letra del nombre evitando el primer hombre que estaba a la izquierda y que escondía su voz con la cuculla roja.

-Si lo he hecho, no lo he sabido -dijo el señor de Oex sin temblar.

-La negligencia es tan grave como la acción o como la perseverancia insistió el encapuchado.

-Han puesto fuego, quizás, al lugar que debían -el señor de Oex apartó la mirada del que fuera por tantos años su servidor -pero ahí han de detener al autor.

-Ese ha sido el primer fuego -habló el hombre emboscado en la túnica de color blanco -pero cenizas será esta hacienda.

-¿Dónde está el crimen por el que se nos quiere castigar?

-A tus pies, ya lo sabes -dijo el que no dejaba ver su rostro escondido por la almocela negra.

-Mis ojos no alcanzan a leer -dijo el señor de Oex dirigiendo la vista hacia la biblia de Aescenius Milagro.

El primer hombre que había hablado se acercó al libro y dio

vuelta las páginas con las manos enguantadas. Se detuvo un instante en el Génesis y continuó hasta el libro de la profesías de Shemeber.

-Sólo el Caído pudo guiar la mano que escribió este apócrifo -dijo mostrando la letra de Milagro en el libro de Shemeber, su letra nítida en el papel basto y seco.

El señor de Oex blandió la lupa, se acercó al cuerpo de su Camarero y le dio un puntapie.

-El es el culpable de tanta incuria -dijo y leyó lo que el dedo del inquisidor subrayaba.

"Gracias Yahvé por escuchar mi grito de socorro,
que en el tiempo en que ya lo has dispuesto,
ni las más altas torres que acechaban Sus aguas
ni las más poderosas embarcaciones que pretendieron su Búsqueda
serán capaces de protegerlos como Elohim lo ha hecho..."

Tenía mis dudas en relación a los que me vigilaban y seguían. No se cubrían la cabeza como los que castigaron a Oex. Eran tipos que usaban corbata, se turnaban en las noches en el interior de sus automóviles y a veces miraban la cordillera cuando aparecía el sol. Así como con el señor de Oex en alguna parte de la Europa medieval, yo también ignoraba cual era mi crimen. No desconocía el secreto que se me había revelado pero en caso alguno le acreditaba la importancia o el valor como para pensar que alguien quisiera arrebatármelo. Además, era cosa de pedirlo y divulgarlo, que era lo que estaba intentando hacer hacía bastante tiempo. Por otro lado hacer de esto un asunto de dominio público, en una sociedad en crisis, podía tener algunas consecuencias indeseadas. A nadie le gusta que le digan que desde hace casi dos mil años le han contado una historia al revés.

De este modo redacté una carta odiosamente críptica y la envié por teléfono, desde una cabina pública, a Ram Ben Jose. De más esta decir que no había sido capaz de traducir la tablilla caldea, ni siquiera lo había intentado y pensando que pronto, en dos o tres días obtendría respuesta del judío, me dedique a ordenar toda la documentación que hasta entonces había acumulado.

Era posible que Ben Jose y yo, en conjunto, llegando a las mismas conclusiones desde fuentes distintas, pudiéramos dar a conocer nuestra versión sin mayor escándalo. Si lo lograba podría, otra vez, dedicarme a mi cátedra sin remordimientos de conciencia. Del modo como al paciente del psicoanálisis lo dejan de perseguir sus fantasmas cuando los hace concientes, a mi me dejarían de perseguir las apostillas de Aescenius Milagro cuando las pudiera

divulgar.

1937.-

La caja de cartón, según la balanza de la oficina de recepción pesaba 148 libras y nueve onzas lo que a juicio de Barbes no significaba otra cosa que una caja llena de piedras.

"Cómo todas las cajas que llegan a este maldito museo", rezongó.

Y eso quería decir también que tendría una noche imposible, torturado por los dolores de su espalda provocados por el peso de esa caja, por su traslado a la balanza, luego al pequeño volquete para arrastrarla al subterráneo y volverla a levantar para dejarla sobre la mesa de clasificación del profesor Crosbie.

Y todo esto con una precaución extrema lo que -eso sí -Barbes

Justificaba plenamente. No quería verse metido en un lío similar al de Gayner, su colega en la puerta trasera, quien por la prisa que el deseo de tomarse una Guinness lo atrapó un día cualquiera a las cinco en punto de la tarde, arrojó al descuido sobre el mostrador de la oficina de partes aquella encomienda que recién llegaba. Desde Ankara.

No hubo alegato posible ya que Cavendish, el guardia que entraba al turno, escuchó con perfecta transparencia el ruido que hace la loza al romperse, cuando el sobre golpeó el mármol de la mesa.

En el interior del envoltorio, cuando los especialistas lo abrieron, descubrieron una tablilla de barro fracturada en tres partes y un polvillo bermellón en el que había quedado la cuña, aquella irremplazable para el desciframiento satisfactorio de la pieza.

Barbes, como todo el sindicato, había considerado justa la sanción. Como aseador y sin responsabilidades de por vida quedó Gayner ya que en virtud de su imprudencia no fue posible conocer con exactitud la fecha de la inhumación de Muwatallis el importante rey de los hititas.

Pensando en esto y en su infortunado compañero que al salir, como todos los días desde aquél episodio, lo tomaría del brazo para no acercarse solo a la taberna más cercana, bajó la rampa hasta el elevador y desde allí al segundo sótano del museo. Encendió las ampollitas que colgaban de la bóveda y empujó el carrito hasta el cuarto de Crosbie. Entró en él y haciendo el último esfuerzo puso la caja encima de la superficie de madera del banco de trabajo del científico. Antes de salir miró la etiqueta: venía de Creta.

Crosbie era un cincuentón sanguíneo y calvo que vivía, desde su viudez, en un departamento rentado y amoblado cerca de la plaza Trafalgar. Tenía dos hijos profesionales, uno médico, especialista en pulmón que residía en Cardiff y un abogado en Ultramar, probablemente en Bombay.

Se le consideraba un especialista destacado en escritura cuneiforme y entre sus muchos artículos se contaba uno en el que corregía el "Compendio del sistema jeroglífico y sus vínculos con la paleografía babilónica", de Von Moritz.

Su afición por la escritura transitiva le venía de su controlado narcicismo. Consideraba que los Jeroglífico sólo necesitaban de una mente imaginativa para ser descifrados, en cambio aquella otra, más evolucionada, requería de condiciones que tenían que bordear la genialidad. Cuando su impugnación al gran Busquett apareció en el "Arqueology" de marzo de 1931 no hubo historiados en el Imperio que no lo motejara de envidioso y racista. Von Moritz, después de todo, era alemán.

Esos juicios no le preocuparon ni molestaron y sólo su vanidad se vio afectada al no recibir ningún comentario del propio arqueólogo y lingüista alemán. Y ello aunque Crosbie se había molestado en enviarle a su propio domicilio de Berlín una copia de su trabajo original.

A la mañana siguiente Crosbie examinó el envío que habían dejado en su despacho con su acostumbrada meticulosidad. Se exigía ese proceder que era el mismo que aplicaba cuando en terreno debía

proceder al desentierro de alguna cripta, de alguna pirámide o de un simple alabastrón de tierra cocida. "Lo que oculta un hallazgo - decía - es con frecuencia más importante que el hallazgo mismo". Crosbie, de esa manera, era fiel a su manera al Principio de Incertidumbre que Heisenberg había dado a conocer diez años antes.

Sin tocarla, como si en su interior palpitara algún artefacto explosivo, revisó la cinta engomada, las numerosas estampillas y los matasellos. Después y casi satisfecho ratificó el peso de admisión en su propia balanza.

A media mañana interrumpió el trabajo y calentó agua en el infiernillo que tenía en un rincón. Preparó una taza de té y la estuvo mirando largamente, esperando que se enfriara. Era el mismo ritual que había visto en la taberna la cual de tarde en tarde frecuentaba. Los parroquianos frente a la cerveza, mirando bajar la espuma, retardando el placer de beberse la pinta de un solo trago y con un brusco movimiento del codo.

Levantó la tapa de la trampa en medio de la mesa donde guardaba sus instrumentos y escogió los apropiados. Cortó el precintado de la caja y con sus manos de dedos cortos y uñas gruesas separó los cartones y la abrió.

Adentro encontró siete objetos envueltos en un papel similar con el que se protege a las manzanas que van a embarcarse. Era un papel color violeta y delgado que permitía adivinar la forma de lo que envolvía.

Crosbie fue sacando, depositando y a la vez ordenando los envoltorios encima de la superficie de la mesa y al terminar retiró la caja a un estante vecino y vacío.

Al fondo había aparecido la carta que le enviaba Tenham, quien fuera el predecesor, el maestro y el guía de Mellaart a quien se le atribuyen las primeras excavaciones en Catal Huyuk.

Crosbie estuvo tentado de abrirla de inmediato, pero el desafío de descubrir su contenido a través del misterio encerrado en los objetos enviados, lo hizo desistir.

A pesar del papel que los ocultaba a su vista, Crosbie pudo percatarse que ellos tenían diferente forma, peso y textura. Por el sonido que hacían al rozar con el papel, algunos le parecieron restos de piedras sedimentarias, volcánicas otras; los más, no tuvo dudas, eran tablillas de arcilla toscas, gruesas, grabadas, unas cocidas al sol, otras en hornos de barro.

El polvillo que estaba por todas partes era también vestigio de tierras de otros siglos y entierros de otros hombres.

Cada unidad estaba envuelta con gran cuidado y Crosbie, haciendo uso de su experiencia los fue exponiendo y depositando sobre el mismo papel violeta.

Una piedra le llamó la atención y su atención, entrenada, no se conmovía con facilidad. No era tan diferente en apariencia, pero a la mirada de Crosbie esa insignificancia adquiría dimensiones considerables.

Era quizás del mismo tamaño, hasta del mismo peso que las otras piedras. Ni la forma, ni la sombra que su lámpara de estudio la hacía proyectar era tan rara, pero sí lo era la escritura que ocupaba gran parte de su superficie.

Y esta era disímil por su imperfecta similitud con casi todas y cada una de las escrituras arcaicas que Crosbie tan bien conocía y

reconocía. Algunas de ellas, incluso, se apreciaban perfectamente en las otras piedras y en las piezas de greda enviadas por Tenham, a la vista sobre la mesa.

Con un paño de felpa cogió la piedra, la separó de las demás y la puso directamente sobre la luz, frente a él. Era liviana y de un intenso color verde. Con un estilete de madera y un pincel minúsculo limpió los residuos de piroxeno que la cubrían y los recogió con una espátula del tamaño de una estampilla. Después la pesó en la balanza cuya aguja, precisa, marcó tres onzas y media.

La piedra, leve como he informado, plagada de una escritura que más parecía una formación de hormigas que se desplazaban en espiral, que la expresión de un raciocinio humano, me trajo problemas que nunca hubiera podido imaginar.

1989.-

Conocía la procedencia reciente del pedruzco y algunas opiniones

acerca de su origen remoto. También sabía su valor comercial, interesante, el que subiría o bajaría dependiendo a quién o cómo lo ofreciera. Como no era robada, también podía probar con Christie's u otra casa de prestigio.

Ese era el valor material o mejor dicho substancial de la piedra, pero tenía otro, secreto, diferente, que iba a variar según a quién se le ofertara. O a quién se le hiciera saber lo que decían esos trazos espiroidales una vez descifrados.

Digo algunas opiniones cuando en realidad solamente eran dos. La de mi amigo Ram Ben Jose, al que le había remitido una diapositiva aumentada de gran parte del área "escrita" de la pieza y la de un especialista nacional cuya expedición se me hizo patente desde el primer instante, cuando lo vi levantarla, soplar su superficie, aproximarla a la luz y medir la profundidad de sus surcos. El recelo me atrapó recién cuando me di cuenta que las preguntas que me hacía no sólo estaban destinadas a averiguar por el origen de la piedra sino también por su destino.

Casi se la arrebaté, evitando que retuviera en su memoria la disposición y el aspecto de la escritura, evitando que conservara un molde mental de su ordenación y prometiéndole que más tarde lo llamaría, huí de su despacho.

Estuve mucho tiempo atrapado entre el desaliento que me provocaba el interés perverso de algunos y mi propia impotencia por descifrar lo escrito.

Esa noche, cuando descubrí una sombra distinta bajo el farol de la esquina intenté iniciar otra historia -la de Crosbie -que me permitiera difundir la verdad protegiéndome en el anonimato. Pero

esa historia no me gustó...

1921.-

Sofus Rae miró, también a contraluz apartando las cortinas y sólo vio lluvia. Lluvia que caía, pero que a veces se arrastraba haciendo oscilar con violencia el letrero que anunciaba la taberna. En su interior Sofus Rae meditaba, silencioso, el aguacero.

Rae miró los capotes de lona y hule que colgaban de la pared como grandes fantasmas inmóviles y después a los hombres que, encorvados sobre las mesas oscurecidas por el uso y el hollín, esperaban lo mismo que él, que aflojara la lluvia y el viento.

Las ballenas estaban ahí, todos lo sabían, como sabían que antes debía terminar el temporal para salir a cazarlas.

No había sido un mal año, pero Rae requería aún de un par de capturas para terminarlo con dignidad. Los animales no le habían sido esquivos, pero estaba lejos de las marcas de antaño y de las que hoy mostraba con soberbia el recién llegado, el griego, el capitán Apostolus.

Pero ni las hazañas del griego ni su vanidad le preocupaban como sus deudas que de no pagar le harían perder su barco, el Peregrino y lo volverían a la condición de simple marino.

Por el color de la lluvia y el sonido del viento supo que iba a amainar y que pronto podrían embarcar. Una luz ocre se filtró por las ventanas y los otros cazadores se fueron poniendo de pie, calándose las capas y los sombreros de anchas alas de caucho.

Sofus Rae fue el último en echarse encima el impermeable, el último en la larga fila de hombres que caminaban hacia el puerto, el último de la larga fila de fantasmas, fantasmas de la luz opaca de la ventisca.

Empezaba a clarear, ya a bordo, singlando al noreste cuando los golpeó por estribor la travesía. Rae ordenó dos puntos más a la máquina lo que hizo cabecear la ballenera. Barloventeó unos minutos para retomar el derrotero que lo acercaba a la presa. El sol ya había iniciado el breve arco diurno de su invierno cuando avistaron los primeros vapores. Eran dos machos, uno de ellos enorme. Rae oteó la mar pero un turbión repentino le impidió saber si Apostolus u otro estaba cerca. Ordenó al maquinista marcha de persecución, dejó el gobernable a cargo del maestro y agarrado del pescante se acercó a la proa, donde ya dos hombres desenfundaban el arpón.

Dos horas estuvo junto al cañón cargado, deseando que la

borrasca cediera. El sol no tardaría en declinar, pero el viento vacilaba y Rae no descubría su rumbo. Interrogaba con los ojos y con los puños a sus hombres los que también miraban desconcertados la marejada. Y los animales estaban ahí, cerca. Dos veces Rae había estado a punto de disparar y las dos veces la ventisca le había abatido la embarcación.

Sabía que no podría quedarse más tiempo en alta mar. Ni el coraje de su tripulación ni la broma del codaste lo iban a resistir.

Sofus Rae iba impartir la orden del regreso cuando lo avistó otra vez. Tenía la piel azul y cárdeno el único ojo que lo vio, rodeado por su espuma y por la espuma del mar embravecido. El macho era monumental, sin duda lleno de ámbar y de esperma. Las olas se aquietaron un instante, el mismo en el que Rae apuntó y disparó, el mismo en el que vio al Ulises, el barco de Apostolus que se le venía encima, desbordando la tormenta. Sofus Rae observó al macho herido de muerte, a su cola batir el aire cargado y presintió que buscaría las profundidades. Entonces se aferró con los dos brazos al tubo del cañon.

El maestro no pudo evitar el golpe del ballenero adversario, apenas amortiguarlo y la proa metálica del Ulises penetró con facilidad en la amura debilitada del Peregrino.

Sofus Rae alcanzó a escuchar como los poderosos motores del barco de Apostolus forzaban la reversa y el ruido inconfundible del agua que ahogaba por la proa. Gritó a sus hombres que bajaran el bote salvavidas y trató de caminar, acercándose al puente. La nave destripada ya bebía agua por la borda. El peso del océano y la

fuerza de la ballena lo tiraban, haciéndolo zozobrar.

Sus hombres lo recogieron al atardecer, las aguas calmas y el cielo negro. Había flotado en un madero y lo avistaron porque formaba una mancha oscura entre las aguas vivas que suceden a una tormenta. Estuvieron tres días a la deriva y al llegar al puerto, tres días estuvieron bebiendo. Sofus Rae no olvidaba al Peregrino, al cetáceo que le había llevado el arpón de acero, a Apostolus a quien culpaba de la colisión, a la mar gruesa, ni la deuda que tenía con Belier, el prestamista.

Y el lunes que siguió a su tragedia se presentó ante el francés, buscando una prórroga a sus pagos.

-No es posible -le dijo el usurero -has perdido el Peregrino que me habías dado en garantía....,

-Conseguiré otro barco, las ballenas...

-No tienes ni la edad ni la fuerza ya...

-Se lo puedo demostrar.

-Me pagarás con tu trabajo donde Apostolus, el necesita un destazador y para eso aún serás bueno...

Sofus Rae no alcanzó a reflexionar el alcance de la exigencia del francés. Sabía que en tierra era hombre perdido y que un capitán, una vez que lo ha sido no puede dejar de serlo. En barco propio o ajeno. Pero también sabía que no habría barco ajeno para él. No alcanzó a reflexionar, también se lo impidió el intuir la humillante tarea bajo las órdenes de Apostolus, por quien ya antes había sido humillado por culpa de una mujer. Entonces Rae echó mano a la cintura, sacó la cizalla con la que daba el corte y con el corte la señal para descuartizar la ballena y con un tijeretazo

rebanó para siempre el cuello del prestamista.

La sangre no alcanzó a mancharlo y arrebatándole el papel en el que se consignaba su deuda saltó por encima del cadáver.

Antes de salir limpió y metió en su bolsillo la cizalla, un cuchillo de plata que encontró en un cajón del escritorio, un cofrecillo de metal dorado y el cuerno de un rinoceronte que, a su apresurado juicio, era la pieza mas valiosa del francés. Creyó que con el robo despistaría a la policía.

El hombre que estaba sentado en el asiento encontrado al de Sofus Rae en el compartimiento del tren que abordara para huir del puerto usaba un traje negro y llevaba una larga y rizada barba oscura. Sobre sus rodillas tenía un libro de tapas de cartón y en sus hojas leía una escritura que Sofus nunca había visto.

Antes de llegar a Trondheim el cazador de ballenas se tocó los bolsillos. No llevaba un centavo, ni siquiera para pagar el pasaje que de seguro le cobrarían al bajarse en la estación.

Se le ocurrió buscar dentro del cofre que había robado pero el miedo que todavía llevaba no le impidió sufrir la desazón. En el interior aterciopelado de la caja había una piedra. Una piedra opaca, verde, de un palmo de ancho que quizás pudo ser valiosa de no tener su superficie arruinada por innumerables arañazos.

Alcanzó a fijarse, sin embargo, como se fijaban los ojos de su vecino en el objeto. Por eso no movió sus manos ni devolvió la piedra al cofre, exhibiéndola a la mirada, que se hacía voraz, del otro. El tren disminuía su marcha a medida que iniciaba su recorrido por los suburbios de Trondheim.

El hombre de la barba rizada y del kipá cambió sus gafas sin desatender la piedra. Había cerrado el libro e inclinando su cabeza, su cara se acercaba cada vez más hacia las manos de Rae.

-No puede ser -dijo. (En noruego)

Sofus Rae se incorporó levemente y acercó aún más la piedra a la curiosidad del pasajero.

-¿Cuánto vale? -preguntó. (En yiddish)

Sofus Rae no entendió la pregunta y tampoco tenía una respuesta entonces, por instinto, cerró sus dedos.

-¿La piedra...? -dijo. (En noruego)

El judío dio un pequeño respingo.

-La manera en que Ud. la ha mostrado -dijo (en noruego) es la que utiliza un hombre que quiere vender.

Había hablado en un tono reposado.

Sofus Rae relajó sus músculos crispados y la piedra, humedecida por su transpiración, apareció otra vez ante la mirada experta del comprador.

-Ofrézcame -dijo Rae (En noruego)

El hombre pensó unos segundos.

-Quinientas coronas -dijo. (En noruego)

-¿De ores o de aurares? -preguntó Rae (En noruego)

-Ores -dijo el otro, sin vacilar. (En noruego)

Sofus Rae asintió.

La operación la hicieron en silencio, contando apenas los billetes Rae, cautivado el de la barba por la piedra que ya tenía entre sus manos.

El cazador de ballenas guardó el dinero y miró la ciudad que se iba demorando al paso del tren. De pronto escuchó como el otro pasajero murmuraba, sus ojos trémulos sobre la piedra, sus dedos delgados repasando las muescas que la devastaban. En un momento, justo cuando Rae descubriera el nombre de la ciudad a la que llegaban en la primera estación, el judío levantó la cabeza.

-¿No sabe Ud. lo que esta piedra revela? -le preguntó (en alemán)

Sofus lo miró fijamente.

-El trato ya está hecho -dijo.

-¿De dónde la obtuvo?

Rae resolvió contestar. Apenas unos minutos más y estaría lejos del comprador de desperdicios.

-De un naufragio -dijo sin mentir.

Sabía que el francés obtenía sus tesoros de naufragios de veleros y de naufragios de hombres. Quizás ese era el origen del cofre y de la piedra. Algún marino, creía Rae arruinado por las luces del puerto, se había acercado al prestamista para obtener algo por ella. Casi nada le habría dado el francés por ese objeto transado en otros puertos, donde siempre más valor le habían dado al recipiente que al contenido, aunque éste proviniera de los más antiguos y arcanos laberintos de la historia. Se equivocaba, sin embargo, el cazador de ballenas, porque la piedra había llegado hasta Belier por conductos legítimos, familiares, casi difíciles de explicar.

Sofus Rae trató de entender lo que el extranjero, con una rara entonación cantaba, leyendo esas vírgulas de consonantes ininteligibles que surcaban la superficie velada de la piedra:

"Siete veces construimos Tutub, Ttub, Ttb...

siete y siete veces mas será.

Para elevarnos sobre las aguas

que desde el Belbén derramarán..."

Sofus Rae se dio cuenta que el hombre lloraba, se interrumpía para limpiarse la nariz y continuaba su cántico, indiferente al movimiento del tren, a la estación que se aproximaba y al capitán noruego del que había conseguido la piedra.

"Y quien quiera acercarse al Belbén,

y para ello coger madera de cedro y ciprés,
para construir un arca que a El lo aproxime y asemeje,
Belbén confundirá sus lenguas
y las virtudes que les permiten escribir..."

El viajero guardó el pañuelo y Sofus Rae se arregló los botones de la camisa. El tren entraba a la estación principal de Trondheim.

"Cuarenta períodos caerá agua por mano de Belbén..."

El hombre parecía haberse saltado un trozo de la lectura, parecía querer avanzar con rapidez, terminar antes de que el tren se detuviera, como si cuando esto sucediera se le fuera a esfumar, como lágrimas de incienso, la piedra de las manos.

...y sólo el ábside de la torre,
que Navé construirá con rocas y arcilla
prevalecerá sobre ellas...

...como prevalecerá la piedra fundacional
en la conjunción de los laberintos,
para siempre...

"...Y esa arca de Belbas quedará inconclusa
y los hombres y las mujeres se esparcerán por toda la tierra
sembrando sus lenguas
que en un principio los confundirán..."

El tren se detuvo en la Hauptbanhoff y el hombre de la barba rizada aceptó el cofrecillo que le ofrecía Sofus Rae. Guardó allí la piedra y se secó los ojos con un pañuelo de color morado.

-Era cierto, entonces -dijo. (En yiddish)

Sofus Rae abrió la puerta del compartimiento y bajó directamente al andén. Pagó el valor del pasaje al inspector que esperaba en el molinete de salida y se alejó con rapidez.

1989.-

El enigma de los laberintos, más que una historia que hiciera más verosímil mis historias, me permitiría, si lo dilucidaba, conocer el origen de la piedra verde del prestamista francés.

Toda investigación acerca de los laberintos o cualquier reflexión sobre ellos no estaría completa si no toma en cuenta las crónicas de las excavaciones en Knossos hechas por Arthur Evans, o las que lo precedieron, que aunque incompletas están llenas de insinuaciones de raro valor.

Y aquí indudablemente se aclara parcialmente el misterio de la piedra, pues ya no nos puede caber duda donde fue hallada por primera vez. Lo que se mantiene en total oscuridad y que complica la investigación es saber si, originalmente, el contenido de la escritura puede ser atribuída a la civilización minoica o no. Soy

de la opinión que es muy anterior y que será extenuante sino imposible, llegar hasta el verdadero principio.

En todo caso, la historia de Rae y del hebreo erudito del tren, era coincidente con las anteriores en cuanto al posible significado de lo escrito sobre la piedra. Por otro lado, los hombres que me vigilaban estaban interesados, qué gracia es sostenerlo, en la piedra en sí y ahora y no les importaba el que yo me hubiera acercado a su arcano.

Desde la facultad llamé por teléfono a Cristal y le dije que comeríamos fuera. Quería insistir en darle un barniz de normalidad a mi vida y quería hacer creer, a quien le compitiera en ese momento, que mi interés sobre la piedra no iba mas allá que el que un anticuario tenía sobre cualquier objeto susceptible de ser bien comercializado.

De inmediato supe que hasta mis intenciones eran procesadas con prontitud y eficacia. Ya que no bien hube terminado de hablar con Cristal, cesó el acecho. Entonces "ellos" y no sé quienes son "ellos" y de ahí el entre comillas, sabían incluso cuando mi conducta era aparente y cuando real.

Esa noche llevé a Cristal al sitio donde mejor preparan el sushi, donde sirven el sake a la temperatura exacta y donde además, la cerveza Asahi que sirven de aperitivo viene muy fría y de regalo. Esa noche nos condujeron a un comedor privado, privado de la vista, curiosidad y maneras de otros comensales por breves pero eficientes cortinas de seda pintadas con juncos.

Cristal y yo nos quitamos los zapatos, caminamos dos pasos por la alfombra hasta la mesa puesta con sencillez y de inmediato nos

trajeron la cerveza y nos ofrecieron el menú. Cristal estaba contenta y yo también.

1899.-

Margaret Callebout había completado cuatro meses excavando con entusiasmo, pero su equipo de colaboradores se había ido diezmando con velocidad. De los nueve hombres y dos mujeres -incluida ella - que habían llegado, en la víspera de su propio día nacional, un veinte de julio, sólo quedaban cuatro. Philippe Caenepeel, Joz de Collier, Xavier Demoulin y ella. Dos hombres y la otra mujer, Caroline Des, habían regresado a Bruselas apenas cinco semanas después de iniciada la tarea. La causa había sido la irreconciliable discrepancia acerca del lugar donde había que empezar a remover la tierra. Según ellos, la Callebout se desorientó al término de una tormenta de arena al salir del puerto de Iraklion, a donde arribaran y que bajo el suelo que ella pretendía buscar no encontraría nada más que alacranes y mantos de talco.

Pero la Callebout estaba a cargo de la expedición y manejaba los recursos, razón de sobra para que el levantamiento del terreno se hiciera según sus instrucciones.

Dos meses después, sin embargo, los cuatro representantes del Departamento de Arqueología de la Universidad de Saint Luc resolvieron, también, devolverse a Bélgica. Esta vez los argumentos aludían a los métodos usados por la Callebout, con los cuales, supuestamente estaban en desacuerdo. Posteriormente se supo que habían sido ahuyentados por su propio miedo, acobardados por el calor inclemente de ese verano y por las amenazas absurdas de un grupo de fanáticos que habitaban en las laderas del monte Dihkti.

Y un 22 de Noviembre amaneció muerto Xavier Demoulin, con el vientre enrojecido por la sangre de un aneurisma reventado. La Callebout tuvo que ser especialmente seductora con Philippe y con Joz que enfrentados a las desgracias y al poco éxito de la misión también quisieron desertar. A pesar de las promesas en dinero y recomendaciones académicas, los dos hombres le dieron tres meses de plazo. Si al 22 de Febrero no encontraban indicios de Knossos, se embarcarían de regreso al continente.

Sin embargo, antes que se cumpliera el plazo Joz hizo el que iba de ser el primer hallazgo. Eran los restos de un gran ladrillo de arcilla cocida que se deshacía con el pincel como un buñuelo añejo. Estaba bajo la demarcación propuesta por la Callebout, a cuatro pies de profundidad.

Tres días demoraron en separarlo de la tierra que lo aprisionaba y no parecía al principio tener ninguna relación con alguna otra estructura enterrada.

A esas alturas del trabajo la excavación ya tenía dimensiones considerables y los arqueólogos trabajaban en un pozo de forma trapezoidal de ocho o nueve yardas por lado y casi cinco pies de

hondura. Interrumpieron el trabajo en el terreno para investigar la muestra en el laboratorio montado en una de las cuatro tiendas del campamento.

Un par de días más tarde llegaron a tres conclusiones. Primero que la antigüedad de ese ladrillo era muy posterior a cualquier civilización minoica; segundo, que no pertenecía como se había sospechado a ninguna estructura y que por lo tanto era un elemento aislado y tercero, que tenía una densidad mayor que la esperada. Aun así no se atrevieron a romperlo con la piocha para descubrir su secreto.

Lo descubierto los llenó de entusiasmo y ello fue recompensado una semana después al tropezar la misma Callebout con otro ladrillo. Este era distinto. Aunque de similar tamaño que el anterior, tenía una data homologable a la estimada de las primeras construcciones de Knossos, era con certeza parte de una construcción bastante extensa y fuerte -así lo permitía asegurar su estructura y tenía la densidad propia de un ladrillo de ese tamaño.

Por deducción simple, concluyeron que el primer ladrillo tenía que haber sido puesto en ese lugar en fechas posteriores y con el incuestionable propósito de distraer a quién en algún después investigara el origen de la estructura a la que se aproximaban.

Pero, dijo la Callebout, la finalidad también pudo ser positiva y propicia, de orientación más que de confusión...no se puede asegurar en forma ligera las intenciones de quien lo hizo, aún no hemos agotado el examen.

La Callebout era una reputada experta en Creta y su cultura y su Cátedra en la Universidad de Amberes fue un día conocida como "El

Laberinto". Aunque la Callebout sabía la razón de ese nombre, lo alentaba. Pero ella como muchos otros estudiosos anteriores y contemporáneos, partía en relación a sus investigaciones y excavaciones en Knossos con una gran deficiencia: ninguno tenía antecedentes que les permitiera conjeturar la causa del fin de las civilizaciones minoicas. Y esa habría sido una pista de significativo valor al inicio de toda búsqueda. No había sido creada a principios de siglo la dendrocronología y la climatología estaba en balbucesos. Estas ciencias sí le habrían entregado inestimables aportes en sus intentos por encontrar el laberinto primigenio.

No obstante su fina intuición y su formación científica no la habían hecho excavar en ese sitio en vano. Algo le decía además que esa civilización no había sido destruida por el hombre sino por la naturaleza. Y eso la llenaba de confianza. El hombre, cuando destruye, no deja vestigios, la naturaleza en cambio es más generosa con la obra de su enemigo.

A la Callebout la cautivaba la cultura minoica y quería conocer no sólo la causa de su extinción, también la forma en la cual se desarrollaba la vida en sus casas y calles y por sobre todo el enigma de su laberinto y la cotidiana convivencia de su perverso hermetismo con los habitantes de la ciudad. También los secretos de su diseño y construcción, su uso, su inexpugnable condición y la intangibilidad y el arraigo de su poder.

Margaret Callebout encontró la respuesta a casi todo lo que buscaba. Y más. Descubrió lo que después fue conocido como el punto de la Conjunción, pues dedujo que el laberinto de Creta no era uno,

eran dos, dispuestos en diagonal con respecto al eje mayor de la isla, construcciones de diferente diseño, estilo y antigüedad, pero que estaban unidos en un sólo punto, de difícil percepción. Ese punto, cuyo contacto unívoco era el ladrillo desenterrado a cuatro pies de profundidad -y que después se supo no era tal, sino una piedra colmada de escritura -tenía la importancia complementaria de ser, quizás, un resquicio hacia otros mundos alterados.

Pero todo esto hubiera quedado inconcluso de no haber sido por la opinión que una noche lanzó Philippe Caenepeel. Con una copa de aguardiente italiano en la mano, de la última botella que quedaba, miraba pensativo el ladrillo mientras la Callebout y Joz cumplían la rutina de concluir sus anotaciones diarias.

-Algo valioso debe haber dentro de este montón de barro - dijo.

La Callebout no reaccionó de inmediato. Siguió enfrascada en la redacción de los hechos puntuales de ese día. Por oficio no dejaba de anotar nada, lo más insignificante, como las pruebas que en sus investigaciones pide la policía, podía ser esencial. Una astilla de madera, una brizna de paja desechada se convertía, de súbito en la pieza clave de un descubrimiento.

A la hora de la cena la Callebout le dirigió la mirada a su colega.

-¿Por qué dices eso, Philippe?

Phillipe estaba en Creta pagando tributo al hecho de ser profesor en una Universidad en la que si bien -en materias administrativas - no se permitía el disenso, si se permitía la concitación en el área académica. Siendo un sobresaliente profesor

de Lenguas fue acusado de ofrecerse como lector privado a una alumna de la Facultad. La Universidad, atenta a su propio prestigio y a cualquier escándalo había preferido darlo por culpable de tan censurable proposición que enfrentar un juicio con la sociedad belga. Con el compromiso de reincorporarlo a la Cátedra con posterioridad, le sugirieron se enrolara en la lista de la Callebout que por esos días partía a la isla de Creta.

Phillipe aceptó no sólo sabiéndose inocente sino que víctima de una manipulación y se entregó a las directrices de la arqueóloga sin ignorar que la hora de su desquite no tardaría.

Y la reparación no le importaba si venía de la Universidad misma o de una expedición financiada y patrocinada por ella.

-Muy denso para ser solamente de greda.

La Callebout dejó la cuchara en el plato y se acercó a la pieza. Tomó el adobe con cuidado y lo tanteó un instante. Después movió la cabeza afirmativamente.

-Tienes razón -dijo.

La comida fue dada por concluida y el ladrillo llevado a la tienda que hacía de laboratorio. Con pinceles y pinzas, recogiendo, seleccionando y clasificando todo el barro que la cubría, los tres exploradores fueron develando en esas entrañas de tierra la existencia de una piedra oscura, verde, opaca, cubierta por infinitos trazos diminutos que cursaban esbozando el camino que recorrería un caracol y cuyo significado les era definitivamente inescrutable.

Philippe, sin embargo, se percató en forma instantánea que lo que gritaba esa piedra desde su superficie era tan importante como

el desentierro de los laberintos continuos del rey Minos.

Pero del mismo modo en que había callado en el episodio que le costó la maestría, calló también ahora, seguro de poder hacerse de esa piedra sin problemas. Sería la pequeña ventaja que le sacaría a la Universidad por todo el enojoso e injusto asunto aquél.

Conociendo la ambición de la Callebout y sus preferencias arqueológicas, infería que esa piedra le iba a interesar unicamente como instrumento. Al momento de dejar de serle útil en ese sentido, la piedra perdería valor intrínseco, pasando a ser otro objeto de la civilización minoica de tanta o tan poca significación como cualquier otro. Y ese era el momento que estaba dispuesto a esperar Philippe.

Y a partir de esa noche los descubrimientos se sucedieron con asombrosa velocidad. Como si la piedra hubiese intervenido como un talismán los muros de las construcciones cretenses empezaron a aparecer. Pero al cabo de unos días fue fácil comprender que aquella edificación que se desprendía del lugar donde estuviera la piedra, si correspondía a un laberinto, debía ser a uno muy singular. Philippe comprendió que era el momento de actuar y la noche de un día que la Callebout sacara a la luz un vaso ceremonial con la forma de la cabeza de un toro llenó los lamparones con petróleo y se puso a excavar con la escrupulosa porfía de un poseso. Había tratado de descifrar la piedra con la convicción de que ella llevaba un mensaje, pero reconoció que no tenía ni los conocimientos ni los recursos como para seguir perdiendo el tiempo. Minos daría su brazo a torcer, estaba seguro.

Entonces, cuando el sol empezaba a levantarse y los escarabajos

de alas negras empezaban a emerger del barro, el pincel de Philippe empezó a limpiar un rostro esculpido en piedra y alabastro.

Minos era un hombre ya mayor cuando sucedió a su padre en el trono de Knossos. El ocio de su prolongado principado le había permitido adueñarse de un conocimiento poco común para los reyes de su larga dinastía. Sabía leer y escribir en las tablas y rollos de barro y podía hacerlo tanto en Griego como en Cretense como pocos escribanos o sofistas. Se rumoreaba, incluso, que el viejo príncipe era el único hombre capaz de descifrar lo escrito sobre la piedra que estaba oculta en el más profundo giro del Laberinto.

Aunque su rostro no lo demostraba, su espíritu reía cuando los sacerdotes le hablaban de Minos, de su esposa Pasifea, de su amante el toro albino enviado por Poseidón y del hijo bastardo, el Minotauro. Se lo recordaban al amanecer, mientras comía cereal y leche de cabra rebajada con agua, lo único que le aceptaba su estómago, como parte de la rutina que desde siempre rodeaba a los reyes de Creta.

A media mañana el rey Minos se asomaba a la gran ventana abierta en el salón del palacio en el que trabajaba. Y lo hacía para mirar al norte, hacia la isla de Thera desde donde, como su madre le había dicho, vendría la destrucción.

Porque por sus nombres no era posible encontrar una diferencia, ya que todos los que habían ocupado el trono de Knossos llevaban el mismo, Minos el que había construido el Laberinto, el Fundador, se decía había hecho esculpir su rostro en alabastro a la entrada del ingenio imperecedero que asombraba al mundo.

Y Minos cada mañana dirigía su mirada a esa cara en relieve que mostraba la entrada que algún día tendría que franquear. Porque esa era la prueba que debía pasar el que accediera al trono para probar la autenticidad de su minoica sangre real: penetrar en el laberinto, buscar la piedra y leer en ella la sabiduría que se creía necesaria para gobernar la isla.

Minos no tenía apuro. Quería dejar para las postrimerías de su reinado dicho testimonio. No pocos de sus antecesores se habían extraviado en el constructo de Dédalos, apresurando la sucesión y dejando el gobierno en manos de regentes e hijos pequeños. Minos no tenía familia y no quería desencadenar una lucha por su herencia que traería más desgracias a su pueblo. Porque estaba seguro que nunca saldría del artificio. Minos, por ser el rey, tenía acceso a los que se decía eran los planos del Laberinto, pero cuando los examinó, con más curiosidad que dedicación concluyó que ni aun siendo ellos los verdaderos le servirían realmente.

Y Minos no tuvo apuro hasta que una tarde en la que como tantas o como todas miraba hacia el norte tratando de ubicar en la lejanía el humo azul del volcán de Thera, vio a aquella muchacha que caminaba bordeando los muros del Laberinto.

La vio detenerse en la abertura y observar la imagen esculpida y después, alejarse saltando, recogiendo una flor pequeña en esa primavera insospechada.

Ella acudía cuando el sol se acercaba al horizonte y siempre seguía el mismo juego: apenas asomar su nariz -que Minos adivinaba perfecta -al amenazante monumento, después reirse ante la severidad del translúcido rey de alabastro y al final salir

corriendo, asustada, hasta perderse más allá de las colinas que cierran la ciudad hacia el poniente.

Minos admiró a la niña durante toda la primera mitad de la estación y cuando empezó a subir la temperatura y las tardes se hicieron húmedas y calientes llamó a sus plateros y les pidió que le pulieran un espejo tan grande como la ventana desde la cual observaba.

Diez días tardaron en fundir la plata y otros diez en extenderla sobre la superficie de mármol donde quedaría engastada. Diez días tardó en enfriarse el metal fundido y diez más demoraron los artífices en bruñirlo.

Minos se miró desnudo por primera vez en el espejo en el último día de la primavera y vio a un hombre de muchos años que no era todavía un anciano. El pelo gris, ralo y fino no descubría calvicie alguna. Tenía la piel blanca y seca y los músculos reducidos pero elásticos. Las espaldas algo cargadas y la rodilla izquierda levemente arqueada. Su gordura era discreta y tolerable.

Acercó su cara y miró su nariz, también pequeña. Algunas arrugas alrededor de los ojos y las pupilas negras enmarcadas por un imperceptible halo lechoso. Metió un dedo en su boca y se tocó las muelas firmes y los alvéolos lisos e indoloros.

Luego se alejó del espejo y se acercó a la ventana. La chiquilla miraba otra vez la máscara del Minos de entonces preparándose para correr, despavorida en su juego, hasta los suburbios de Knossos.

Minos esta vez no lo permitió. Cuando ella se dio vuelta para iniciar su huida ritual vio a tres soldados que le cerraban el paso. Tenía entonces dos posibilidades, entregarse a quienes no

parecían dispuestos a dejarla ir o cruzar el umbral detrás del cual todo era leyenda. Era leyenda el Minotauro pero quizás también era leyenda Teseo y la muerte del monstruo.

La niña ya conocía el propileo, dentro del cual había dado unos pasos apartando la alta y espesa hierba que lo ocultaba. Y el piso del primer corredor, hacia la izquierda o la derecha, ¿dónde se inicia el camino en un laberinto?, que se veía pavimentado con piedras simétricas y sus paredes cubiertas de tracería y también el techo abovedado, iluminado por una iridiscencia sutil y sin origen. Sólo algunos caracoles, grandes como un puño se aventuraban al interior, dibujando con su rastro extrañas figuras sobre el empedrado y en los zócalos de las columnas donde se refugiaban del calor.

Felié como se llamaba la doncella, no titubeó.

Los soldados, sin tocarla, la llevaron ante su señor. No tenía más que quince años, vestía una bata de algodón basto y delgado y su pelo castaño y recortado apenas tocaba sus hombros. Tenía los ojos del color de las violetas y su nariz tan pequeña como Minos la había adivinado.

Minos no había tenido concubinas ni había querido tenerlas. Su experiencia con mujeres se reducía a los burdeles de Kydonia y Zácros, en uno y otro extremo de la isla donde a veces lo enviara su padre en misión de cobranza o ajuste de impuestos. Porque recordaba con dificultad a la otra, a la distante Egina, la hermosa matrona que regentaba un prostíbulo en Zacynthus y que no quiso embarcarse con él de regreso a Creta.

-Ni aunque fueras el heredero del trono -le había dicho al oído

-pues no hay peor esclavitud que la de una reina, que no sólo esta reducida a un palacio, sino que también sólo a un hombre.

Minos miraba embelesado a Felié y se alegraba de no poder evocar el rostro de Egina. Podía recordar la carencia de la travesía sin ella y hasta la luminosidad opalescente que entonces tuvo el faro de Malea, pero no lograba recordar el brillo de sus ojos, el sabor de su piel, ni siquiera el olor penetrante, cautivador y a veces repugnante de su cuarto.

Recordaba, porque la tristeza pasada no puede sentirse, una melancolía que lo mantenía inmóvil frente a la muchacha que había elegido la cámara del rey a las tinieblas interminables del Laberinto.

Quería que la niña fuera su esposa, para que le diera un hijo con un nombre distinto que pusiera fin a la dinastía, a la leyenda y con ella el Laberinto cuya presencia lo agotaba.

Pero otra vez, cuando ya había decidido la boda, los sacerdotes lo previnieron sobre la necesidad de entrar en él.

-Pudiste esperar porque recibiste el poder inadvertidamente -le dijeron -pero el pueblo no entenderá el enlace de un rey que no ha conocido el ombligo del Laberinto.

-¿Dónde está esa ley? -preguntó Minos.

-En la memoria de tus conciliarios y de tu pueblo están los preceptos de tu alcurnia y que debes respetar para ser respetado.

Entonces Minos se dio vuelta, contempló fugazmente el espejo que le devolvió, también, su imagen móvil y fugaz y se acercó a la ventana desde donde descubriera a Felié.

-Está bien -dijo -entraré al Laberinto -pero lo haré a mi modo.

Y el rey bajó a los suterráneos del palacio y se encerró por siete días y siete noches. Al octavo día y con un largo papiro bajo el brazo subió a sus aposentos y convocó a los sacerdotes.

-He examinado los planos de Dédalos -les informó -y sólo una continuidad conocida me permitirá resolver el enigma que ellos encierran.

Los heresiarcas se miraron sorprendidos.

-He resuelto -insistió el rey -construir otro laberinto, unido al que se levanta en las afueras de la ciudad. Por el penetraré hasta sus profundidades y recogeré la sabiduría que yace en su helicoide final.

Y extendió el plano sobre la larga mesa de madera de ciprés que se hallaba en un extremo del salón.

Los hombres se acercaron y observaron el dibujo sin entenderlo. Presentaba un túnel lineal, de la misma anchura que la que tenía el Laberinto, abovedado, sin curvas ni giros y que iniciándose en el pórtico original, lo clausuraba y se extendía hacia el sur, cortando en diagonal el eje mayor de la isla. Esta estructura tenía, del mismo modo, la exacta longitud del Laberinto y en su diseño se apreciaba la entrada en un extremo, franqueada por columnas robustas, coronadas con frisos que representaban los juegos de toros con los que se celebraban las fiestas de la ciudad. La salida del laberinto primordial, en la punta norte seguía en el mismo sitio, pero había sido modificada exteriormente, representando ahora el cuello y la boca de un cántaro como aquellos con que se escanciaba el vino en los sacrificios con los que se agradecía a los dioses.

El interior del plano dibujado por el rey se apreciaba tabicado, pero la mampostería distaba de tener una disposición intrincada o imposible de resolver. El punto en que ambos laberintos se conectaban, cerrada al exterior, estaba ligeramente dilatado y parecía que hasta allí se descendía en forma casi imperceptible si se venía desde el comienzo del nuevo acertijo.

También y con un obsesivo trabajo de recorte en la flexible corteza de la palma joven, Minos había reproducido con una detallada filigrana el esquema interior del Laberinto el cual, al sobreponerse como una moderna transparencia sobre el dibujo de la obra gruesa, provocaba miedo y desaliento a quien lo contemplara por su inmensa y perversa complejidad.

Koinas, el gran sacerdote y depositario del poder y de la fe minoica apuntó con un dedo la obra del rey.

-Este es sólo un subterfugio para retrasar tu compromiso con el Laberinto -le dijo.

-Mi deber -replicó Minos -es entrar y salir de él, yo lo haré a través de mi propia construcción.

-El que has diseñado es fácil hasta para un esclavo -replicó Koinas.

-Entonces tu ingresarás primero y yo te seguiré cuando hayas salido.

Koinas volvió a mirar el dibujo con desprecio y luego al resto de los dignatarios.

-Estaré listo -dijo desafiante.

-Y después, al terminar mi recorrido y en presencia de todo el pueblo se celebrarán mis bodas con Felié -anunció Minos dando por

terminada la reunión.

Y al día siguiente y bajo un toldo impermeable que hacía invisible la obra, se iniciaron los trabajos del laberinto linael imaginado por Minos, bajo la supervisión de un único constructor de su confianza.

A ningún obrero se le permitió moverse del sitio donde se excavaba y se construía y cuando, al cabo de tres meses la obra hubo culminado, se cumplieron las precisas instrucciones dada por el rey. Se ató a los trabajadores unos con otros con correas de cuero, lo mismo a los aprendices, artesanos, maestros, albañiles y calculistas y se los llevó en carros tirados por bueyes hasta el puerto de Avia Triadha. Allí se los embarcó en un bajel onerario con las velas desplegadas y el timón fijo en el oriente, rumbo a las columnas de Hércules donde se acaba el mar y el mundo conocido.

A su constructor le conservó la vida, cosiendo su mandíbula con alambre de bronce y cercenando cuatro dedos de cada una de sus manos para que no hablara, no escribiera, no sumara y no restara.

Y al segundo día después del solsticio convocó a la corte, al pueblo e invitó a Koinas a cumplir su atrevimiento.

Koinas no titubeó.

Como Sumo Sacerdote conocía el Laberinto y muchas veces ya lo había recorrido, pudiendo identificar hasta el lugar donde se hacían polvo los huesos de los siete reyes que no lo habían podido resolver. Con sus ornamentos de ceremonia, premunido de una espada que no necesitaba y de una antorcha de luz permanente traspasó las columnas del pórtico del laberinto de Minos. Había estudiado cuidadosamente las dimensiones de éste y guiándose por los planos

verdaderos que le proporcionara el mismo rey dio los primeros pasos de los ochocientos ochenta y ocho que había calculado que tenía la construcción. Sólo tres vueltas y todas a la derecha, después de los primeros ochenta y ocho pasos, para continuar, sin desviarse, en un leve talud descendente hasta el resquicio final que se ensanchaba, el umbral del Laberinto que tan bien conocía y que tantas veces transpusiera.

Koinas enfrentó entonces, en la insinuada penumbra, los tabiques y cantones del laberinto simplificado de Minos y avanzó seguro.

Al término de siete días de inútil espera el rey Minos anunció que era su turno y que al amanecer del octavo, apareciera o no Koinas, entraría al doble laberinto.

Esa noche degollaron a las reses y adobaron los carneros y las perdices. Se rompieron los sellos de las ánforas de vino y de las botellas de cristal opaco llenas de aguardiente y miel y se abrieron los invernaderos para colmar de flores el palacio. Se rellenaron los corderos y se deshuesaron los pollones y los gansos. Se cosecharon las mejores hortalizas y se abrieron las despensas reservadas donde se almacenaban las especias y las frutas.

Las doncellas de la corte bañaron, perfumaron, engalanaron y vistieron a Felié y al mediodía, hacía ya largas horas que el rey había caminado bajo el friso de las columnas toscas que custodiaban la entrada a su laberinto, ya estaba todo dispuesto.

A las cinco en punto de la tarde Felié se puso de pie. Había estado sentada bajo un dosel de seda, cerca de la única salida del Laberinto, a la sombra de las fortificaciones del palacio de Knossos. En ese lugar, junto a la muchedumbre esperaba al rey, la

boda y el banquete. Felié recogió un pequeño cofre dorado que tenía su lado, de bronce y malaquita y lo mostró al pueblo de Creta. Fue el instante en que precedido de un rumor creciente Minos apareció, incólume, en la puerta de salida de la colosal y tenebrosa estructura. Se veía más cansado y viejo, pero en su mano derecha empuñaba la piedra milenaria entregada en custodia al maleficio del Laberinto.

No sólo los sacerdotes, sobrecogidos aún por el desaparecimiento inesperado de Koinas, sino el pueblo entero elevó el murmullo hasta transformarlo en un alarido colectivo de alarma y de terror. Nadie, ni el mismo rey de Knossos tenía el derecho a violar la sagrada e inmensa quietud de esa piedra que nunca nadie había visto antes a la luz del día. Sólo los reyes que sobrevivían al trayecto y algunos sacerdotes por arbitrio de los dioses tenían acceso a su tacto en la inaccesible y diabólica sima del Laberinto.

En ese instante, entonces, entró en erupción el colosal volcán de la isla de Thera.

Philippe, al descubrir la máscara de Minos, había encontrado la punta del hilo conductor. Ello fue suficiente para que la Callebout ordenara, con fuerza, proseguir con las excavaciones setenta pies hacia el poniente. Al comprobar que se encontraba sobre las ruinas del Laberinto, la arqueóloga no titubeó en anunciarlo a Bruselas y pedir más hombres, equipos y recursos.

Seis semanas después habían ya develado la parte central del doble laberinto, limpiándola de las cenizas y de los escombros volcánicos que dos mil quinientos años antes se habían precipitado

sobre la isla. La Callebout había logrado deducir, de las ruinas encontradas, que eran testigos de un descubrimiento que no correspondía a la verdad histórica. Que estaban en presencia de una construcción doble, una compleja y otra sencilla, comunicadas por un atrio o portal en que se reconocían restos de caracoles o de conchas de desconocidos gastrópodos terrestres. Y fue en el curso del avance en la excavación de este espacio, cuando descubrieron el único cadáver.

Estaba vestido ricamente, sentado, apoyado sobre el postrer tabique del segundo laberinto que lo separaba del propileo que inauguraba el acertijo de códigos imposibles. En su mano aferraba una espada que destilaba un polvo rojo, como la sangre seca y parecía mirar una antorcha que no se había consumido. Estaba admirablemente conservado por el aire contaminado de sulfuros de la explosión prehistórica y un hielo de miedo y decepción aún le alumbraba en sus ojos.

No había transcurrido un mes del encuentro del cuerpo de Koinas cuando Philippe resolvió abandonar la expedición. La Callebout le había permitido llevar la piedra y otros objetos consigo para continuar su investigación en el continente lo que lo hizo embarcarse satisfecho, sintiendo todo aquello como una especie de reparación. Y las interrogantes que le agitaban el juicio se fueron disgregando como las olas del mar Egeo al acercarse a las playas del puerto de Kalamai.

¿Cómo había logrado Minos resolver el enigma del Laberinto con el sólo artilugio de entrar a él por otro conocido?

¿Cómo era posible que un hombre de la sabiduría y la experiencia

de Koinas se hubiera extraviado en un laberinto lineal, casi ingenuo, como aquél construído por Minos?

1989.-

El sushi había estado inmejorable en variedad y sabor y asimismo la cerveza y el buen sake. Encendí un cigarrillo sin ofrecerle a Cristal que no había fumado nunca en su vida y antes de pasar la tarjeta de crédito moví unos centímetros la cortina junto a la mesa para husmear al exterior.

No vi nada, sólo una oscuridad turbia, matizada por el ruido leve del viento entre las hojas de otoño, de un otoño que tardaba en comenzar. Recordé un viejo cuento que relataba la historia de un hombre que era capaz de apurar la llegada del invierno y miré pensativo a Cristal.

Cristal tenía un nombre venezolano, pero no era venezolana y observándola a la luz de las sutiles lámparas japonesas se me ocurrió que así de bella debió ser Felié, la chiquilla del rey de Creta.

En dos segundos quise deshacerme de la piedra y del libro de Milagro y de las consecuencias de su inefable significado. De la misma manera quería eludir las cadenas mentales que suponía el trabajo de buscar un algoritmo u otra fórmula matemática que resolviera el problema de la accesibilidad a la salida de cualquier laberinto.

-¿Qué te pasa? -me preguntó Cristal.

Pero tampoco quería perder lo que esos objetos tan particulares podían ofrecerme.

-Nada -respondí.

Entonces pensé que a lo mejor podían ser de interés para alguna persona o fundación que se preocupara de estudios pretéritos y sagrados, como las había que se se dedicaban a la búsqueda y el estudio de conjuros infernales y evocaciones espantosas. Si conseguía traspasarlas, quedaría liberado de la responsabilidad de darle un sentido a lo que yo ignoraba.

Pensé en la Sociedad Talmudista, en los Caballeros de la Orden de Malta, en la Academia Teutónica de Estrasburgo, en la Asamblea

del Apocalipsis y hasta en la Convención Universal para la Interpretación de la Cábala. Obviamente antes había descartado la Iglesia Católica y otras denominaciones cristianas, así como el Gran Rabino de Israel o los Científicos de El Cairo. No quería fundir mis huesos en un manicomio. No todavía.

Apagué el cigarrillo, firmé el recibo de American, tomé a Cristal de la mano y salí.

En la mañana siguiente, cuando fui a la biblioteca en busca del "Catálogo de Sectas" de Simomivic y de los tres tomos del "Estudio Cruzado de Apostasías, Herejías y Cismas en la Historia de las Religiones" del alemán Konstantin Von Morrowoski, descubrí a los Literales. Ello me hizo renunciar a seguir en búsqueda de un depositario para la piedra y la biblia de Milagro. Los Literales lo infiltraban todo y sólo me quedaba la opción de la eventual ayuda de Ram Ben Jose.

1989.-

Algunas de las interrogantes de Philippe no eran difíciles de responder, pero ese no es el punto ahora.

Es cierto que soy el poseedor de una Biblia complementada por apostillas increíbles y de una piedra colmada de inscripciones que parecen haber sido escritas siguiendo el destino de un caracol que, ya no tengo dudas, corresponden más o menos exactamente a esas notas y a su último y enigmático libro de Shemeber. Tanto que podría suponerse que todo es una fiel transcripción de lo que aparece mencionado en la escritura transitiva de aquella. La pregunta, entonces es ¿de qué modo Aescenius Milagros tuvo acceso a la piedra..., cuál es el origen de ésta? y otra no menos acuciante, a ¿qué ignota mano y razón se debe el enloquecido recorrido de la piedra por sitios tan disímiles y de tan vasta significación histórica?

Cristal, que a pesar de ser una experimentada analista tiene los pies bien puestos sobre la tierra de este planeta, ya ha notado que mi inconsciente está contaminado de dilemas que no se pueden atribuir a mi adolescencia harto tiempo ya pasada y ha empezado a preguntarme por mi vida reciente. Me interroga por mis sueños y busca sorprenderme con la libre asociación para sacar a luz mis conflictos actuales. Quiero contarle toda la verdad, pero no estoy seguro que me crea. Y otro siquiátra podría ser peligrosos para mi salud mental. X

Me obligaría a remontarme a 1971, cuando después de ser nombrado profesor de Lenguas Clásicas en la Universidad, viajé dos meses por Europa.

1971.-

Fue durante mi breve pasada por Amsterdam, a la salida del modesto hotel Continental, cuando me ofrecieron comprar un cuadro de Goya por una cantidad de dólares que, si bien no tenía, sugería con fuerza que la pintura debía ser falsificada.

Me abordó un hombrecillo en la calle a pocos metros de la esquina de la calle de la reina Juliana y al principio lo confundí

con un turista en busca de información.

-Tengo algo que puede interesarle -me dijo en inglés.

-No lo creo -le contesté en el mismo idioma.

Porque fue mi maestro Eppelini, viejo catedrático de Filosofía Antigua, quien me había enseñado, algunos años atrás, que la desconfianza nunca debe impedir el diálogo

-Una pintura -insistió el hombre.

-¿Qué pintura?

-Un retrato de Goya.

-¿Goya...?

-Goya está completo, autenticado, certificado y expertizado en museos y colecciones particulares.

-No es así..., pero como Ud. quiera.

El tipo lo dijo con auténtica resignación, se dio vuelta y echó a andar ya sin ningún interés en mí, calle abajo. Podía ser un truco, era evidente, pero también podía no serlo.

-Un momento -le grité.

Ignoraba por qué me había bajado una súbita necesidad de saber si el Goya era legítimo.

El hombre se detuvo y acomodó su sombrero.

-¿Y...? -dijo.

-No llevo mucho dinero -le señalé con franqueza.

-Podremos arreglarnos.

En mi billetera no tenía más de quinientos florines. Era casi el mediodía de un día luminoso de primavera.

-¿Dónde vamos? -pregunté.

-Cerca.

Me aproximé al traficante de obras de arte, un buscador de buscadores de valores antiguos que conmigo se había equivocado. Me sentí un estúpido y pensé en un momento en mi maestro Eppelini y su notable ensayo sobre los cazadores de cazadores de ballenas. Y desde luego en Sofus Rae. Ojalá -me dije -fuera un timo y no un apaño.

-¿Lo ha ofrecido muchas veces? -pregunté.

-Decenas, pero no me ha ido muy bien.

-Será el precio.

-Lo estoy casi regalando.

-¿A expertos?

-A expertos y aficionados...sabe -el hombrecito se dio vuelta - es que aunque no tienen argumentos en contrario, no creen que sea auténtico.

Sus palabras restaron fuerza a mi suposición original. Un timador no habría reconocido que técnicos en la materia rechazaran la pintura.

-Bueno -continuó -lo que sucede es que todos salen huyendo en cuanto ven la pintura..., quizás no toleran enfrentarse a un Goya fuera de un museo o de una colección...

Era un sujeto flaco, enflaquecido, con una nariz delgada de cartílago transparente. Ojos profundos y rojizos y las mejillas carcomidas por un acné juvenil. No iba mal vestido debajo de un impermeable gris, limpio y sus manos que movía con desesperación tenían las uñas cortas y bien cuidadas. Pero sus facciones en general tenían una falta de nitidez inquietante, se confundía su perfil, parecía continuar más allá de sí mismo, sus rasgos

difuminados como en una aguafuerte de Pierre Condé.

Caminamos un cuarto de hora y nos detuvimos junto a la puerta de una casa de ladrillos rojos, de cuyas ventanas colgaban jardineras llenas de tulipanes.

El hombre abrió la puerta haciendo girar el picaporte. Nada valioso debería haber detrás de una puerta carente de cerradura. O tal vez lo más valioso del universo. En la encrucijada de un laberinto, ¿qué me hace tomar el túnel de la derecha o el túnel de la izquierda? ¿El diámetro de su boca?, ¿su luminosidad?, el soplo de aire que de él proviene?, ¿la progresiva altura y verdor de la hierba que en él crece?... o todo lo contrario...

Entré a la habitación a la que me invitaba. Adentro el aire se olía seco, renovado, propio de un lugar en el que se protege el ambiente para proteger lo que contiene. Vi como avanzaba con el brazo en alto buscando, hasta alcanzarlo, el cordón metálico de una lámpara de techo. Encendió la luz y vi un cuarto colmado de objetos y cuadros. Había un orden agradable y poco rígido, quizás calculadamente anárquico, o, por qué no, el desorden discreto que impone una jerarquización autónoma de las cosas lo que es ininteligible para el profano.

Pero en el centro de todo, que no era el centro geométrico o físico del lugar, destacaba el cuadro, un Goya como el más respetable de los Goyas expuestos en El Prado.

El hombre de rostro indefinible se sentó en una silla de metal y se lo quedó mirando.

Yo me acerqué. Una buena falsificación era suficiente para mí.

-Puede ser un Goya -dije.

-Es un Goya! el hombre elevó la voz.

-¿Y los expertos?

-Dijeron lo mismo..., puede ser un Goya.

-Y..., ¿cuánto vale? -pregunté

Como no me respondiera de inmediato y creyendo que hacía cálculos para pedir un precio concordante con lo que yo podía representar, me dediqué a curiosear el resto de las abundantes antigüedades.

Entonces vi la Biblia y la piedra.

El hombrecillo, que continuaba ensimismado, me había seguido con la mirada.

-Lo único que está en venta aquí es el Goya -advirtió.

No le hice caso, porque el libro y el pedruzco ejercieron sobre mí una atracción inmediata, forzosa. El Goya dejó de interesarme, si es que me había interesado en alguna ocasión en el curso de la mañana y me hincué en el suelo para observar mejor los dos objetos. Ambos, según la disposición de todas las cosas, tenían algún vínculo ya que en ese pretendido desbarajuste estaban una al lado de la otra sobre un cojín.

-Treinta mil, el Goya -escuché decir al vendedor.

-No -dije.

-Veinte mil, entonces.

-No -repetí.

-Diez mil florines.

-¿Puedo...? -intenté acercando mi mano a la Biblia.

El hombre se quedó mirándome, sin dar respuesta.

-Una vez -dijo finalmente -intenté vender el Goya y el comprador

se llevó por un precio que me triplicó sin que se lo pidiera, un vivario con siete ejemplares enanos del dragón Komodo, por cierto muy apreciado entre los nobles del antiguo reino de Laos. Otro, que había sido empleado de un museo en Sevilla compró, en lugar del Goya y por su mismo valor, un cacharro de greda de la cultura chichimeca. Y ahora Ud...

-¿Puedo...? -insistí.

-Ahora Ud. se llevará un ejemplar apócrifo de la Biblia, útil para demonólogos y charlatanes y una piedra emborronada de jeroglíficos que me han devuelto ya dos coleccionistas.

Era una Biblia antigua, algo sabía de eso, subsidiaria de la Vulgata, impresa por ahí por 1590, treinta años más, treinta años menos. A pesar de lo informado por el dueño, en su primera página sobresalía el Imprimatur y las señas del autor, copista o traductor correspondían a un monje, quizás al prepósito de alguna abadía o comunidad religiosa no cismática. Aescenius Milagro se llamaba.

Sus hojas eran gruesas y firmes, si no al uso por lo menos al tiempo y la tinta rústica pero eficaz mantenía incólume los caracteres de la escritura.

Resaltaba al hojearla los escolios en las márgenes del Génesis y una especie de adendum, en otra clase de papel y con una letra que denotaba menos celo, al final, como si correspondiera a un libro supernumerario o sobrante que llevaba el nombre de "Libro de las Profesías de Shemeber".

-¿De dónde los obtuvo? -pregunté.

-¿De dónde...?

-Otra vez -dijo mascullando -otra vez...

-Quisiera estudiarlos -insistí.

-No obtendrá ningún provecho de ellos....

Siguiendo el método elemental con el que Rawlinson, el descubridor de Nínive, tanto había hecho por descifrar los caracteres cuneiformes traté de acercarme, ahí mismo, al significado de las primeras palabras de la escritura. Esta se derramaba por una pequeña concavidad que la piedra tenía en una de sus caras laterales, pero mi memoria no encontró precedentes de su morfología y sólo creí reconocer dos o tres consonantes y un par de signos que tenían una estructura más afín a una nota musical que a una letra.

-Su pertenencia, por parte mía -continuó con un tono alerta el anticuario -es perfecta y legal y las notas de traspaso e internación están firmadas por el capitán Vallun, notario público del puerto.

-Ah! -dije.

-El Goya...

-El Goya no -señalé con energía -esta Biblia y esta piedra!

-Es una historia peligrosa, llena de dificultades.

-¿Cuánto? -pregunté sin ilusiones, sospechando que fuera lo que pidiera no me alcanzaría para adquirirlos.

-No tienen precio.

-Es lo más probable -dije demorando mi índice derecho sobre la piedra y mis ojos sobre las notas del libro, tratando de mejorar la información que ya había adquirido.

-Puede llevárselos, si quiere.

En un comienzo no le entendí, pero no necesité más que algunos segundos para darme cuenta que me los estaba obsequiando. Y eso no me gustó. Nadie regala dos objetos de por sí valiosos sin una razón valedera.

-No puedo...-fue lo único que se me ocurrió decir.

El hombre, cuya forma se me hacía cada vez más virtual, se derrumbó sobre una silla.

-Imposible -dijo -rechaza primero un Goya ofrecido como una baratija y ahora la Biblia y la piedra...

-Las tiene en venta...¿no es así?

-No -dijo con una voz firme que contradecía su aspecto inaparente y equívoco -no está a la venta...

-¿Entonces...?

-Lo que no quiere decir que no pueda irse con ellos.

-Son robados -de inmediato me arrepentí de mi impulsiva afirmación.

El hombrecillo no se ofendió.

-Está bien -dijo poniéndose de pie.

Me percaté que había terminado nuestro encuentro, pero mis ojos seguían adheridos a los dos objetos.

-Doscientos florines -me atreví.

El anticuario que caminaba hacia la puerta se devolvió y tomó la Biblia y el cofre donde yo había devuelto la piedra.

-Trato hecho -dijo.

Yo busqué en mis bolsillos, junté los billetes y los dejé sobre la mesa de entrada donde había un montón de cartas desparramadas.

El hombre miró el dinero, garrapateó en un papel cualquiera la cifra a modo de recibo y me pidió que escribiera mi nombre y estampara mi firma.

-Es necesario -afirmó.

Yo obedecí, sellando de esa manera tan sutil un vínculo con esos objetos que me iba a ser casi imposible revertir, por la fuerza que iría adquiriendo a medida de me iba aproximando al conocimiento del significado de ellos.

Me retiré de la casa aquella y regresé al hotel con una sensación de placentera inquietud. Yo era un profesor de lenguas y no un buscador de objetos intemporales, pero algo me decía que los que había adquirido podían contribuir, en parte, al mejor conocimiento del lenguaje de los antiguos. Y eso era algo que no podía dejar indiferente a ningún académico ni a ningún lingüista.

Dejé el libro y la piedra sobre la cómoda de mi cuarto y busqué un lugar donde comerme una pizza y tomarme una cerveza. La compra había reducido mi exiguo presupuesto de vacaciones lo que me exigía

revisar mi itinerario y suprimir la visita a una u otra ciudad.

No quise desordenar mis cuentas bancarias para proseguir mi viaje según lo que había planificado al salir, por lo que resolví dejar para otro salto las viejas ciudades de la costa del Adriático y regresar directamente desde Paris donde debía abordar el avión.

De vuelta del restorán italiano compre un buen lente de aumento fabricado por la Zeiss y me metí en el hotel despreciando la primavera holandesa, los zuecos y los tulipanes. Que bastante sol, calor y flores tenía yo en mi país.

Mis conocimientos, sin embargo, se demostraron insuficientes desde el principio. No podía identificar las letras que estaban grabadas en la piedra en el supuesto que lo fueran, ni lograba entender la secuencia en la cual habían sido escritas. Me enfrentaba a un texto que hacía indispensable la utilización de herramientas lingüísticas y sospechaba que también algunas claves musicales de las que carecía en ese lugar y en ese momento. No era una escritura de las conocidas genericamente como cuneiformes, pero tampoco reconocía ningún elemento que me permitiera compararlo con el hebreo antiguo, con el griego, con el arameo o con el cóptico y si era un código profético, apocalíptico o evangélico -en algún resquicio tenía que estar la relación con la biblia de Aescenius Milagro -requeriría con urgencia consultar un texto masotérico para reconocer el origen y su condición, en otras palabras para saber si los talmudistas o los teólogos lo iban a considerar apócrifo o canónico.

La biblia era un caso distinto. De inmediato me encontré con las notas del amanuense que la había copiado. Tenía conmigo, entonces,

la obra de un loco que tomaba a Noé por un arquitecto de torres y a los habitantes de Shinar como navegantes y constructores de arcas de destinos inalcanzables.

De igual manera y a estas alturas de avance del presente relato, se hace indispensable entregar antecedentes de narraciones paralelas, no vinculadas directamente con la saga de los viejos patriarcas.

1784.-

Sir Williams Jones, a pesar de ser un juez de reconocida trayectoria y por ello mismo miembro de la Corte Suprema de Justicia en Calcuta, era también un erudito lexicólogo y políglota que conocía veintiocho lenguas. No obstante su "Gramática del Idioma Persa" aparecido en 1771 y sus traducciones de siete odas pre-islámicas de origen árabe contenidas en su "Moallakat" publicado en 1782, muchos se sorprendieron cuando se atrevió afirmar, en un discurso a la Sociedad Asiática que existían notables similitudes entre el sánscrito y otras lenguas antiguas como el griego y el latín. "Estoy convencido -dijo- que ambas derivan de una fuente en común."

La pasión por encontrar el language primigenio del hombre, la inaugural voz articulada que reemplazó la asonancia tosca y destemplada, el verbo incoactivo que gritó el peligro o musitó el amor o pidió el agua o el fuego le ocuparon toda la vida en esa parte del Imperio Británico.

Y tal vez porque al final de su vida sus estudios se hicieron demasiado herméticos y su humor, más allá de los que nos dice su biógrafo Garland Cannon, cayera en la misantropía, una de sus cartas más singulares no fue conocida. Por prudencia o por ignorancia el mismo Cannon la omitió de la recopilación que hizo pública en 1970. En ella, Jones asevera haber reconstruido nueve palabras pertenecientes a una lengua ancestral, la raíz común de los seis mil idiomas conocidos.

Su discípulo Estanislav Becker, un alemán de la Rhenania que lo había seguido a la India, dedujo de las enseñanzas de su maestro que a través de esas palabras era posible descubrir los testimonios verdaderos de los primeros hombres, -creados como tales por la voluntad de Dios o surgidos de la lenta espiral de la evolución. Acercarse a la Verdadera Historia, sin las inevitables deformaciones provocadas por el traspaso de esos conocimientos como, por ejemplo, el que se produce al confundir dos palabras que se pronuncian en forma parecida, pero cuyo significado es distinto, o al confundir dos palabras escritas de gráfica similar, o cuando se deletrean las consonantes en aquellos escritos que carecen de vocales y otras distorciones no menos importantes que, como se sabe, han ocurrido con los textos milenarios y prehistóricos de todas las civilizaciones.

Aseguraba Becker que uniformando el discurso escrito de la humanidad desde y sólo desde el lenguaje primigenio, sería posible conocer los eventos ocurridos en la lejanía temporal con rigurosa exactitud. Así, la "verdad" dejaría de ser ambigua y las "diferentes versiones" perderían sentido.

Dos años después de la muerte de Jones, Becker había incrementado las palabras reconstruídas hasta un número de veintiséis. Con veinticinco de ellas podía nombrarse o vocalizarse objetos, describir acciones o manifestar sentimientos y sus raíces lexicológicas, fonológicas y sintácticas se hallaban en todas las lenguas y familias de lenguas investigadas por él y por Jones.

La aspiración del científico alemán era la de elaborar un diccionario monosémico capaz de contener las palabras y acepciones de esa lengua, madre de todas y después valiéndose de los métodos utilizados por la lingüística comparada, ir desmalezando los fragmentos o cuerpos enteros de textos que nos han dado a conocer los arqueólogos, historiadores, filólogos, cronistas, doctores, teólogos y otros eruditos. Así se irían reduciendo los márgenes de error y de las tablillas de barro que pertenecieron a la biblioteca de Nínive y del indescifrable linear cretense y de los miles de cilindros de arcilla recuperados de las ruinas del reino de Mari y de los miles y miles de documentos escritos por la humanidad prehistórica se obtendría la relación de una sola epopeya de cuya autoridad ya nadie podría dudar.

Entre las ya clasificadas estaba la palabra haku o agua, fuori o fuego, aai o aire, kujan o lobo, balhki o pájaro y la misteriosa eunza, presente y elusiva que resistía a las pruebas analógicas a

las que la sometía Estanislav Becker en las húmedas tardes de los veranos de Bengala.

Casi a la vuelta del siglo, en Diciembre de 1799, el lingüista había recopilado cuatrocientas doce palabras-raíces como las denominaba y trabajaba árduo en la redacción del prólogo del que sería el primer diccionario de Protolenguage. Asistía regularmente a dictar sus clases en la Universidad de Rabindra Bharati una de las más importantes de Calcuta y se decía que estaba a punto de contraer matrimonio con la hija del Alto Comisionado australiano.

Entonces desapareció.

La policía y sus amigos lo buscaron durante casi seis meses y el diplomático australiano tuvo que pedir traslado de misión. Becker no aparecía. El piso que ocupaba en un conjunto de blancos edificios no lejanos al Raj Bhavan no entregó ninguna pista sobre su posible paradero, más aún, parecía haber sido desocupado por el mismo inquilino que lo habitaba. Todo estaba en orden, los estantes de libros vacíos y limpios, la caja de fondos abierta con el número de la clave anotado en una tarjeta adherida a su puerta y hasta la ropa de cama, planchada, en los anaqueles atornillados en la pared. Su ausencia más semejaba una huida metódicamente dispuesta que un rapto, un asesinato o una desaparición con violencia.

Con el tiempo fue reemplazado en su cátedra universitaria, en la conversaciones del Club y se le fue olvidando en los círculos académicos y en la Sociedad Asiática donde había heredado la silla de Jones.

Tres años después Becker apareció. Reconoció ante la policía que lo errático de su conducta pudo conducir a interpretaciones

inconvenientes, se disculpó en el círculo de sus amigos y colegas y hasta dejó una esquila -cuyo contenido no trascendió -en la oficina de partes de la residencia del nuevo Comisionado de Australia. No reclamó su Cátedra, ni su derecho a participar en las actividades del Club, ni siquiera su silla en la Sociedad Asiática que tan cara había sido para Williams Jones.

Pero no por eso su presencia pasó inadvertida en Calcuta. Y algunos meses después de su retorno, Becker se presentó en la biblioteca de la ciudad y pidió el salón de honor para afectar la audiencia pública de un trabajo, que por su contenido, según informó al curador principal, obligaría a revisar todo lo escrito y conocido hasta ese momento sobre el mundo antiguo. Señaló que leería la introducción y un breve resumen y que dependiendo de su acogida aceptaría una publicación integral de la obra.

Nadie ignoraba la especialidad de Becker ni sus vínculos pasados con el gran Jones, pero su larga ausencia había desmotivado a la clase académica en relación a cualquier descubrimiento que pudiera haber hecho. Y ello se notó. Antes de cinco días la Biblioteca había recibido, ya, ciento cincuenta y cinco excusas de las trescientas invitaciones que había repartido para asistir a la conferencia de Becker. Si a ello se le sumaba el porcentaje normal de deserción, la asistencia no iba a pasar de cuarenta personas. Y esto disgustó a Becker.

En conocimiento de este hecho concurrió a la Biblioteca y pidió que se postergara su presentación en dos semanas. Argumentó que en ese período iba a motivar a la gente de tal modo que el espacio se haría pequeño para recibir a los interesados en escucharle.

Se rehicieron las entradas y se volvieron a enviar. Y Becker el mismo día viernes en que salieron los sobres a sus invitados pidió una entrevista con el director del Calcuta Telegraph. Se le vio salir satisfecho de ella, media hora más tarde y el sábado, muy temprano, entregó en la secretaría de la dirección un sobre blanco con un membrete con su nombre. En el interior iba el artículo que pedía le publicaran.

En la columna del lado derecho del importante periódico, el día domingo, se reseñaba el artículo de Becker, que venía en el cuerpo tercero, bajo el título: "Los Vedas y las Tesis de Martin Lutero.". Y más adelante: "En una documentada monografía que dará a conocer próximamente, Estalishnav Becker el controvertido lingüista y miembro de Número de la Sociedad Asiática sostiene, continuando con la línea de investigación de William Jones, que hay documentación y antecedentes suficientes para afirmar que las noventa y cinco Tesis del Reformador fueron extraídas de textos bíblicos apócrifos."

El Calcuta Telegraph estaba agotado a mediodía y el editor de turno debió tirar tres mil ejemplares para la hora del té. El lunes la oficina del curador de la biblioteca estaba saturada de mensajes solicitando entradas para la conferencia de Becker y en la tarde empezaron a llegar telegramas, con igual solicitud, de diferentes lugares de la India. Se supo que las más altas autoridades eclesiásticas de la ciudad, tanto protestante como provenientes de la iglesia católica y de otras denominaciones cristianas así como de la reducida colonia judía hicieron saber de su molestia y preocupación al cuerpo de directores del diario, a la

biblioteca y a las autoridades que representaban a la Corona. Opinaban que en el extracto que entregara la edición dominical del Calcuta Telegraph, cuya versión íntegra iba a ser hecha pública por el autor en su presentación en el salón de honor de la biblioteca, se hacían consideraciones de una audacia inconmensurable, contradictorias e inaceptables, contrarias a los intereses de la comunidad e inconvenientes para las precarias pero auspiciosas relaciones con los dignatarios y seguidores de las confesiones vernáculas

No obstante haber recibido noticias de dichas aprensiones, las que con el correr de los días tomaron incluso un tono amenazador, Becker continuó imperturbable con su calendario. Se comentó que algunas de las entradas numeradas se transaron en el mercado negro como las de los mejores partidos de croquet y se llegó a decir que Londres, en conocimiento de lo que estaba por suceder, había enviado instrucciones muy claras a sus cuerpos policiales para enfrentar cualquier imprevisto.

El que algunos recordaron después como un magno día y otros como de vergüenza para la inteligencia británica, amaneció abochornado, turbio, cruzado por intempestivos chubascos de agua gris y turbia.

-Está llorando el Ganges -comentó un sacerdote católico que desde temprano aguardaba que se abrieran las puertas de la biblioteca.

La expectación creada por el conferencista no fue, sin embargo, simétrica con el escándalo que se suponía iba a provocar.

Para muchos, una vez que Becker terminó de hablar, su discurso fue simplemente incomprensible y algunos se retiraron sorprendidos

y aliviados al no escuchar denuncias espectaculares sobre las enseñanzas de Lutero. Otros aplaudieron la prudencia del filólogo por la forma respetuosa con la cual se refirió a los textos sagrados de los hindúes, especialmente al Yagurveda que trata acerca de las formas sacrificiales. Los periodistas, indignados, lo acusaron de falta de ética por su poca rigurosidad al no cumplir el espectacular anuncio señalado en el título de la disertación.

Otro de los auditores se retiró apresurado, pero cabizbajo. Alarmado por lo que había oído corrió a escribir a sus camaradas en Europa que ahora el trabajo se duplicaba. No sólo había que encontrar una piedra, sino también a un hombre que en las alejadas llanuras de la India difundía las mismas palabras adulteradas impresas en la superficie de ella.

Pero la mayoría de los académicos, teólogos, historiadores y especialistas en el estudio comparado de las religiones asistentes a la biblioteca quedó inmóvil, conmocionada, después de que Becker terminara con la última frase. Habían escuchado una verdad que podía considerarse, por los argumentos que la sustentaban, como una verdad absoluta, pero instantánea y colectivamente concluyeron que esa verdad no podía ni debía ser propagada.

Aunque desconfiaban de la sensatez de Becker, de inmediato los académicos se organizaron y le pidieron una reunión. Ellos pensaban, con cierta razón, que al no haberse percatado los periodistas y el público común de lo que en realidad encerraban sus palabras, habían ganado un espacio de silencio público que había que proteger.

Becker los recibió en la sala de espera del curador del

establecimiento, sentado en una silla de junco con el manuscrito de su conferencia sobre las rodillas.

Maurice Bloomfield, quien después fuera conocido por sus importantes trabajos acerca del Atharva-Veda y los Libros Rituales del hinduismo estuvo presente en esa oportunidad. Alguna vez en el pasado se había topado con Becker y a pesar de que su destierro involuntario y desconocido había sido de pocos años, lo encontró en extremo envejecido.

En sus "Recuerdos de Calcuta" Bloomfield nos dice que la sensación que lo atrapó esa noche al encontrarse con el sabio (sic) fue distinta e inefable. Los cinco miembros de la comisión de notables de la que formaba parte y que penetraron al cuarto donde los esperaba con la energía de quienes tienen la intención de exigir, se sintieron intimidados en cuanto lo vieron.

De ningún modo tenía Becker una actitud agresiva y por lo demás habló muy poco durante el transcurso de la entrevista. Pero se percibía algo diferente en torno a él. "Si hubiese sido un místico -continúa Bloomfield -un nimbo sobre su cabeza no me habría extrañado."

Becker los escuchó en silencio y con paciencia. Hablaron los cinco representantes de la comunidad académica y todos le pidieron que reservara sus descubrimientos para épocas más propicias, en las cuales la fé estuviera más acendrada en el espíritu humano. Le manifestaron el peligro que representaba divulgar especies, verdaderas o falsas, que aguijonearan la tentación de dudar y uno de ellos, el único de los cinco que había nacido en la India, Sir Spencer Gooch, le dijo que si esa era La

Verdad, entonces prevalecería de todas maneras, aunque nada se hiciera por ello.

Esperaron con respeto que Becker hablara y lo escucharon como se escucha a un taumaturgo, esforzándose por retener sus palabras, no resueltos a aceptar, sin argumentos, sus sugerencias, pero revocadas ya las conjeturas que sobre su buen juicio habían tenido.

Becker les diseñó, muy breve, el inicio y la continuidad de sus estudios y la prudencia con la que se había aproximado a sus conclusiones y al mismo tiempo manifestó su convencimiento en la inofensividad de ellas. Sin embargo coincidió con la afirmación de Sir Spencer y al terminar se puso de pie, se acercó a este último y le hizo entrega de su manuscrito.

-No existe otro ejemplar -le dijo -confío en que sabrán que hacer con él.

Los cinco hombres permanecieron en la sala del curador después que Becker se hubo ido.

"Su retiro terminó con la fuerte seducción que emanaba de su personalidad", nos dice Bloomfield y "una vehemente, prolongada y por momentos intemperante discusión se suscitó".

Las voces de Spencer Gooch y de Bloomfield, sin duda las más prudentes, estaban en minoría. El reverendo Ebenezer Threerivers cabeza ocasional de la fracción mayoritaria compuesta por los otros tres era ferviente partidario de destruir, sin demora, las hojas legadas por Becker. Gooch y Bloomfield alegaron incompetencia moral para resolver de esa manera, pero Threerivers no cedió. Su apoyo más importante lo obtenía de las propias palabras de Estanislav Becker. "Decía el contumaz clérigo -recuerda Bloomfield -que el

linguista había entregado en un sólo acto y de manera privativa a ellos cinco la facultad de decidir sobre los manuscritos. Cualquiera decisión dilatoria era irresponsable y a contrario sensu de lo que afirmaba Gooch moralmente inaceptable". "Por otro lado - continuaba Ebenezer Threerivers -al hacerlo así delegaba el fallo a una instancia democrática y en consecuencia, teniendo por oídas a todas la partes, no quedaba otra cosa más que votar."

La reunión se hizo interminable y las primeras luces de la mañana se derramaban ya sobre la ciudad de Calcuta y sobre los viejos escalones de piedra que bajaban al Hooghly, el gran brazo del Ganges. Pero los cinco hombres no se ponían de acuerdo.

A mediodía la discusión había tomado un cariz bíblico teológico y sólo Gooch y Threerivers hacían uso de la palabra. Bloomfield y los dos restantes se habían comprometido a quedarse hasta el final pero sólo para votar, que en eso sí estaban de acuerdo.

"A los arrebatos casi místicos e impresionantes de Threerivers, ya que éste era un hombre colosal, de casi siete pies de altura, de larga cabellera blanca y vozarrón desmesurado -sabemos por los testimonios de Bloomfield -se oponía el comedimiento metódico pero implacable de Gooch. A media mañana el curador de la biblioteca había servido té con galletas y antes de las doce del día en el corredor de piso de mármol que desembocaba en la antesala donde estaban los hombres, escuchaban quince curiosos.

Threerivers pidió para el almuerzo una sopa de garbanzos y arroz y Gooch agradeció que dejaran el agua hirviendo y un platillo con azúcar sobre la mesa.

Cuando Ebenezer terminó el caldo y Gooch una taza de té con

cuatro terrones de azúcar y después de una breve pausa que aprovecharon para orinar y lavarse la cara, en el pasillo ya había más de cincuenta personas. Y entre ellas algunos periodistas.

A la voz estentórea de Threerivers la seguía, para quienes trataban de atender la polémica desde el exterior, los reservados razonamientos de Gooch, de tal manera que sólo se advertía un soliloquio escandaloso, unilateral y en consecuencia desvergonzado que elevaba paulatinamente la irritación de un público que se iba haciendo multitudinario.

Eran los mismos que habían asistido a la disertación original, más los infaltables curiosos para los que cualquiera discusión pública, aunque fuera intrascendente, ponía en peligro la hegemonía de la Corona.

Pero a las cuatro de la tarde se puso a llover. Ello probablemente salvó a Threerivers de un desagradable encuentro con la gente que escuchaba, aburrida de su monólogo abusador y a la vez le permitió imponer su deseo en relación al destino final del trabajo de Becker.

Y apresurados después de la votación, que fue adversa a la viabilidad, difusión o entrega en custodia de los documentos y antes de que la lluvia -que ya había dispersado al público- se transformara en un tifón los cinco miembros de la fugaz comisión de censura procedieron a quemar los papeles en la chimenea de la biblioteca, encendida para esos siniestros efectos.

Bloomfield, sin embargo, rescató para la posteridad parte de los aportes de Becker a la ciencia del lenguaje, así como también un sabroso y pormenorizado relato de esa interminable reunión.

En lo que se refiere a lo primero, hay que consultar los primeros capítulos de sus "Recuerdos...", donde ha transcrito,

"...hasta donde la fidelidad de mi memoria lo permite, las palabras de Becker en esa inolvidable lectura en la biblioteca pública de Calcuta...

...había iniciado el estudioso alemán sus palabras con un emocionado homenaje a su maestro Sir William Jones, homenaje que considero ocioso repetir, pero que le permitió introducirse en el tema propiamente tal. Confesó que había desaparecido de Calcuta por todo ese tiempo para viajar a Darbhanga. Allí, le habían informado, en una comunidad cercana a la frontera con Nepal, hablaban una variedad aún íntegra del sánscrito y veneraban a un anciano que se expresaba en una lengua que nadie comprendía.

Becker sospechó que en ese sitio yacía ignorada una clave esencial para conocer una de las fuentes del "Ser" humano, lo que de por sí lo obligaba a extremar las reservas. Había lamentado desairar a Louise, la hija de Alto Comisionado de Australia, pero estaba convencido que la vida de la muchacha junto a un hombre que se interesaba más por las palabras que por las personas no iba a ser muy feliz.

Que después de pagar sus cuentas y retirar sus saldos del banco, de hacer las maletas y clasificar y embalar sus documentos, tomó el tren hacia el norte sin notificarle a nadie.

Durante varios días deambuló por Darbhanga y sus alrededores sin que nadie pudiera o quisiera encaminarlo o señalarle el rumbo que llevaba a la localidad buscada.

Al cabo de dos o tres semanas logró convencer al hijo del dueño

de la posada donde dormía de que el lugar que buscaba existía de verdad y que lo recompensaría si encontraba a alguien que lo conociera y estuviera dispuesto a guiarlo hasta allí. El muchacho demoró poco y una tarde se presentó ante Becker con un satnami semidesnudo, el que con gestos de una elegancia discrepante con sus harapos, demostró su disposición a ayudarlo.

Ocho días lucharon contra la jungla hostil y otros tantos estuvieron detenidos delante de las plantaciones de té que no estaban autorizados a pisotear. Becker no dibujó un mapa ni trazó una ruta. Confiaba tener otro guía para su regreso y era demasiado suspicaz para dejar una huella escrita en un papel.

Sólo puedo afirmar -apunta Bloomfield en sus "Recuerdos..."- que Becker, desde Darbhanga se dirigió al noreste pero por sus descripciones y esquemas de paisajes y poblados sin nombre, podemos especular sin temor a ser infidentes, que se aproximaba a Darjeeling. Terminan aquí las anotaciones relacionada con lugares, terminan también sus dibujos de montañas y los detallados bosquejos de algunas plantas y flores que su reprimida vocación de naturalista le impelía efectuar. Termina cualquier dato que pudiera auxiliar a quien o quienes pudieran seguirlo o con posterioridad encontrar el lugar sagrado detrás del cual andaba.

Las penurias y retrasos de un viaje duro, a cuyas condiciones Becker no estaba acostumbrado, se vieron recompensadas de sobra. Becker lo supo en cuanto escuchó, mientras se mojaba la cara en un arroyo, la cristalina nitidez que le da su nombre a un sánscrito musitado por dos muchachas que se acercaban.

Becker estuvo varios meses en un villorio de cuyo nombre

carecemos y en él se dio al estudio del idioma de que naturalmente la gente se servía. Becker asumió que ahí también existía un espacio lingüístico incontaminado del indo-ariano, el language clásico de los hindúes.

Como no tenía prisa, Becker llevó adelante una investigación sistemática la que volcó en apuntes precisos que se conservan en el Museo de la India. Pero si bien la riqueza del material que tenía a manos era impresionante, Becker no estaba tranquilo. Sabía que no muy lejos de ahí, en esa zona de donde el sánscrito era originario, vivía un hombre venerable que sin embargo no lo hablaba. Había oído que cada tanto los habitantes del pueblo que lo había acogido se dirigían a un lugar vecino llevando viandas que preparaban con gran solemnidad y no regresaban hasta tres días después. Becker los veía entrar de regreso por la calle principal, sus manos y sus canastos vacíos, sus rostros sonrientes, iluminados por una paz santa e indeleble, entonando cánticos rituales que eran una conciliación armónica e indefinible de murmullos y cadencias sibilantes que nunca había escuchado. Regresaban transfigurados después de hacer efectivo el privilegio de ofrendar a alguien Grande, Mayor, que Becker empezaba a tener urgencia en conocer.

Pero no se atrevía a preguntar. Pues ni quería ofender ni poner en riesgo su valiosa estadía. Tampoco quería utilizar métodos coercitivos ni seguimientos subrepticios.

Entonces -relata Bloomfield -Becker relacionó la música de esos salmos rituales con el son de algunas de las palabras de su diccionario de protolanguage. Las descompuso, las analizó y comparó según el ritmo, la melodía y la armonía llegó a la conclusión que

correspondían a una lengua de cercano parentesco.

Para Becker todo estaba claro. Ese hombre, del que le habían hablado y a quienes los habitantes de esa región de la India rendían pletesía, era la memoria viva, quizás la única existente en todo el planeta, del language primigenio de los hombres. X

Y una tarde se plantó bajo un abanico de palmas a la entrada del pueblo a esperar a los que volvían. Los vio venir desde las arenas del río, con sus miradas ausentes en una lejanía de raro bienestar, marcando el ritmo de sus salmos, ajenos al entorno familiar en el que se iban adentrando.

Entonces Becker les salió al camino, los detuvo y les preguntó, en el mismo idioma en el que iban cantando, por el lugar desde donde regresaban.

El caminante que encabezaba la columna lo miró con naturalidad, se dio vuelta indicando el sendero por el que venían y le nombró el templo donde habitaba el hombre que conocía el Language. Becker X comprendió de inmediato. Ellos no podían desconfiar de alguien que hablaba la lengua del Privilegiado, como llamaban al ermitaño del santuario de Blorakpur.

Este nombre -nos advierte Bloomfield -no corresponde a ningún lugar sagrado conocido en el noreste de la India y con seguridad es fruto de la imaginación de Becker quien lo inventó para proteger su descubrimiento.

El científico alemán se preparó con esmero para su primer encuentro con el Privilegiado. Suponía que sus servidores o amigos ya le habían informado sobre su presencia y si no había sido expulsado de su territorio ni nadie le había advertido sobre la

inconveniencia de visitarlo, era lógico pensar que lo estaba esperando.

Así que sin pedir autorización pero sin ser rechazado, se sumó a la siguiente procesión que un día de sol frágil y mezquino se adentró en las tundras que preceden a los Himalayas.

Aquí enlaza el relato de la aventura con el discurso riguroso de Becker en la biblioteca de Calcuta. Porque Bloomfield al reproducir el diálogo entre el científico y el gurú hindú no hace más que repetir, en forma más coloquial, la conferencia de Becker.

Quizás sea de valor recalcar un hecho que Bloomfield desatiende si no omite y que es de principal importancia.

Ambos se reconocieron al verse. El uno sabía que el Privilegiado era, por transmisión, el poseedor de uno de los legado más importante del Género y el otro que Becker había llegado, por su propio genio a conocer esa herencia.

Y lo que Becker no dijo es que ambos hombres estuvieron, uno frente al otro, sin hablarse durante dos días. Que comprendieron antes de comunicarse que el silencio predispone y prepara para el verdadero vínculo, que el silencio provoca el ambiente propicio para la formulación posterior de alófonos, fonemas y morfemas indispensables para arribar a los usos y convenciones de que se sirven todas las lenguas. Que el silencio es el preámbulo sagrado de las palabras y que la algarabía confunde y conduce a la diáspora de las lenguas. *→ en el diálogo*

Lamentablemente en la época de Becker no existía ningún método de grabación que permitiera almacenar las palabras para reproducirlas después y por lo tanto no es posible conocer, hoy,

con exactitud lo que él dijo y cómo lo dijo en aquella ocasión. No tenemos otra alternativa que confiar en la capacidad de fijación que tenía la memoria de Bloomfield y en su sentido musical, ya que en sus apuntes garrapateó, junto a las frases de Becker que fue separando en forma arbitraria, pentagramas con notas y claves según los métodos de composición musical occidental.

Becker entonces -continúa Bloomfield - miró a la concurrencia buscando descubrir el efecto que su relato había provocado en ella. Fue la única pausa que se permitió durante su discurso.

"El hombre, después de esos dos días de silencio, abrió apenas sus labios y empezó el relato que llamó del "Inicio". Al revés de lo que creí, no tuve dificultad alguna en entenderle aunque, como ya es obvio para Uds., lo hizo en esa lengua primigenia hasta entonces intransmisible. Asimismo su discurso tenía el raro atributo de ser de rápida e indeleble asimilación de tal modo que varias horas después y ya en mi cabaña no requerí de esfuerzo especial para reproducir en estas hojas todo lo que me había comunicado..." Y Becker levó, traduciendo:

"...y se me dijo que dijera que en un principio Sivahim,
pero igual Durgá-Parvati,

crearon los cielos y lo que bajo ellos yace.

Todo estaba yermo y vacío y solo el Espíritu vagaba
en la completa oscuridad.

Y cantó Shimvahin y entonces hubo luz

y la luz tuvo nombre y se separó de las sombras
que también tuvieron nombre...

Esto me dijeron que dijera..."

Era, por supuesto, el Génesis y no otra cosa que el Génesis. Recitado por un remoto habitante de la India que no era capaz de hablar y menos de leer ningún lenguaje occidental.

"...y le dijo después Siva a Onr: mira a tu alrededor, llama a los animales, los que pacen, los que pertenecen a los viejos trashumantes, los que cazan y matan, los que acceden con su vuelo a las cumbres sagradas y los que se escurren sobre o entre las aguas..."

"...no olvides los que se arrastran por la tierra, que no lo hacen por castigo, sino por naturaleza..."

"...y enciértrate en una torre que has de construir con la madera joven del tamarindo y la roca viva, la que obtendrás si te acercas al Navaharal..., porque haré llover y como si fueran mil Ganhwes se volverá la tierra que pisan los hombres que se han vuelto contra mí..."

"...te concederé a tí la vida y a tu familia sobre el vértice inalcanzable de la torre que levantarás..."

Un hombre que habitaba llanuras olvidadas, territorio de paganos conocía el contenido de las Sagradas Escrituras. Más de algún párrafo no coincidía con exactitud, pero Becker no subrayó las diferencias, no se detuvo a considerar el cambio de un arca por una torre y de una torre, después, por un arca que quería navegar por los ríos de ese continente hasta las fronteras donde habitaba Siva.

Y eso fue lo que indignó y predispuso en contra con tanta vehemencia a Threerivers. No lo alteraron tanto las lecturas de las

profesías de quien el Privilegiado llamó Shmedram o Shmebrés y sobre las cuales dijo Becker que era la única información traspasada por el santón hindú que no tenía un equivalente conocido en la biblia...

No mucho más, al parecer, pudo o quiso testimoniar Bloomfield en relación a Becker y sus "Recuerdos de Calcuta" se deshilachan más adelante en anécdotas triviales sobre la vida cultural y bohemia de la ciudad que no aportan ni servirían, siquiera, para una crónica de Calcuta.

Y más allá de una discusión sobre el valor de los descubrimientos de Becker y lo que benefició o perjudicó a la historia o a la teología lo cierto es que de él poco queda. Se sabe que regresó a Alemania y que murió, en la tercera década del siglo XIX en el pueblo de Hildesheim, en las proximidades de Hannover.

Es posible conseguir alguna bibliografía de este sabio y otros comentarios, pero todos apuntan hacia lo mismo, que Becker en sus estudios y excavaciones que durante tantos años llevó a cabo en el subcontinente hindú encontró restos de la alfarería ocre de la cultura Doab, más tarde extraviados, en los que anuncia haber reconocido fragmentos de una epopeya, que descifrada, reveló gran similitud con algunos textos bíblicos occidentales. Los especialistas, junto con lamentar la pérdida de dichos vestigios, dificultan que Becker haya podido descifrarlos. En efecto, dentro de la documentaria arqueológica de la humanidad, hay tres lenguas que se consideran indescifrables: la que ocupa el linear A perteneciente a la civilización minoica, las inscripciones que

caracterizan los discos de vidrio de Tutub y la escritura que ha aparecido en las exploraciones de viejas ruinas en la India. Entre ellas las del Gran Baño, identificado por Sir Mortimer Wheeler en Mohenjodaro, o las que aparecieron en el antiquísimo asentamiento humano de Kali-Banga, treinta millas vecino del anterior en el valle del Indo. Esta escritura singular no puede ser distinta a la lengua que Becker pretendió haber resuelto.

Y estas tres sin contar con aquella con la que alguien escribió, una vez en el pasado, en la superficie de una piedra vagabunda, que habría hecho las delicias de Becker o que habría sido de valor incalculable para Grierson y para su monumental, pero por su existencia incompleto, tratado de lingüística de la India.

1989.-

Piedra que mantenía en mi poder, junto a la biblia de Aescenius Milagro a pesar de las ciegas y premonitorias advertencias de Cristal.

Había descuidado levemente las clases que estaba dictando e incluso percibí en los ojos de los estudiantes un cierto brillo de reparo por mis inusuales atrasos.

Cristal arremetía con frecuencia criticándome mi apetito excesivo y la costumbre que había adquirido, el último mes, de abrir una botella de vino blanco a la hora de la comida.

Pero la razón de mi descomedimiento me quedaba clara. Después de tantos años de custodiar la piedra encontrada por "primera" vez por la expedición de la Callebout y la biblia escrita por Aescenius Milagro, tenía la sensación de estar en las inmediaciones de comprenderlas.

No sólo había recibido, por fin, una respuesta satisfactoria de Ram Ben Jose, sino que además había caído en mis manos la historia de Aescenius Milagro.

Los años anteriores, desde que las comprara al anticuario en Amsterdam, había mantenido una preocupación casi inaparente pero

real sobre ellas. Más dedicado a tratar de resolver problemas aleatorios y contingentes, mi investigación acerca del incomprensible mensaje litografiado y de las apostillas de la biblia no habría podido pasar las exigencias de un aprendiz. Y, por cierto, no había llegado aún a conclusiones satisfactorias.

Pero fue después, en días más propicios para la enseñanza, el estudio y también para la distracción y el divertimento, cuando recibí la carta de Tel Aviv y se me ocurrió la biografía de ese revolucionario monje del siglo quince. La docencia se había regularizado, la situación política estabilizado y yo había conocido a Cristal cuando me dio por inventar y escribir estas historias. Como la de Fornos, la de Sutton, la de Crosbie y la de Sofus Rae; también la de Becker desde los "Recuerdos de Calcuta" de Bloomfield todas las cuales tenían el noble objetivo de hacer verosímil la historia de la piedra.

El cómo pude imaginar aquello, es un capítulo aparte, que en relación a la substancia de esta historia no tiene trascendencia alguna y que podría ser parte de un relato de otro género. Este no tiene otras pretensiones que ser uno de divulgación. Lo dejo, pues, de lado. En cuanto a lo de Ben Jose, simplemente recibí una carta con matasellos de Tel Aviv y con su nombre de remitente.

1606.-

La nieve había hecho ya intransitables los caminos para los carros cuando el monje llegó a la frontera del feudo del señor de Oex. Usaba un sayo de lino teñido con las tierras de Sienna y un capuchón forrado con piel de lobo. A su espalda llevaba colgado un morral de cuero con todas sus pertenencias y tanteaba la profundidad y la consistencia del hielo con un bastón de tronco de boj.

El sol estaba bajo, atrás, iluminando con su luz breve y transformando a los pocos árboles en espectros de cristal.

El monje había envuelto sus pies y sus sandalias con remedos del vuelo interno de su sotana y avanzaba, con lentitud pero con vigor, por el sendero congelado. Era, sin duda, un hombre fuerte y joven.

Se detuvo un instante frente a un hito de piedra y con la punta de su báculo raspó su superficie musgosa.

Entonces supo que abandonaba las tierras del barón de Font y Boulignac y entraba a territorio en el que creía estaría a salvo de la secta que lo perseguía.

Venía huyendo hacía tres meses, de los hombres de Roma y de los que enarbolaban bandera y vestían ropa de tres colores. Había estado a punto de ser capturado en una cantina en el puerto de

Génova y después en un albergue cercano a Turin. En esos lugares, en los que la ropa de fraile desentona y llama la atención, había estado siempre a salvo desde que desembarcara del último velero que abordara en Córcega. Había hecho un largo viaje por mar, cruzando el Mediterráneo desde el puerto de Iraklion en Creta hasta Cagliari en Cerdeña y de allí por tierra hasta Sassari desde donde en un bote con remos consiguió que lo dejaran en una playa cercana a Ajaccio.

Había evitado pasar por Lyon aunque ahí se levantaba una casa de su cofradía y había seguido hacia el norte confiando en que el invierno desalentara a quienes le pisaban los talones.

Ya tenía muy claro que su error había sido divulgar su hallazgo junto a personas infidentes, pero estaba resuelto a continuar hasta el final. Había abandonado su ministerio en la misión donde había sido asignado, pero la falta de comprensión de su superior en ese lugar lo había impulsado a ello. Tenía certeza que había sido aquél quien lo denunciara, pero todavía en Ajaccio se resistía a reconocer que también había "convocado" a los Literales.

Todo esto se había desencadenado en pocas semanas. Después de administrar los óleos a un campesino y ayudarlo a bien morir, después que con su propia mano lavara el cadáver, descompuesto antes de morir por una extraña enfermedad, después que rezara los responsos y entregara a su familia algún dinero del que destinaba para el culto, Aescenius Milagro misionero católico en la isla de Creta, recibió la visita de un anciano hermano del difunto. El hombre, encorvado por los años y por la sequía, le entregó un envoltorio de piel de cabra que tenía dos objetos. Uno de ellos era

una piedra de color verde, opaca, surcada en toda la superficie de su volumen por una escritura antigua pero indeleble. El otro era una lámina de metal finísima, enrollada, de una aleación parecida al azófar, cubierta una de sus caras por ordenadas inscripciones de inconfundible origen latino.

Aescenius guardó los obsequios por unos días, hasta que una tarde, impulsado por una curiosidad que no le era común, se dedicó a examinarlos con gran cuidado. De la piedra no obtuvo ninguna señal, pero en la escritura que colmaba esa hoja metálica le pareció reconocer, a pesar de su estructura, una increíble afinidad con algunas variantes del latín, como el faliscano o el venético y también con el viejo etrusco, del cual, según todos los eruditos, derivaba el primero.

La gran diferencia con éste y no la única, la constituía la extensión y el grosor de los trazos, distinto según donde empezaba y donde terminaba y la existencia de otras formas, quizás también letras, ignotas para Aescenius.

Pero lo que lo dejó atónito fue lo que imaginó entender cuando vertió algunos elocuentes fragmentos de esa lengua muerta al latín regular.

Porque lo que ahí estaba escrito se refería a la piedra que lo acompañaba y que, saltaba a la vista, era una fórmula para desentrañar sus inscripciones. Lo que lo alarmó, sin embargo, fue lo que encontró cuando empezó a descifrar esa escritura utilizando el código del rollo, ya que allí aparecía un texto bíblico que contradecía el de la Vulgata, de reciente aprobación por la jerarquía y cuyo uso se expandía con rapidez.

Una noche entera estuvo Aescenius Milagro rezando pues creyó encontrarse ante un documento apócrifo, lo que de por sí era bastante grave. Pero no escapó a su entendimiento que lo que tenía entre manos podía ser mucho peor: haber puesto en evidencia una original y peligrosa manera de divulgar una apostacía lo que revelaba ya una conspiración contra la Iglesia.

Pero para proseguir con su trabajo, no sólo con la piedra impenetrable sino que con el manuscrito metálico, Aescenius necesitaba de mayores elementos. Se acercó entonces al superior, que era uno de los tres religiosos de la misión y le mostró el papiro de metal, su traducción tentativa al latín y el significado provisorio de las primeras líneas espirales que estaban escritas en la piedra.

Aescenius interpretó la agitación en el ánimo de su maestro como producto de su indesmentida piedad y sin titubear dejó la piedra y la placa en su poder para que continuara su estudio.

Tarde esa noche Aescenius se despertó sobresaltado. No podía hacer conciente un sueño que percibía como un aviso. Dejó la cama y bebió un vaso de leche de cabra que almacenaba en una jarra cubierta por un velo. De pronto pudo evocar lo que había soñado, se cubrió con la piel que abrigaba la cama y salió corriendo.

Demoró escasos minutos en llegar a la cabaña del prior, más lejos de la iglesia, junto a una pequeña laguna y entró a su habitación sin golpear la puerta.

-¿Qué hace, maestro...? -le preguntó con estupor.

Porque vio como el superior golpeaba la piedra con una azuela. El hombre se dio vuelta y miró hacia arriba, hacia adonde había

llevado otra vez su mano armada para dejarla caer sobre la piedra y los ojos de Aescenius, hacia abajo, sobre el manuscrito de cobre, indemne aún sobre la mesa.

Aescenius Milagro no alcanzó a reflexionar y se arrojó sobre el agresor arrebatándole la azuela y la piedra y recogiendo, con la otra mano, el rollo de metal. El superior no reaccionó de inmediato, pero con una mueca que le desfiguraba el rostro paralizó a Milagro antes que se escabullera por la puerta que había quedado abierta.

Entre los dos hombres se entabló una lucha feroz, uno por recuperar y destruir los objetos de la herejía, el otro por salvar para el conocimiento esas expresiones del pasado.

Aescenius era joven y pronto se vio huyendo, alejándose con las piezas obsequiadas y sus escasas pertenencias de la misión, ignorando si en la pugna había herido a su superior. Pronto también supo que sería buscado y que con toda probabilidad caerían sobre él graves castigos de los cuales el que más temía era el de recibir la Paulina. Pero ya no podía detenerse. Sólo podía buscar refugio seguro en el continente, desarrollar furtivamente su trabajo de exégeta y ocultarse y desaparecer para siempre.

Después de abandonar Creta, en un parador en Cagliari recibió la primera indicación de que la batida había comenzado. Escuchó, de unos marinos que bebían en una mesa vecina, la numerosa y desacostumbrada cantidad de capuchinos y donados que habían

arribado en la víspera. Milagro no se despojó del hábito y prefirió esconderse con dignidad y evitar, si era capturado, que además se le acusara de renegado. Finalmente llegó a las costas del continente ya terminando el otoño y se adentró en los bosques cuando se iniciaban las primeras nevadas.

De hecho, los hombres de la Iglesia y los Literales demoraron varios años en recuperar la pista del monje, pista que habían perdido por las inclemencias del invierno más brutal que ese siglo asolara Europa.

El modesto monasterio de los cartujos en las tierras de Oex se encontraba cerca de los lindes del feudo, a la vista del castillo del señor, como por lo demás todas las construcciones de la propiedad. Más al norte se levantaban las cuadras vacías, una que otra porqueriza con un chancho viejo y el montón de chozas donde vivían hacinados los campesinos. En la frontera con las tierras del barón de Font y Boulignac, al sur, por donde venía Aescenius, solía permanecer una guarnición, pero hoy no habiendo nada que defender, los soldados habían sido licenciados por el señor. Quien, hombre ya viejo y sin descendencia sabía que sus vecinos esperaban su muerte para destrozar y destrozarse por su heredad.

Antes de pedir asilo Aescenius dio una ojeada a su alrededor. Era probable que no saliera de ese lugar por mucho tiempo y si tenía suerte, nunca. Miró el agua congelada, detenida en el aire en la boca del pilón, en una saetera falsa las plumas rígidas de una golondrina que había esperado el invierno, adheridos a los muros los restos del estiércol del verano, sobre el que la nieve no perduraba, en el suelo a la orilla del camino, la gruesa bufa de un

zurdo en cuyo cuenco tiritaba un ratón y en la puerta a la que iba a llamar y en la cabeza de sus bellotes, la humedad y la herrumbre que también querían quedarse, para nunca, en Oex.

Aescenius fue recibido con las preguntas de rigor. Satisfecho el abad de la forma y el contenido de sus respuestas fue admitido sin más trámite. Se necesitaba oración y trabajo manual en ese monasterio, pequeño y digno, pero evitado por monjes y novicios debido a una mala leyenda con la que un gitano alguna vez lo había maldecido y que no tardaría en cumplirse.

Aescenius Milagro ocupó una celda en el tercer piso de madera del edificio, cerca de la biblioteca poco frecuentada y modesta y se incorporó con austeridad y dedicación a los menesteres que le indicaron. En sus ratos libres, entre la oración y la cocina, entre la oración y la leñera, entre la oración y la bodega y en la primavera entre la oración y el huerto, entre la oración y los establos fue desarrollando su lento trabajo con el manuscrito y la piedra.

Pocos pero interesantes libros encontró en las estanterías y uno de ellos, un palimpsesto cuya procedencia no pudo verificar y el cual pudo leer valiéndose de una máquina de luz que él mismo fabricó, le proporcionó un código que le fue de inestimable valor para familiarizarse con el faliscano. A medida que avanzaba en su investigación Aescenius se daba cuenta que había algo más que una lectura en el rollo de azófar y no bien fueron pasando los meses pudo determinar con claridad que ahí también estaba la clave para descifrar los signos de la piedra.

A esas alturas descubrió hacia él una cierta desconfianza de

Leonio, el Substituto, desconfianza que sustentó definiendo la labor de Aescenius -aquella que realizaba en la biblioteca -como infructuosa y de dudosa utilidad. Como esta acusación fuera hecha ante el claustro del convento y en la compulsiva necesidad de dar una justificación que no lo delatara, Aescenius anunció que estaba copiando la Vulgata.

Esto dio por suspendida la causa que quiso iniciar Leonio y dio quietud a Milagro para reanudar su tarea.

No es posible saber cuánto tiempo transcurrió desde la llegada de Aescenius al monasterio de Oex y la finalización del trabajo de copia de la primera Vulgata. Pero podemos asegurar que para entonces ya conocía el significado de lo escrito en el cilindro de metal y había conseguido descifrar gran parte de lo que estaba grabado en la piedra.

Aunque el único que estaba autorizado a revisar la reproducción inconclusa de la Vulgata era el prior y éste no era un hombre de tendencia docta, ni con disposición a la lectura para la que no tenía preparación, es de suponer que Aescenius, desde un principio, trabajó en dos ejemplares simultáneos. Uno, por prudencia, era copia fiel de la biblia autorizada que terminada debía ser enviado al Consultor para obtener la licencia de impresión y el otro, en el más estricto secreto, llevaba ya las apostillas e incluía el libro de las Profecías de Shemeber, ambas extraídas en gran parte de la piedra.

Pero lo que queda claro es que entre el envío del faccísmito idéntico de la biblia Vulgata y su aprobación pasó un período considerable, quizás tres o cuatro años, años que Aescenius Milagro

aprovechó con diligencia y sigilo para escribir las siete biblias que dijo tener listas cuando presentó la primera, en 1612, al señor de Oex.

Y asimismo parece estar comprobado que medió, por lo menos un invierno, entre la presentación de ese libro en el salón del trono de Oex y la expedición disciplinaria de los tres Literales. Este lapso de tiempo habría permitido a Milagro la copia de otro libro, lo que hace presumir que durante su estadía en Oex, alcanzó a escribir no menos de ocho en total.

Los sesenta jinetes detuvieron sus cabalgaduras en el límite de la decanía, junto a la piedra cubierta por el musgo amarillo y esperaron. Una hora después, los tres hombres que encabezaban la columna, uno vestido de negro, otro de blanco y otro de rojo se bajaron de sus caballos y otearon el norte, sus manos como víceras, protegiéndose de un sol que no llegaba sus ojos, buscando enemigos detrás de esa desolada frontera.

En la abadía actuaron con rapidez y los sesenta hombres se desplazaron enfurecidos hasta el alcázar del señor de Oex. No querían encontrarse con el ejército del Consultor, ni dejarle tampoco nada que destruir. Poco habían encontrado, porque al buscar en la biblioteca, en la celda abandonada de Aescenius Milagro, en el cuarto del superior, en cada una de las habitaciones, o en la clausura o al vaciar las copas y los cálices y al deshojar los devocionarios y los eucológicos sólo hallaron los carbones encerados y las plumas de alcaudón con que el monje había escrito su biblia.

El fuego demoró pues tampoco había combustible con que empezarlo y aunque utilizaron los volúmenes y las ropas del preboste y los ornamentos que encontraron en la sacristia más una cántara de aceite que llevaban, el arrocabe entumecido por la nieve de tantos inviernos tardó en encenderse y los muros, en derrumbarse.

Víctimas no hicieron ya que testigos no encontraron. Todos, incluido el abad habían huído en la víspera, al escuchar que ya venían.

Aescenius Milagro había dejado el lugar varias semanas antes.

Al abandonar las tierras del señor de Oex esa misma tarde, el Literal que vestía de noche, cabizbajo sobre la montura de su potro, llevaba la única biblia bastarda que se había encontrado. Los sesenta jinetes dejaban atrás el feudo devastado y la tierra exorcisada.

No se poseen datos fidedignos acerca del destino del señor de Oex y de su camarlengo. Pero sí es imposible encontrar ya referencia alguna de un lugar con un nombre parecido en ningún mapa europeo que sea posterior al siglo XVI.

De Ascenius si se sabe que devolvió las reliquias arqueológicas a la isla de Creta y que repartió por el mundo las siete biblias que alcanzó a salvar de los Literales.

Lo primero, pagando a Vulcus Galigo un mercader de tinturas que recorría el Mediterráneo para que devolviera el rollo y la piedra a la familia de campesinos de quien las obtuviera, encargándoles que a ésta la cubrieran con barro y enterraran los dos objetos juntos, en el mismo sitio donde la habían descubierto y a la misma profundidad. El mercader consideró insuficiente las seis monedas de

oro que aceptó por el encargo y por ese motivo lo demoró hasta el punto que su negligencia se le tornó peligrosa.

Lo segundo, enviando a distintos lugares, congregaciones e iglesias que consideraba de mayor independencia y autonomía, su biblia con las notas y los pronuncios de Shemeber.

1989.-

Una noche tranquila, quizás de madrugada, me desperté con la sensación común de ser observado. Era Cristal, que apoyada en el marco de la ventana me miraba con indisimuladas ganas de sacudirme.

-Mira -me dijo -no sé en que andas metido, pero esos tipos que te vigilan ya me tienen hasta aquí...

-En nada que yo sepa -me defendí del sueño que aún me consumía y de la necesidad de responder sin confesarme.

-¿Me estás mintiendo? -dijo y preguntó entre angustiada y curiosa.

me acuerdo la zona paranoia de los enemigos del general

-Más o menos -respondi con franqueza.

-Creo que hay que denunciar todo esto.

Yo no estaba muy seguro. Era cierto que desde que mis averiguaciones acerca del discurso de la piedra se habían intensificado algo sucedía en mi entorno y no había pasado inadvertida la vigilancia a la que estaba sometido. Pero o no había querido o no había tenido tiempo para detenerme a analizar el fenómeno. La paranoia, que en ciertas circunstancias puede ser tan saludable, nunca había tenido una dimensión real en mi caso particular. En verdad era primera vez que me sentía acosado.

Así que me senté en la cama, estiré mis brazos, me levanté y me dirigí a mi pequeña caja fuerte donde guardaba las cartas de Ram Ben Jose.

-Léelas -le dije a Cristal.

A medida que leía, Cristal fue desplazándose del centro de la ventana hacia uno de los costados. Después que terminó se quedó un rato pensativa y se sacó los anteojos, que por fin y hacía unas semanas se había decidido a usar. Su voz estaba tranquila.

-Estamos en el medio de un grupo de locos -dijo.

-Si realmente existen -acoté.

-¿Conoces a Ram...?

-A través de esas cartas.

-Son unos fanáticos -Cristal movió las cortinas con la intención de volver a mirar hacia la calle.

Estábamos en el dormitorio, en el segundo piso.

-¿Están afuera? -mi pregunta no tenía ningún sentido.

-Mira tu mismo.

lo suenan

Con la misma precaución de Cristal y por un resquicio observé el farol iluminado, en la esquina de la plazoleta que enfrentaba la casa. Ahí, apoyado en él y en una actitud demasiado obvia había un hombre envuelto en un abrigo negro. Pensé que había estado esperando mi movimiento, porque aunque estoy seguro de que no podía haberme visto, en ese instante inició un lento caminar hacia la casa. Yo no tenía armas de ninguna especie y sólo se me ocurrió señalarle el teléfono a Cristal.

-Viene para acá! -casi le grité.

La policía llegó en diez minutos. No había querido mirar otra vez por la ventana y por encima de la puerta del jardín le expliqué al oficial lo ocurrido.

El tipo me miró y del bolsillo de su uniforme verde sacó la libreta para anotar la denuncia. Después que lo hubo hecho -por sus gestos y la forma de escribir suponía que esa noche había acudido a otras llamadas igual de inconsistentes -me aseguró que estarían atentos. Antes de irse se agachó y recogió algo del suelo.

-El correo llega temprano -me dijo pasándome un sobre con mi nombre y mi dirección.

Yo lo miré con recelo.

-¿Quiere que se lo abra? -preguntó.

Yo me quedé callado.

El carabiniere guardó el cuaderno en un bolsillo, palpó el sobre recorriendo sus bordes y lo abrió con una larga uña, sin duda cultivada para ese propósito. Luego husméo en su interior y me la entregó.

-Inofensiva -dijo, ignorando que su contenido era bastante más

peligroso que una bomba de plástico.

Ese día era sábado, ningún paciente esperaba a Cristal para descargar sus sueños ni ningún alumno a mí para escuchar mis historias, así que decidí a contarle la de Vercelli y la poco conocida secta de los Literales.

-47...? 1364...? 1759...?

Los signos de interrogación en este caso no se refieren tanto a las fechas mismas en que ocurren estos episodios -fechas sobre las que hay bastante certidumbre -como a cuál de ellas atribuir, sin equivocarse, el verdadero surgimiento de los Literales. Hemos vistos que en 1612 ya existe un grupo que asola Europa y que por sus postulados podemos asimilarlos a ellos, pero no sabemos si son los predecesores de la misma secta fundada por el presbítero Giácomo de Vercelli en 1758 y que inaugura sus actividades con los desmanes que se desencadenaron en el Piemonte en ese mismo año y que sería la que con mayores o menores cambios perdura hasta hoy día.

Sabemos también que los Literales estaban autorizados para actuar de dos maneras. O bien siendo parte de la organización misma y en consecuencia identificándose públicamente con ella o bien asociándose a la secta privadamente, lo que los comprometía en sus postulados y en su misión última, pero los excusaba de confesarlo. En un principio tanto los primeros, verdaderos militantes del literalismo, como los segundos, llamados por su condición literales libeláticos tenían que ser sacerdotes ungidos y ordenados.

De este modo la intención de Vercelli era fundar, o reproducir

si ya antes había existido, una orden religiosa o una cofradía semejante, que velara por la inmutabilidad de la Palabra revelada, evitando así la herética modificación de ella por mano humana, cualquiera fuera la jerarquía que tuviera. No se oponía a cierto grado de interpretación de las sagradas escrituras, pero exigía que ella se hiciera en base al texto original recogido de los auténticos targums o de la Septuaginta, pero la traducida por San Gerónimo.

Estos fueron las ideas que divulgó Vercelli en sus sermones, en sus tertulias y en sus clases en la Universidad de Novara y el número interesante de discípulos fue lo que lo llevó a pensar en crear su propia orden. Ello no prosperó, con seguridad por el inmenso celo que en relación a estas delicadas materias tenía y tiene el Vaticano, lo que hizo que Giacomo Vercelli cayera en la duda. Pero no en relación de su concepción e intenciones sino que respecto al impulso represivo que adivinaba tras el silencio del Papa.

Y el presbítero Vercelli, por la espera y la impaciencia se fue haciendo cada vez más inflexible y con su verbo y carisma más seductor.

Entonces la curia diocesana le hizo llegar el mensaje que traía, como en la generalidad de estos casos, malas nuevas. No sólo rechazaba la posibilidad de crear una nueva regla, sino que le negaba el derecho de seguir divulgando su doctrina, advirtiéndole de paso del peligro que encerraban las tentaciones heréticas. Pero Vercelli no se acobardó y continuó en su postura y con sus enseñanzas desde el púlpito y la cátedra, lo que le valió la

primera amonestación del obispo de Milán.

Pero los reparos de la autoridad eclesiástica tuvieron un efecto contrario al que buscaba y en los días que siguieron el sacerdote, además de hacerla pública en distintos foros, publicamente la retrucó con gracia e inteligencia.

Más allá de los precarios medios de comunicación de la época, esos eran tiempos de urgencias y de decisiones impostergables por lo que no pasaron muchos días antes de que Vercelli recibiera una inconfundible amenaza de excomunión.

Pero no se detuvo. El segundo domingo después de aquella, tempestuoso en el ministerio de su iglesia anunció que tenía en su poder los códigos canónicos de Ireneo, en donde el santo había recopilado lo que todos aceptaban como verdades inmutables de la Iglesia y desafió a que se les impugnara.

Esa semana y sin tardanza redactó los reglamentos y las ordenanzas de los Leales Defensores de la Palabra Literal y un sábado en la mañana, poco después, fue privado pasiva y activamente de los sacramentos y sufragios de la iglesia, expulsado del templo donde profesaba y de la Universidad donde enseñaba.

Al anochecer una turba de sus partidarios, conocedores ya de la excomunión que había caído sobre el maestro, pero ajenos sí a toda instigación proveniente de él atacaron la sede del obispo, arrojaron a la calle todos los libros que encontraron en su biblioteca y en la capilla personal, apartaron dos ejemplares de la biblia de San Jerónimo y otro de la llamada biblia de Paris, que según Vercelli tenía pasajes redimibles, los apilaron sobre los adoquines, los rociaron con petróleo y encendieron la tarde con una

fogata monumental.

Giácomo Vercelli prefirió ocultarse y sus encuentros con sus sacerdotes y ocasionalmente con sus fieles se hicieron en la más rigurosa clandestinidad.

Pronto, sin embargo, se convencieron el refundador y sus seguidores que de nada valía el anonimato y el refugio, que en nada ayudaba a la expansión de sus creencias el silencio y la quietud y se decidieron a actuar.

Para reconocerse y con un testimonio ciertamente exacto de como se habían vestido sus predecesores -de cuya prevalecencia no habían tenido aún razón - y también con la clara intención de ser identificado en sus acciones, cambiaron la manga izquierda de sus sotanas por otra, eligiendo para ella ya sea el color rojo, ya sea el color blanco. Y durante los dos años siguientes, a veces convenciendo a sus poseedores, otras arrebatándoselas y las más entrando con sigilo sino con violencia donde sabían o habían sido informado que existían, se dedicaron a destruir todas las biblias de la región del Piamonte que no correspondieran a la de San Jerónimo o la editada por la Universidad de Paris en las postrimerías del siglo XIII.

Menos noticias se tienen sobre los antiguos Literales, aquellos que actuaron contra el señor de Oex y desde luego es poco probable que tuvieran una organización tan perfecta como la que se desarrolló a partir de 1760, con la muerte -o martirilogio según sus seguidores -de Giácomo Vercelli. Tampoco es posible, por otra parte, identificar con ellos a la banda de Elil el Judío, que atacó al joven Tardecio poco antes del asesinato del César, aunque sus

propósitos guardan cierta semejanza. Todos ellos, más bien, correspondían a una banda de fanáticos, sin ni siquiera raíces sismáticas definidas, quizás con conecciones con sectas marginales y que es probable hayan sido diezmados por los soldados catecúmenos los primeros y por las huestes clandestinas del Santo Oficio los últimos. En términos de represión es sabido que a los organismos de un Estado o de cualquier Corporación no les interesa tener competidores. Es necesario obtener centralizadamente toda la información, uniformar los juicios y armar una sola mano para aplicar los castigos. oh!

Vercelli murió asesinado el 8 de Junio de 1760. Un mercenario, contratado por el dueño de la imprenta fabricante de biblias más importante de Italia, le descerrajó un balazo de arcabuz en la cabeza cuando, disfrazado con un hábito de franciscano, se dirigía a orar a la iglesia de San Bartolomé. El dramático destino del presbítero atenuó, en concomitancia, la mano de Roma y en forma póstuma le fue levantada la excomunión. Un grupo importante de sus acólitos fue recibido por un alto dignatario en las oficinas del Vaticano y aunque les fue reiterada la prohibición de formar una orden religiosa, sí se les autorizó a llevar adelante actividades académicas y de investigación.

Los hombres de Vercelli regresaron triunfantes a Novara, donde en razón del éxito, según unos -fracaso según otros -la secta se dividió. Los primeros, obedientes del Papa constituyeron un grupo de reflexión y análisis de los libros sagrados, canónicos o apócrifos, enviando sus prevenciones a Roma para su procesamiento, verificación, aprobación y divulgación. La burocracia vaticana

siempre procedió en contra de estos Literales y ellos se extinguieron en medio de la indiferencia y el papeleo de los cardenales que tenían a su cargo el ministerio de la Doctrina de la Fé. Los segundos, en cambio, interpretaron la rehabilitación del fundador de muy distinta manera y creyendo perseverar en el espíritu de Vercelli desarrollaron una de las sociedades más herméticas y temibles surgida en el seno de la Iglesia.

Aunque hasta hoy día perduran, se los ha querido transformar en leyenda y si bien no hay publicaciones conocidas se asegura que algunos documentos -prohibidos y estigmatizados -relatan con fidelidad la verdadera historia y los aventurados dogmas de los Literales. De uno de estos últimos, reproducido en una fotocopia y que me adjuntó Ram Ben Jose en su carta, se puede deducir que los Literales contemporáneos poseen una facción civil que lleva a cabo sus actividades.

Ellos son los que, incuestionados en su autoría por los antecedentes que se poseen, asesinan en 1801, en el año del Concordato, al Doctor francés Gaspar Dupier, antes que recibiera el capelo cardenalicio otorgado por Pio VII excepcional honor otorgado a un hombre de la sociedad civil, pero en justicia por sus profundos y extensos estudios y sus consecuentes avances teológicos. Ellos -vaticinaba -podían forzar a la Iglesia a aceptar la inmanencia de la verdad sólo en la tradición oral, aun en sus infinitas versiones, descartando la redacción de una biblia única y favoreciendo quizás de este modo, el arraigo de herejías y el riesgo de cismas.

Tal vez son los mismos que en número importante se trasladaron

a América contribuyendo a la expulsión de los jesuitas de ese continente, ya que al evangelizar, innovando en cuanto a lo que hacían otras órdenes religiosas, introducían elementos vernáculos en las sagradas escrituras para hacerlas más inteligibles a los indios y en especial a los caciques americanos. Necesariamente debían "contar" la biblia y eso era ya signo de error y corrupción.

1989.-

-En todo caso -dijo Cristal con una interminable taza de café en la mano -no me pareció que la manga del tipo, allá, fuera roja o blanca.

Había amanecido y estábamos en la cocina, la carta recién recibida abierta sobre la mesa.

-La escritura de esta nota -dije yo sin seguir el hilo de la conversación de Cristal -es idéntica a la de la piedra...

Cristal movió la cabeza. Me imagino que como la mueve cuando escucha el sueño atrabiliario que le confiesa algún paciente. Pero tomó la carta que el desconocido dejara debajo de la puerta de calle y examinó los signos que llenaban el papel.

-¿Y quién sabe lo que dice aquí...?

-¿Saberlo..., nadie -dije -pero supongo que como en la piedra habrá un mensaje relacionado con los hijos de Israel y sus aventuras.

-Será en idioma egipcio reformado, como las piedras de José Smith.

Su tonito irónico me cayó mal.

-¿El mormón? -pregunté.

Cristal terminó el café y se preparó, con cuidado, una tostada. Yo nunca había hecho ese trabajo correctamente. Siempre me devolvía el pan alegando que no le ponía suficiente mantequilla.

-El fundador de la iglesia mormona, linchado por una turba...

-¿Qué sabes de los mormones? -pregunté desconcertado.

-Tuve un paciente mormón que se analizaba en secreto..., el me contó de la revelación que recibió Smith en Egipto y que pudo descifrar gracias a la ayuda de unas piedras raras, con nombres más raros todavía, Urim creo que llamaba a una de ellas...

-La mía no es una piedra mormona -la interrumpí bastante ofendido.

-Pero el cuento es parecido, no me dirás...

-Esta piedra no contiene una clave.

-Tu amigo judío la tiene -Cristal recobró su seriedad de psicoanalista.

En efecto, en la carta que me enviaba, Ben Jose afirmaba tener en su poder un rollo del siglo I A.C., fundido en una aleación de cobre común para esa época que contenía un texto escrito en una lengua que no le era desconocida y que estaba convencido era complementario con una piedra de sílex verde que, por sus informaciones, podía estar expuesta u olvidada en las bodegas de algún museo belga.

Bien sabía yo y ahora también Cristal que la piedra aquella no estaba en ningún museo belga. Por lo demás, con los recursos con que a no dudarlo contaba Ram, más temprano que tarde daría con el actual propietario de ella. Y quizás no le iba a gustar saber que habíamos retenido información. Si a eso le agregamos el temor que yo le tenía al Mossad, era conveniente, por donde se lo mirara, que le confesáramos al hombre de Tel Aviv toda la verdad.

En su comunicación nos agregaba el número de su fax y a sugerencia de Cristal resolví enviarle una nota urgiéndolo para que

nos reuniéramos.

Estuvimos hasta el mediodía redactándola y cuando estuvimos satisfechos tomamos el metro para el centro. Estaba seguro que Gustavo, un viejo amigo dueño también de una tienda de antigüedades, me facilitaría su máquina para enviar el mensaje a Tel Aviv. A través de ella él recibía o enviaba información al mercado internacional de obras de arte. Al mercado formal y al informal..., al legal y al ilegal.

Mientras esperábamos que se verificara la recepción del mensaje metí mi nariz en algunos catálogos que Gustavo tenía desparramados por ahí. Estaba el de Florence Dupuy, donde según me enseñó estaba el exacto catastro de todos los objetos que alguna vez habían sido descubiertos o desenterrados en la historia de la arqueología. En un apéndice del grueso libro se encontraba, asimismo una descripción, a veces ceñida a veces proclable, de otras antigüedades productos de la depredación o el pillaje de lugares inmemoriales y que alguna vez habían pasado por las manos de un comerciante o de un conocedor.

Nos quedamos conversando un buen rato y entonces sucedieron dos cosas. Uno, Ram Ben Jose valiéndose del número de Gustavo nos respondió el telefax casi de inmediato y dos, Cristal que también había explorado la guía de la Dupuy me sopló al oído un hecho que no había considerado: la piedra y el rollo no aparecían en ninguna de las secciones ni en el anexo de ese libro.

-Lo que significa -dijo en voz alta -que el tal Phillipe no entregó la piedra ni al museo ni a su facultad cuando regresó de Creta.

-¿Cómo conseguiría Ram el rollo?

-¿Y cómo llegó la piedra hasta el anticuario donde la compraste?
-insistió Cristal.

-No sé de que rollo hablan, pero lo sabremos cuando llegue el tal Ram -dijo Gustavo alcanzándome el papel que recién había arrancado del teléfono.

-¿Lo sabremos...?

-Soy un anticuario y esto me está interesando...

-El martes en el vuelo de United que viene desde Sao Paulo -dije terminando de leer.

Me comprometí en mantener informado a Gustavo y acepté en principio el ofrecimiento de colaboración técnica que nos hizo. Nos despedimos y de regreso nos bajamos con Cristal en la estación Tobalaba. Caminamos hasta el Canelo, un restorán naturista que tenía una buena lista de vinos y hasta después de la siesta, ya en nuestra casa, nos olvidamos de piedras, rollos, laberintos, biblias y entierros. Ese sábado, recordé, cumplía cincuenta y cuatro años.

Cuando Cristal despertó, ya hacía rato que yo miraba, por los espacios que dejaba la cortina como caían las hojas verdes de un otoño prematuro. Era la estación que había llegado a gustarme más. Anuncia el fin, pero lo hace en forma gentil, sin asustar a nadie, las hojas jamás golpean el suelo y los árboles mueren o se duermen sin estridencias, con dignidad. Como quisiera morirme yo.

Cristal me rescató de mis cavilaciones.

-Y..., ¿todos esos cuentos?

-Cuáles cuentos?

Cristal se había despertado ágil, inquisitiva.

-El del cura español, el del canadiense, el del portugués...
-¿Qué soñaste? -le pregunté con la evidente intención de ganar tiempo.

-Estúpido...Cristal saltó de la cama furiosa.

-Está bien -dije tomándola de la mano -pero no son c-u-e-n-t-o-s
-recalqué cada una de las letras.

Cristal levantó las cejas y se quedó mirándome.

-Tenemos mucho que hablar -me dijo -voy a preparar buen café.

-Con un poco de vodka para mí! -intenté.

1607., 1989.-

Aescenius Milagro tuvo la información de que la expedición de los Literales y la avanzada del Papa se acercaban treinta días antes de que los primeros cruzaran la frontera del feudo vecino. En verdad le era indiferente cuál de los dos grupos llegara primero. Es cierto, también, poco le importaba que llegaran o no. Su trabajo estaba terminado y aunque no despreciaba la posibilidad de llevar consigo y distribuir nueve ejemplares de su biblia, prefirió incinerar en el hogar del monasterio aquellas inconclusas que dejarlas para que sus enemigos las exorcisaran y denigraran o cargar con ellas, pues así de incompletas y para sus propósitos le eran inservibles.

No es posible imaginar, en un principio, al monje Aescenius Milagro como un poseso, dispuesto a todo trance para llevar adelante la difusión de una biblia que por sus agregados era considerada como fraudulenta. Lo que con toda probabilidad tentó su fe y actualizó su espíritu libre y crítico fue la determinación y urgencia que descubrió en su superior en la misión cretense por destruir la piedra y el rollo de azófar. Después no tuvo disyuntiva y la elección de ese camino, conciente o producto de un arrebató, ya lo hizo adicto incondicional a la eventual verdad de las apostillas y de las condenadas profecías de Shemeber.

Pudo, de este modo, preparar su retirada y excepto algunos útiles para escribir, copiar y leer que dejó a propósito dispersos en su pequeño aposento, Aescenius Milagro cargó con sus seis

biblias lamentando no poder recuperar la que había dedicado y depositado en las manos del señor de Oex.

Se despidió del bueno e inocente Abad y ofició una misa de despedida, la que pidió celebrar con hábitos de duelo. Cantó pues su propia misa de difuntos, pues intuía que su muerte llegaría con la entrega de la sexta de sus biblias.

No era pequeño ni liviano su equipaje y al revés de lo que había hecho a su llegada, cambió sus hábitos monacales por la ropa de un trampero. Nadie podía imaginar que en su bolsa no llevaba más pieles que aquellas con las que guarnecía sus libros.

No bien hubo llegado a Gentioux, no lejos de Limoges, se instaló en una casa donde daban alojamiento y pensión y durante algunos días meditó sobre los posibles y convenientes destinatarios de sus seis libros. Resolvió en consecuencia y dibujó, en la primera página, un marmosete con el nombre de cada uno de ellos.

En términos muy exactos ya sabemos que siete fueron las biblias que escribió, letra a letra, nota a nota, Aescenius Milagro. La primera, tributo del monasterio donde él trabajó al señor de Oex, cayó en poder de los primeros Literales y nada hace pensar que ellos la hayan conservado.

Una segunda fue enviada al Cardenal Calonne, apartado de sus responsabilidades eclesiásticas por su disposición a escuchar a los nestorianos, que entonces buscaban un acercamiento con Roma y que la tuvo en su despacho, como curiosidad y no como materia de estudio, hasta su muerte en 1611. Su sucesor fue Achille Olier, hermano de Jean el fundador de la orden de San Sulspicio. Achille conocido como el Cardenal de Bronce, despiadado y temido inquisidor

fue víctima de la inmovilidad de su celo y de la imperdonable negligencia de dejar la biblia que había recibido Calonne en el lugar del despacho donde la tenía su antecesor sin haberla revisado. Su secretario, Bertran Hadamard, obispo de Tours denunció la existencia de ese cuerpo maldito y ocupó su lugar cuando Olier, por ese motivo, fue destituido. Posteriormente y con el íntimo convencimiento de que el libro ya había causado demasiado daño, Hadamard la quemó en un acto de desagravio a la Vulgata en los jardines públicos del palacio que ocupaba.

La tercera la hizo llegar a Durán, en Madrid, un jesuita de vasta cultura y tolerancia y que había sido amigo de Francisco Xavier. Aescenius confiaba en quienes, pronto, iban a ser tan perseguidos como él. Durán la estudió como lo hacía con todos los documentos que le enviaban y, como tenía autoridad, pudo incorporarla al índice de los libros reservados de la biblioteca central. Las apostillas y las predicciones de Shemeber, ignoramos la razón, no se lo impidieron.

En esa biblioteca debió pedirla y hay que concluir que la obtuvo la misión a la que le fue encomendada la evangelización de los indios iroqueses en América del Norte, que se desvaneció al conocer el edicto papal que terminaba con la Compañía de Jesús y cuyo encargado en algún momento...¿de peligro? -enterró la biblia y sus signos cristianos que tanto tiempo después encontró Sutton cerca del lago Ontario.

Existen elementos para sostener que Aescenius envió dos biblias, que anotaremos como la cuarta y la quinta, a Scaliger el filólogo e historiador protestante holandés, quien las recibió en Leiden,

donde enseñaba. Aescenius quiso de este modo confiar doblemente en este sabio, cuyos comentarios a su biblia y a sus escolios, que son parte de su bibliografía, no han sido recuperadas. Por vía indirecta se conoce incluso el nombre de la monografía -"La Verdad de Otra Biblia Romana" -el que sólo es suficiente para saber que estuvo a punto de ser convencido.

Poco antes de su muerte Scaliger habría entregado los libros en custodia a la Universidad de Hannover, sólido baluarte del protentastismo. Allí, estaba convencido, lo que esas biblias contenían iba a ser de mayor utilidad para teólogos y eruditos, sin duda más audaces que quienes lo acompañaban en Leiden y que bien conocía.

Se equivocó Scaliger porque ellas no fueron consideradas por los académicos ni por los estudiantes, ni de ellas nada se supo hasta tres siglos después. Por pura casualidad un aseador de origen portugués, cultivado en el latín en su juventud en un seminario católico y mientras sacudía el polvo de algunas estanterías de la biblioteca municipal de Hannover las redescubrió. Habían sido donadas a esa por el curador de la biblioteca de la antigua Universidad quien, haciendo un atado con otros volúmenes y muchos años antes, las había considerado como sin valor para la investigación. >
2 negros
segundo

Sobre la sexta y la séptima no tenemos otro remedio que hacer conjeturas. Una de estas apareció en un convento de Navarra y la otra en la biblioteca privada de un republicano que se exilió en Chile después de la guerra civil. ¿Cómo llegó a esos sitios...?, es virtualmente imposible saberlo.

-Y ¿dónde están ahora esas biblias? -preguntó Cristal.

-La primera y la segunda, destruidas. La tercera quizás todavía la tiene Sutton, la cuarta en una caja de seguridad de la Municipalidad de Hannover, depositada bajo ciertas condiciones que la hacen inaccesible. Martin Fornos, que estudiaba la sexta biblia, abandonó Navarra y la vida sacerdotal. No ha sido posible averiguar que hizo con ella. Es válido pensar que la entregó a sus superiores los cuales jamás darán noticia de su paradero.

-¿La quinta, la séptima...?

-La quinta la sustrajo el portugués de la biblioteca de Hannover y la comerció antes de que lo sorprendieran. No pudieron probar que ahí hubiera habido más de una, y el hombre quedó sin trabajo, pero sin cargos. Pienso que esa la adquirió el anticuario en Amsterdam y que sería la que tengo yo... La séptima, bueno, la séptima está por aquí cerca....

Había oscurecido y las hojas habían dejado de caer. Era un sábado silencioso y húmedo que me estimulaba a salir, quizás también ir al cine.

-¿Qué te parece? -invité a Cristal.

-Siempre que no me invites a ver una película de ciencia ficción.

-Eso pensaba -dije.

-Tendría que ser muy buena.

Miré la hora.

-Pero todavía tienes que ubicarme bien en tu historia -Cristal saltó de la cama y se puso la bata.

Yo me temía que íbamos a llegar tarde a ver la fantástica

película de Verhoeven.

1903., 1937., 1989.-

Philippe Caenepeel no pudo descifrar la piedra. Sus conocimientos le permitieron comprender que era de un pasado difícil de asumir, de un pasado en el que, según algunos especialistas, es poco probable llegar a reconocer vestigios de la especie humana. Eso lo impregnó de incertidumbre y lo hizo aislarse. Tuvo temor de compartir su descubrimiento y murió frustrado al no poder comprender un mensaje que le llegaba desde siglos donde el tiempo no existía ni se medía.

Su obsesión por arrancarle el significado a la piedra hizo incluso que su familia y los pocos amigos que le quedaban intentaran declararlo interdicto. Van der Hoogen, el célebre siquiátra llegó a afirmar que sufría una particular forma de sicosis propia de los que hurgan, irresponsablemente, en la antigüedad. Solo y abandonado, su casa era un desorden de papeles y libros muchos de los cuales, como se descubrió después, estaban menos vinculados a la lingüística que a ciertas prácticas prohibidas.

Después que fue enterrado se desencadenó una búsqueda frenética de la piedra que había ocasionado su locura, pero quien la encontró, su hijo mayor, no informó de su suerte. Tampoco quiso deshacerse de ella y en recuerdo de su padre la llevó siempre consigo.

Bruno Caenepeel, como se llamaba, era oficial guardacostas de la marina real belga y la lancha torpedera que pilotaba fue cañoneada una tarde, frente a la costa de Noruega, bordeando el círculo polar ártico. Ni el frío que reinaba en esas aguas gélidas ni el conflicto bélico que comprometía a Europa en esos años

estimularon el rescate. La lancha, con toda la tripulación, fue reportada como irremisiblemente perdida en la víspera del año nuevo de 1916.

Sin embargo el joven Caenepeel fue rescatado con vida por un pequeño barco arenquero que había sido testigo del incidente. Con seguridad fue el único sobreviviente del ataque del crucero alemán a la indefensa patrullera belga porque el patrón del cúter, oculto su pesquero entre los fiordos no quiso ser más activo con los naufragos por miedo a una represalia de la marina alemana.

En parte resentido por las escasas consideraciones que se habían tenido con su padre, en parte porque detestaba la guerra, pero también por la indiferencia del alto mando naval belga por la suerte de sus compañeros y por el cálido ambiente que encontró en Trondheim donde lo habían llevado, Bruno ya no regresó a su patria. Es más, se casó con la hija del dueño del arenquero al que le debía la vida, cambió su apellido por uno francés, adoptó la nacionalidad noruega, rechazó hacerse a la mar otra vez y utilizando los conocimientos en administración adquiridos en la escuela naval de su país, instaló una oficina de contabilidad y trámites en el centro del próspero puerto en aquel profundo fiordo.

Años más tarde era ya un influyente ciudadano, indispensable en todas las operaciones financieras que se llevaban a cabo en región central de Noruega.

Bruno Caenepeel o Antón Belier como se había hecho llamar desde que modificara su nombre, fue asesinado en la primavera de 1921 por el capitán de un barco ballenero que no había podido responder con la garantía a la que, con aquél, se había comprometido. Sofus Rae,

como era el nombre del malhechor, fue detenido por la policía en Trondheim, una semana después, con una buena cantidad de coronas en su bolsillo, un cuchillo de plata y el cuerno apolillado de un rinoceronte. Como la caja de caudales del prestamista no había sido violada y según el cuerpo de vigilancia nada valioso faltaba en su despacho, Rae se fue a la tumba con los labios sellados respecto del origen del dinero que portaba. Porque murió apuñalado en el curso de una riña carcelaria antes de cumplir los veinte años de reclusión a los que había sido condenado.

Mose David, el rabino que se sentaba frente a Rae en el compartimiento del tren de su fuga, en cambio, tuvo un destino diferente. Ignorante del sangriento episodio que le había permitido acceder a la piedra del laberinto, transitó por las fronteras hasta llegar a Londres sin ser molestado. Nadie, por lo demás, sabía que ella había pertenecido a un usurero de nacionalidad incierta, impunemente acuchillado, que fuera hijo de uno de los artífices del develamiento de la importante cultura minoica.

El judío era una eminencia en la Torá y sólo la casualidad con la que son favorecidos los hombres justos lo hizo coincidir con la piedra que si bien no buscaba, mucho anhelaba encontrar. Por lo pronto sabía de las notas de Aescenius Milagro -su erudición lo compelia a conocer todas las versiones de las biblias cristianas y con especial atención los comentarios de aquellas consideradas como falsas por Roma -y en consecuencia de su venero cretense. Infiriendo por el método de la omisión supo que esa piedra llevaba escrita la lengua primigenia y por esta razón se preparó, casi toda la vida, para enfrentarse con ella. No era ajeno al trabajo de los

filólogos más herméticos y por cierto tampoco a los trabajos de Becker y así, al leer la piedra que comprara a Rae, pudo musitar una traducción accidental pero incompleta que lo llenó de gozo y orgullo.

Su viaje a Escandinavia estaba desvinculado con las materias propias de su interés y lo había hecho como una suerte de peregrinación al lugar a donde sus padres habían arribado después de una larga y penosa huída desde Murmansk.

Pero como siempre ocurría, y aunque a Mose no le fue posible descifrar todo el mensaje inscrito en la piedra, prefirió esconder los resultados de su trabajo por la angustia que le provocaba imaginar las posibles consecuencias. Vivía agobiado temiendo que el misterio que estaba por descorrer pusiera en entredicho el Sistema Universal como en sus anteriores divulgadas publicaciones aludía al ordenamiento y a la hegemonía de la cultura judeo occidental.

Y a fines de la década del treinta, cuando sus pares le hicieron ver que sus estudios profanos lo estaban apartando de sus verdaderas obligaciones, Mose, aliviado, decidió desprenderse de la piedra. Vulnerando algunos preceptos morales, pero protegiendo antes que nada ese precioso documento de la humanidad, depositó la piedra en una caja de cartón entre otras muchas, algunas también antiquísimas. Después, usando sellos de viaje y papeles de envolver en los que había recibido restos arqueológicos de Creta, y una carta sin su nombre que alguna vez le escribió Tenham, envió todo a Crosbie, al Museo Británico.

Durante el resto de su vida y hasta que murió en un campo de concentración en suelo holandés Mose, si bien no se resistía a la

compulsión intelectual de su memoria que con frecuencia lo hacía recordar la piedra y su contenido, se alegraba de haber carecido del instrumento que le hubiera permitido su conocimiento integral: el rollo de metal maleable donde residía la clave y cuya pista se pierde junto con la de Aescenius.

Los conocimientos de Crosbie, sin embargo, alcanzaban para diferenciar la piedra de los otros señuelos que le pasó Mose, pero de ninguna manera para elevarla a la categoría que le correspondía con legitimidad. Crosbie se mentía a sí mismo con frecuencia. Prefería archivar un objeto sin averiguar su valor que traspasarlo a otros entendidos que pudieran sacarle el provecho que él no podía.

Por eso, después de examinar la piedra que venía y no venía de Creta, la etiquetó, la introdujo en un sobre de papel y la olvidó en un estante en la bodega número 245 del Museo Británico.

-Hay una verdadera tropa de desgraciados en esta historia de la piedra -Cristal me miraba sin conmoverse por mis indisimuladas consultas al reloj.

-A lo mejor esta piedra viene con alguna imprecación -dije.

A las nueve y media de la noche abrí la botella de vino. Por la sonrisa que me tiró Cristal me di cuenta que prefería seguir escuchándome, aunque borracho, que ir a ver a Schwarzenegger.

-Pero...¿tú sabes lo que dice?

-Muy poco.

Cristal miró la carta anónima, con la misma letra de la piedra.

-Unos pueden leer, otro escribir -dijo poniendo uno de sus dedos sobre la escritura inmisericorde.

-Los Literales deben haber descubierto el secreto, quizás conocen, mejor que nadie, esa lengua.

-Es extraño que una secta clandestina haya sobrevivido hasta el siglo XXI.

-Todavía no llegamos...-dije -pero una cosa es que sea clandestina y otro que no cuente con apoyo.

-¿Apoyo de quien?

-Los jesuitas, a pesar de haber sido disueltos por el Papa en 1768 seguían después recibiendo auxilio de la Iglesia.

-Un doble estándar.

-Más o menos.

Miré la hora por última vez. Todavía alcanzábamos a llegar a la hora. Una película como la que quería ver no se entiende si no es desde el principio.

-Vamos -dijo Cristal para mi sorpresa, dejando caer la bata y metiéndose una polera por la cabeza.

Yo estuve a punto de descartar el cine, pero Cristal se vistió con demasiada rapidez y no hubo tiempo para resquicios.

-Ram Ben Jose es un agente de la Mossad -me dijo Cristal con un vaso de Coca Cola en los labios, un segundo antes de que Arnold apareciera en la pantalla, sentados ya en la oscuridad del cine Lo Castillo.

1850.-

Grigor Yuriev, el aplicado zoólogo de la Universidad de San Petersburgo en su trabajo "Sonidos Comunicantes de los Primates y otros Animales Inferiores" que por su extensión y contenido no es ni un manual ni un tratado, no nos dice todo lo que había llegado a averiguar sobre el tema. Indicios de lo anterior lo tenemos,

precozmente, en el prólogo de la magnífica traducción que de este libro hiciera Sir Geoffrey Mottlison, quien en compañía de Virchow, fue uno de los fundadores de la Antropología moderna.

El gran patólogo alemán Virchow, arqueólogo y lingüista por afición, que más de una vez acompañó a Schlieman en sus periplos en torno a Troya, hizo un comentario semejante en relación al trabajo de Yuriev. En el número de fin de año de 1848 y en su conocido hebdomedario "Die Medizinische Reform", el hombre que afirmó, por primera vez, que "una célula siempre deriva de otra célula" escribió que creía reconocer en las investigaciones del ruso un análisis serio de lo que podría constituir un lenguaje pre-humano.

Desde todo punto de vista Virchow era un hombre bastante excéntrico y los círculos científicos y religiosos estaban habituados al atrevimiento de sus asertos que contravenían la Creación. Sin embargo al conocerse su opinión, el texto de Yuriev fue cuidadosamente examinado por los organismos religiosos y laicos dedicados a la conservación de la fé y a la rectitud de la ciencia. Pero hombres con el espíritu de observación y la curiosidad de Virchow y Mottlison eran escasos en aquellos círculos, de tal modo que nada encontraron en el libro de Yuriev y las aseveraciones del primero fueron consideradas, oficiosamente, como caprichosas e irrelevantes.

Grigor Yuriev, por otra parte, fue un hombre que nunca estuvo dispuesto a comentar ni aclarar ni una sola letra de sus trabajos fuera de las fronteras de su patria. Tampoco quería dedicar el poco tiempo que le quedaba libre de sus horas de trabajo a extranjeros que declaraban haber utilizado sus descubrimientos para avanzar más

lejos aún. Desde este punto de vista Yuriev era un conservador. Apenas se molestó en agradecer a Mottlison su traducción, señalándole de paso que le parecía inexacta y aventurada cualquier proposición que le atribuyera, algo parecido a un lenguaje, a los seres irracionales.

Mottlison no le creyó una palabra, pero no siguió intentando

el recurso epistolar. Simplemente y a pesar de que el invierno de 1907 se había pronosticado como muy severo y junto a su ayudante Valeria Welb, preparó maletas y libros y se embarcó en un tren rumbo a Moscú. Fueron trece días de viaje durante los cuales el distinguido profesor inglés, con la ayuda de Valeria, ordenó sus notas y todas las referencias que llevaba acerca de Yuriev. Aprovechó de revisar su traducción de "Los Sonidos Comunicantes..." e incluso aceptó un inteligente aporte de la joven doctora que le sugirió modificar un modismo ruso que desde hacía algunos días no le complacía.

En Moscú Mottlison tuvo interés en entrevistarse con el miembro de la Academia de Ciencias Sergei Volinov, un aristócrata muy vinculado a la casa gobernante que había dedicado su vida y parte de su fortuna al estudio del comportamiento animal. Lorenz y Eibleibesfeldt, entre otros etólogos, son en buena medida tributarios de los que este hombre hizo y permitió, con su generosidad, que se hiciera.

Volinov recibió al profesor y a su ayudante en su casa de campo en Chimki, en las afueras de Moscú. Ya estaba retirado de los laboratorios y de la enseñanza y como Intendente de la Academia tenía la responsabilidad de revisar los numerosos trabajos de ingreso a ella. Conservaba sin embargo su lucidez y sus noventa y tres años no fueron un obstáculo para que los acompañara en un brindis con Champán de Zaporozge y los invitara a caminar por el extenso parque que rodeaba su propiedad.

No permitió que bajo ninguna circunstancia Mottlison y Valeria esperaran el tren a Petrogrado en un hotel y les ofreció las

cómodas habitaciones para huéspedes que en abundancia había en su mansión.

Durante los dos días que tuvieron ocasión de conversar e intercambiar conocimientos y opiniones, Valeria circunspecta, tomando notas, Mottlison se dio cuenta de dos cosas. La primera, que Volinov también era parte de un secreto, ya intuído por su exhaustiva lectura de los trabajos de Yuriev y la segunda, que la forma en que miraba a Valeria no correspondía a un anciano de su edad.

La curiosidad que lo acuciaba por encontrarse lo antes posible con el científico de San Petersburgo y motivado también por la necesidad de proteger a Valeria de cualquier exceso senil de su anfitrión, lo hicieron rechazar la posibilidad de prolongar su estadía en Moscú. Y un sábado por la mañana dejaron la ciudad, Mottlison repasando sus apuntes, Valeria y su nostálgica mirada pegada a la ventanilla del tren que iba bordeando, al salir, las aguas del río Moscú.

-¿Por qué pareces tan triste? -preguntó por única vez el profesor.

Valeria no le respondió, apenas movió la cabeza sin despegar la mirada de los suburbios que lentamente iban quedando atrás.

Mottlison se enfrascó en lo que le interesaba y ya no volvió a hablarle hasta que le pidió que lo acompañara a almorzar al coche comedor.

En la estación de San Petersburgo los esperaba un landó con la capota puesta, enviado por el hotel Savoia, donde Mottlison había

hecho la reserva de dos habitaciones vecinas.

Cenaron en el salón principal del hotel, pero la joven apenas probó la ensalada de invierno que el profesor había solicitado para ella.

-No estaremos mucho tiempo en Rusia -le dijo creyendo que con ello aliviaría la melancolía de la niña.

-Espero no haberlo molestado, maestro -dijo Valeria levantando sus ojos pardos.

-Me preocupa y me entristece tu mirada.

-Gracias -sonrió ella -no volveré a llorar.

-Pero no te he visto llorar -dijo Mottlison.

Terminaron de comer en silencio y Mottlison dejó a Valeria en la puerta de su habitación. Después, pensativo, bajó al salón de fumar.

Cuando apagó su habano, cerca ya la medianoche, recibió de manos de un botones una misiva lacrada. Sin leer el membrete supo que era de Yuriev. Era breve y concisa, sin ser descortés. En ella el ruso se felicitaba por la visita del científico inglés y le comunicaba que sólo podría recibirlo, por una hora, en su laboratorio del zoológico de Pargolovo.

Esa noche Geoffrey Mottlison casi no pudo conciliar el sueño. Exitado por el inminente encuentro que pensaba definitivo para una teoría cuyo bosquejo ya tenía diseñado, lo desveló también el llanto de paloma que venía del cuarto de Valeria. Quizás en la madrugada, con la discreta quietud de la primera nieve, alcanzó a dormir un poco.

Al desayuno Valeria se veía más compuesta, encantadora con sus

espejuelos redondos y con la infaltable libreta sobre sus rodillas. Esta vez Mottlison la miró de distinta manera. Pero nada dijo.

Un coche abierto los recogió a las diez en punto de la mañana. Compartiendo la gruesa manta de piel, pudieron admirar las amplias explanadas de la capital, el perfil de sus hermosos edificios y el vuelo de los cuervos, únicos pájaros que prefieren el hogar a la migración.

Pocos visitaban a los animales del zoológico durante el frío del invierno. Valeria observó a unos cuantos paseantes y a una madre que con dos pequeñas miraban desoladas las jaulas vacías. El profesor en cambio, concentraba la atención en el gran edificio al que se aproximaban, de seguro el lugar de trabajo de Yuriev, que ya conocía por las descripciones que en su libro había leído.

En la puerta los recibió un hombre que llevaba un mandil blanco y que en un perfecto inglés los introdujo al inmenso vestíbulo. Grigor Yuriev, les informó, ya los esperaba.

El recinto superaba la capacidad de imaginación de Geoffrey Mottlison y Valeria Welb. Una infinidad de jaulas de distintos tamaños, desocupadas como las del exterior, rodeaban una serie de mesones, paralelos a la dirección mayor de la estancia. Sobre estos los visitantes reconocieron algunos aparatos que también se utilizaban en Inglaterra para el estudio de la conducta y las reacciones animales. Había otros, sin embargo, de sofisticado diseño cuya función Mottlison no pudo desentrañar. En un extremo del gran laboratorio vieron dos cabinas de metal y vidrio en cuyo interior giraban, en torno a su eje, una serie de cilindros de una sustancia del color y al parecer de la consistencia de la cera de

abejas. Dentro de uno de estos habitáculos estaba sentado el profesor Grigor Yuriev.

Mottlison y Valeria se acercaron conducidos por el ayudante.

Yuriev era un hombre de edad mediana, piel seca y calvicie pálida. Sus manos, protegidas por guantes de un tejido transparente, sujetaban unos cuencos en ambos costados de la cabeza. Estos cuencos también le ocultaban las orejas.

-El maestro está escuchando -les advirtió el hombre que los acompañaba.

Yuriev los saludó con una leve inclinación de cabeza, dejó los cuencos que estaban conectados a un aparato por alambres impregnados en alquitrán y abrió la puerta del locutorio.

Antes de estrechar la mano de los invitados, se sacó los guantes y los metió en sus anchos bolsillos.

-Es notable -dijo en un inglés con inconfundible acento eslavo - como el rudimentario cerebro de algunos animales recoge las señales externas de individuos de la misma especie.

-Un language incipiente -dijo Mottlison.

Yuriev pareció disgustarse y su respuesta habría sido quizás impertinente si ahí no hubiese estado Valeria.

-Creo no haberme equivocado al afirmar que no hay language en los animales.

-Profesor Yuriev -intervino la niña -para el profesor Mottlison y para mi será de extraordinario interés conocer sus experimentos.

-En una hora será suficiente -agregó el ayudante sin rebajar el tono con el que había hablado Yuriev.

-Y también sus animales -agregó, esta vez con cautela Mottlison.

-Algunos de ellos, por qué no -dijo Yuriev más conciliador.

Durante media hora recorrió con ellos el lugar, instruyéndolos sobre aspectos conocidos y desconocidos de la interrelación de las especies y géneros entre sí, de ellos con el medio ambiente propio o ajeno, favorable o adverso y con los seres humanos en particular. Les enseñó el uso de algunos instrumentos y les recalcó la importancia de otros de extendido manejo, les mostró las jaulas de simios de variadas especies y distintas miradas y al terminar y con una cierta sonrisa, empezó a agradecerles, sin que por ello se notara en absoluto agradecido del tiempo y el interés demostrado en su trabajo.

Valeria no lo dejó terminar.

-Ud., profesor -le dijo con su voz de melancólica pureza -ha almacenado algunos sonidos que nos interesan.

Mottlison percibió, de inmediato, que el hombre que aparecía como ayudante de Yuriev estaba lejos de tener responsabilidades académicas. Las palabras de la joven le habían provocado, aunque de manera imperceptible, una reacción de alerta que el profesor, por su experiencia con animales, podía reconocer a mucha distancia.

Sin embargo ni Grigor Yuriev ni su vigilante manifestaron en forma visible el efecto que la petición de Valeria había provocado internamente en ellos. Al contrario de como se conducían los animales ante un estímulo adverso, el investigador ruso y su acompañante realizaron un evidente movimiento de acercamiento a las cabinas. Más aún, el ruso en un gesto incompatible con su actitud previa, tomó con elegancia y cortesía el codo de Valeria.

-No son agradables de escuchar -le dijo.

-No importa -dijo Valeria suavemente -pero si Ud. no lo permite, el profesor Mottlison y yo, sin duda, habremos perdido el viaje.

Mottlison estaba estupefacto. No sólo no habría jamás llegado tan lejos, sino que le costaba comprender el sentido y el eventual provecho de la posición intransigente de la doctora Welb.

-No sé si Ud. estará preparada -insistió Yuriev, casi con amabilidad.

-¿A qué tipo de preparación se refiere Ud., profesor? -preguntó Valeria.

Yuriev sonrió.

-Está bien -dijo después de una pausa en la que clavó sus ojos en la niña -está bien, acompáñenme...

El vigilante disfrazado de auxiliar movió la cabeza, pero indicó el camino sin protestar. Los tres hombres y la doctora Welb dejaron atrás los mesones y por un pasillo de techo bajo -Valeria habría podido tocarlo con la punta de sus dedos -que descendía bastante bajo el nivel del primer piso, llegaron a una habitación húmeda, de paredes de piedra viva en la que se respiraba un olor químico agradable pero irreconocible. En un extremo, uno de sus lados apoyada en el muro, el escritorio del profesor Yuriev, con una pila de papeles ordenados en su superficie. Junto a ella un estante de madera con algunos libros y una mesa con cubierta de mármol, en la que había un ingenio cuyo uso Mottlison no pudo adivinar. En el costado contrario tres grandes baños de metal pulido en cuyo interior se entibiaba una solución de la que emanaba un vapor ténue, con un reflejo amarillo y mate.

Un conjunto de brazos mecánicos, movidos por una energía

imperceptible, iban introduciendo y extrayendo, a intervalos, los mismos cilindros del laboratorio, los que se iban embebiendo de capas sucesivas de esa sustancia que habían confundido con cera de abejas.

-Todo experimento -dijo Yuriev a modo de explicación -debe poder ser reproducido para que tenga validez.

Mottlison asintió sin decir palabra.

-Y en estos cilindros yo guardo el sonido de los animales, los que puedo después estudiar sin interferencias de ninguna especie.

-¿En ese adipoide? -preguntó incrédulo Mottlison.

Yuriev hizo una señal a su hombre el que abrió una trampa en el piso, cerca de las cubas. Bajó por una breve escala y apareció, unos instantes más tarde, con un rodillo entre sus manos que, con sumo cuidado, pasó a Yuriev.

-Como los buenos vinos, estos instrumentos requieren reposo y temperatura estable -dijo.

Después Grigor Yuriev caminó hasta el esquinero y colocó, en el aparato que Mottlison no había podido identificar y en sentido transversal, el cilindro. Luego acercó a éste una palanca de madera liviana en cuyo extremo había, a modo de aguja, una espina de cacto. Después y por el impulso de aquella fuerza invisible, el rodillo se puso a dar vueltas.

Entonces Mottlison y Valeria pudieron escuchar, desde una bocina de vidrio que el aparato tenía adosada y con una pureza y fidelidad extraordinaria, el llamado del azor en celo.

-No nos interesan tanto las aves, como otros vertebrados superiores -alegó Valeria.

Su voz, ahora, encerraba más desilusión que tristeza.

Yuriev levantó la barbilla en dirección a su ayudante. Este entró a la bodega subterránea de inmediato y salió de ella con un rodillo de color más oscuro.

Esta vez los dos científicos británicos se estremecieron al reconocer la risa de una hiena, que se sabe sólo ríe cuando invita a comer.

-Sorprendente -dijo Valeria -sorprendente el método para retener los sonidos..., los sonidos tan comunes de animales y pájaros...

Yuriev levantó un dedo.

-Hemos terminado -dijo, severo.

Y se devolvió deshaciendo el camino, sin esperar a Mottlison ni a Valeria que tuvieron que correr para alcanzarlo. En la puerta del edificio que albergaba al laboratorio los esperaba el gigantón. No se notaba agitado por lo que Mottlison supuso que había algún pasadizo oculto que el profesor Yuriev había hecho construir para alguna emergencia. Como aquella, por ejemplo.

Yuriev se despidió con una mueca que podía ser una sonrisa y con fastidio recibió de Valeria una tarjeta con su dirección en Londres.

-En su archivo debe tener nuestra dirección -anotó Mottlison cuando ya iban de regreso.

-Así la tendrá más presente en su memoria -dijo Valeria que calló hasta que el coche se detuvo en la puerta del hotel Savoia.

-Tomaré un té a las cinco - le dijo al profesor de pie en la gran escala de mármol que llevaba a las habitaciones del segundo piso.

Mottlison miró el reloj de pared, sobre la caoba de la recepción.

-¿No almorzarás?

-Un té, a las cinco -insistió Valeria.

A esa hora, en punto, el profesor Mottlison la esperaba en una mesa dispuesta en el comedor.

Valeria pidió un té perfumado con bergamota y el profesor uno negro, de las profundidades del Punjab. Rechazaron al unísono las galletas de gengibre ruso que les ofreció un mozo de aspecto hostil y media hora después la joven se puso de pie.

-¿A qué hora partimos mañana? -preguntó.

Mottlison buscó en el bolsillo interior de su levita y examinó el grueso cuadernillo con los billetes.

-Lo siento, Valeria -se disculpó -no tenemos tren hasta pasado mañana, miércoles.

La joven asintió.

-Dormiré hasta tarde, entonces -anunció.

Mottlison se levantó e hizo una venia.

-Los martes por la noche hay función de ballet -dijo

-Lo autorizo para que reserve dos entradas, profesor -aceptó Valeria.

Mottlison se retiró satisfecho, en su dormitorio disolvió dos sobres de raíz de valeriana roja en un vaso de agua de fuente y se durmió profundamente. Despertó a mediodía, se lavó y vistió apresurado y en un coche de alquiler voló al Teatro Mariinsky a comprar los asientos para el ballet.

Cuando regresó al hotel, a eso de las tres y media de la tarde

Valeria, vestida con un discreto vestido marrón, con puños y cuello blancos lo esperaba en un sillón del portal.

-¿Has pasado una mala noche? -le preguntó el profesor preocupado.

-Nada de eso - Valeria se incorporó con prontitud -es que no me acostumbro a este clima.

Esa tarde gozaron de un ballet puesto en escena por Marius Petipa como no era posible presenciar en Londres y de una cena en la que Mottlison pidió una lata de caviar dorado y una botella de Petit Chablis de la increíble cosecha de 1844.

Al día siguiente muy temprano, el profesor enfrascado en los temas de su especialidad y Valeria, desconsolada, sus ojos cautivados por los hielos inmóviles del Neva, dejaron San Petersburgo para no volver más.

La noche anterior la valeriana no había permitido a Mottlison escuchar los pasos por el pasillo del segundo piso del hotel y tampoco el ruido que hizo el papel al deslizarse por debajo de la puerta de la pieza que ocupaba Valeria.

Valeria lo estaba esperando. Era el mismo que había entregado a Yuriev, pero que no indicaba, como le había mentido a su maestro, su dirección en Londres. Valeria en cambio, había escrito una afirmación y cuatro consonantes:

"Las lenguas arcaicas, así como el lenguaje de los primates no conocen las consonantes. YHWH." *no entendido*

En el reverso del papel y con una letra que Valeria adivinó era de Yuriev, venía una instrucción precisa:

"El cochero la conducirá."

Valeria bajó embozada en una esclavina de encaje negro y subió al bombé que la esperaba sin preocuparse del conductor. Era una noche de violenta ventisca y de enceguecedoras ráfagas de nieve, pero el hombre que guiaba el coche azuzaba a latigazos a los caballos, seguro de los puentes que atravesaba y de los reventaderos por los que irrumpía. Valeria, a los pocos minutos, se dio cuenta que iban en una dirección distinta a la que habían seguido esa misma mañana. Entonces se tranquilizó. No era posible que Yuriev llevara adelante sus experimentos en un lugar expuesto a la fiscalización académica o del ministerio público como era el zoológico de Pargolovo.

Una hora calculó Valeria que había viajado cuando sintió que el cochero tiraba de la galga y hacía frenar el vehículo. Escuchó entonces como crujía la pisadera con el peso del hombre que bajaba del pescante y también su respiración agitada cuando le abrió la puerta. No le quiso mostrar sus ojos ni él quiso mirarla, acudiendo ella a una cita más propia de amantes que de investigadores de la conducta animal.

Valeria supo por el olor del viento que se hallaba al poniente de la ciudad. Una luz encendía una ventana en la buhardilla de la casa a la que habían llegado y hacia el sur, suspendida por un momento la tormenta, pudo ver las enormes montañas que dibujan, a veces, las nubes en el cielo.

El cochero le abrió el camino barriendo con una pala la nieve de la entrada y la dejó, sola, frente a la puerta de madera. No tuvo que esperar ni un sólo segundo. Grigor Yuriev en persona la entornó

y la dejó pasar.

El interior correspondía a una dasha sencilla, con tres troncos encendidos y un samovar hirviendo, una piel de venado en el suelo y tres rifles de mecha colgando en la pared.

-Se que le gusta el té con...

-No tenemos mucho tiempo -dijo Valeria liberándose del embozo - yo tengo información que para Ud. es indispensable...

-...con esencia de bergamota -concluyó Yuriev.

-...y para mí es suficiente que responda y respalde una sola pregunta.

El ruso se acercó al samovar.

-Está equivocada -dijo -tenemos muchas horas por delante..., la nieve caída ha de congelarse pronto y no será posible, hasta el mediodía, transitar los caminos ni atravesar los puentes. Lo que yo tengo que hacerle escuchar le tomará unos minutos y lo que de Ud. quisiera obtener tampoco tomará mucho más tiempo.

-Si es así, empecemos.

Valeria se sacó su abrigo, apoyó su cartera sobre una mesa y la abrió. Yuriev no la miraba, preocupado de preparar el té. La joven sacó del interior una carpeta de tapas de cartón, similar en tamaño a las que guardan los oficios públicos y que son comunes en todas las oficinas de la corona. El profesor se acercó con una taza de té humeante y junto con el olor de la bergamota se desbordó por el cuarto la fría luminosidad de la luna que entraba por la ventana.

Valeria abrió el portafolios y Yuriev pudo admirar, entonces, la lámina de la aleación de azófar y las instrucciones en esa vieja lengua predecesora del latín.

Apenas le tembló la taza en la mano, pero Valeria se volvió, dejando a su espalda ese manuscrito, ocultándolo a la mirada de Yuriev.

-No soy tan experto en lenguas muertas -dijo Yuriev pasándole la taza.

-Ahora ya sabe lo que tengo -dijo Valeria.

-¿Mottlison...?

-Lo ignora...

-Ese rollo sólo contiene la clave.

-La clave para traducir la piedra, la piedra que lleva escrita la primera lengua que alguna vez se habló y que nunca más se ha hablado, clave que fue utilizada por el monje Milagro para escribir las notas de su biblia y el libro de Shemeber, biblia que Ud. conoce..., sólo me falta...

-...saber si en alguno de mis rodillos está almacenada esa lengua, lo que confirmaría que es la más antigua, quizás prehumana de la cual toda lengua humana debió derivar y por lo tanto lo escrito con ella debe dar verdadera razón de la historia primigenia ratificando la autenticidad de los escolios y las profecías anotadas por Aescenius Milagro.

-Sabemos el itinerario del viaje de Vulcus Galigo, el comerciante en tinturas al que el monje entregó la piedra y el manuscrito y también que la piedra habría sido devuelta al lugar, hoy ignorado, desde donde una familia de campesinos cretenses la habría desenterrado. Pero como no la tenemos, podemos hacer el camino de vuelta, empezando por sus sonidos...

-Una pregunta antes -Yuriev regresó al samovar y llenó una taza

de agua caliente -¿dónde tuvo acceso a la biblia apócrifa?

Valeria se sentó en una silla y tomó del té, amargo y caliente.

-Hace tres años el profesor Mottlison me envió a Alemania con el propósito de llevar a cabo un trabajo de investigación bibliográfica. Ese trabajo, me aconsejó, iba a servir para completar mi tesis al doctorado y a la vez obtener información importante para él, de la cual carecían los medios académicos de nuestro país. Buscando lo solicitado por él en la biblioteca municipal de Hannover me encontré con un ejemplar abandonado de la biblia de Milagro. No sé que me hizo interesarme en ella ni como se produjo el vínculo con mi especialidad, pero me pareció evidente que una forma de saber si la verdad estaba en el texto o en las notas era conocer su orden cronológico. Siempre me ha parecido que es más fácil tergiversar la verdad que inventarla. Después no fue difícil conocer la vida y parte de la trayectoria de Milagro...

Yuriev arrojó un puñado de yerbas a su taza.

-En Hannover hay otra de esas biblias...-dijo pensativo.

-¿Y la suya?, profesor -preguntó Valeria

-La mía es la primera escrita por Milagro, aquella que le entregó al señor de Oex y la que, con sobrada razón, se pensó que había sido destruída por los Literales. La historia es larga, pero no es imposible de resumir..., hubo una controversia, algunos de esos primeros miembros de esa organización secreta pensaban que era indispensable conservar el texto de Milagro, retenerlo como prueba de la iniquidad y a la vez testimonio de la maldad de los hombres. Otros, quizás la mayoría y usando el mismo argumento, alegaban que ese texto era una ofensa a Dios y que la mejor ofrenda era su

destrucción así como la destrucción de todas las biblias escritas por el monje maldito que había vulnerado la literalidad de la palabra divina. La controversia dio paso a posiciones inconciliables y a la primera división de la secta. Pero el grupo que abogaba por la custodia del libro huyó con él hacia el sur este, llegando incluso hasta los bosques a los pies de los Cárpatos, impidiendo que sus adversarios les dieran alcance. Estos pensaron que el invierno. Los lobos o las bandas de desertores cosacos iban a provocar el mismo efecto que sus espadas y los dejaron ir. No fue del modo como lo pensaron y por lo menos uno de los fugitivos fue capaz de vencer la cordillera y ya en Cernovcy, desesperado por el hambre y el poco abrigo, vendió por un buen precio la biblia. Quien la compró lo hizo no por su contenido, que no pensó que era diferente al de otras biblias, sino que por el rico becerro de su empaste. Yo la encontré, buscando versiones singulares y discrepantes de las escrituras sagradas, en una pila de libros arrumbada en lo que simulaba ser el nártex de la antigua basílica de Kiev hasta donde llegó por conductos que no conozco.

Valeria bebió su té y el profesor su infusión, durante un rato, en silencio. Cuando Yuriev hubo terminado subió de dos en dos los peldaños de la escalera hasta el altillo y regresó con el libro de Milagro, dos cilindros y un equipo como el que tenía en su laboratorio entre los brazos.

-De acuerdo -dijo -trabajemos...

Y se acomodaron junto a la mesa con el pergamino de metal bajo la luz de la lámpara de carburo y el cilindro de cera girando en el instrumento que le extraía la sonoridad. Lo primero que escuchó

Valeria fue una secuencia regular, sin duda reiterativa, de chillidos ininteligibles. A estos siguieron una serie, que también se repetía, de resonancias guturales, más estructuradas pero que sin embargo estaban lejos de cualquier sistematización sonora comprensible. A continuación venían sonidos más agudos en medio de los cuales era audible un reclamo articulado, ronco, que mejoraba, demostrando un esfuerzo vocal por parte de quien lo emitía. Después de una pausa la joven oyó algo cualitativamente nuevo. Parecía el balbuceo de un niño de un año y medio o dos años, tartamudeo entremezclado con el murmullo de dos consonantes continuas, sílabas de percepción muy distinta, pp-pp mm-mm. Este balbuceo se interrumpe de súbito y es reemplazado, casi sin intervalo, por una cadencia comparable, pero más áspera, producto de una garganta más tosca, más animal..., la cual repite las mismas sílabas avocálicas.

A estas alturas Yuriev separa la aguja del cilindro de cera y de un sorbo termina la infusión que se había enfriado. Se levanta y agrega tres o cuatro troncos gruesos al hogar. Valeria ha estado apuntando en un cuaderno de papel de hilo, donde ha acumulado una largas hileras de fonemas y conjunto de letras donde no hay una sola vocal.

-El primero -Yuriev apuntó con su dedo el instrumento acústico, corresponde a un mandril, el segundo a un orangután y las dos series del último a mi nieto Alosha cuando tenía menos de un año y a Mustia, una chimpancé adulta respectivamente. Todos los animales tenían el mismo entrenamiento, diez meses y Alosha, al momento del experimento, ninguno.

Yuriev cambió el rodillo y Valeria se acercó al pabellón por

donde brotaban los sonidos. Esta vez escuchó algunas palabras en ruso, idioma que apenas dominaba pero reconocía, en series diferentes, en las que la pronunciación se iba perfeccionando. Intercalados entre ellas, sin embargo, pudo identificar otros vocablos, rudos, que carecían del sonido vocal, y que no podían ser parte más que de una lengua que jamás imaginó escuchar.

Yuriev interrumpió la sesión.

-Es bueno que comamos algo -dijo.

-Y...¿estos...? -preguntó ansiosa Valeria.

Yuriev sonrió.

-Eso ya es protolenguaje, el lenguaje de los primeros hombres, el lenguaje de los niños, el de algunos grupos humanos trasplantados a sociedades de lengua de distinta configuración y origen...y la que puede enseñarse a ciertas especies de simios. X

-No tengo hambre -dijo Valeria.

-Su entusiasmo no me compromete -continuó Yuriev -porque aunque es cierto que durante un tiempo, en esto el profesor Volinov fue mi cómplice, quise llegar hasta el fondo del significado de los escritos de Milagro, ya hace tiempo abandoné el camino...y en ningún caso comparto su idea de que ellos, por ser copia de una inscripción tan antigua, y sólo por eso, deban constituir prueba de verdad o certidumbre. No es que quiera ponerme del lado de los Literales, siempre he estado en contra de los extremos, porque soy un convencido de que la verdad siempre se acomoda en el centro.

-Sigamos -pidió Valeria.

-Además -Yuriev no se sintió conmovido por la insistente curiosidad de la joven -lo que ya ha escuchado y lo que todavía

podría hacerle escuchar no corresponde a una lengua, pues carece de dos de sus atributos privativos, una estructura formal y la presencia de elementos intermedios de continuidad en las frases y sentencias. Lo que implica que proviene de seres que carecen de condiciones para elaborar un lenguaje y por lo tanto para redactar en forma oral o escrita un discurso o un relato..., como el que contiene supuestamente la piedra. En su búsqueda, doctora, Ud. se ha adelantado no menos de un millón de años...

El profesor Yuriev se levantó de la mesa y se dirigió a una rinconera. La abrió y sacó queso y jamón que dispuso sobre una tabla. Con ella volvió hasta donde estaba Valeria, que demacrada movía la cabeza.

-¿No va a continuar? -preguntó incrédula, fijando su mirada en un pesado cenicero de metal.

-No! -el científico ruso caminó dos pasos y se agachó, buscando en un pequeño depósito una botella de vino.

Yuriev no sintió el golpe. Cayó a un costado, el vino de la botella rota mezclándose con la sangre que le manaba de la herida en la cabeza.

Cuando la policía de fronteras y aduanas de Polonia dio el paso para que el tren continuara hacia Varsovia, la cacería recién comenzaba en Petrograd. Pero al principio nadie sospechó de la doctora Welb. Incluso el ayudante de Yuriev afirmó que él mismo, en la madrugada del crimen, había llevado a la joven doctora hasta su alojamiento en el hotel Savoia y que al regresar a la finca, a la

hora del almuerzo, se había encontrado con el cadáver del profesor. La casa había sido revuelta e iba a demorar un tiempo hacer el inventario para saber si algo había sido robado.

La biblia de Aescenius Milagro y los rodillos parlantes, por lo demás, entraban con facilidad en la gran cartera de Valeria. Pero eso no era fácil saberlo.

A su regreso Valeria renunció a su puesto junto a Mottlison en la Universidad de Londres y se encerró, sin dar razón, en la casa que ocupaba en Epsom. Visitaba ocasionalmente la biblioteca de la Facultad de Ciencias en la capital, pero no establecía contacto con nadie y nadie sabía en que ocupaba su tiempo.

-Con seguridad redacta un trabajo de su especialidad -decía Mottlison tratando de disculpar el repentino aislamiento de la joven doctora.

Disculpas que dejó de ofrecer cuando Valeria, al cabo de seis meses, se presentó en su despacho y le pasó el manuscrito en el que había estado trabajando solitariamente.

Mottlison no pudo detenerse en su lectura. Desde que abriera el documento, al fin de la jornada, tuvo la certeza que la niña había enloquecido. A medianoche, después de ratificar en sus propios libros y enciclopedias gran parte de su contenido, se levantó de su escritorio y se derrumbó en un sillón de cuero, en una esquina de su oficina. Una gruesa neblina velaba la ciudad y el profesor escuchaba, a intervalos irregulares, el ruido de los cascos de los caballos que arrastraban algún coche por las calles de adoquines.

El escrito comenzaba describiendo la forma en la que Valeria había dado muerte al Profesor Yuriev y las razones que la habían

obligado a ello. Razones que no estaban vinculadas solamente con el celo profesional o con la eventual intención del maestro ruso de reservarse, para sí, una información científica de interés para la humanidad. Ello, sin duda, no justificaba ni exculpaba la acción, pero quizás habría sido comprensible para Mottlison.

Mottlison no quiso continuar sin tomar un largo trago de malta escocesa, que si bien no le sirvió para tranquilizarse, sí le dio más ánimo para concluir la lectura.

Amanecía en Londres cuando Mottlison, casi con una botella de licor en el cuerpo, arrojó los papeles de Valeria al fuego de la chimenea.

En un momento en el transcurso de la historia de su organización, quizás a fines del siglo XVIII, los Literales se dieron cuenta que se enfrentaban a un fenómeno de multifocalidad en el origen de versiones heréticas de la biblia. Conocieron las lecturas de Becker gracias a un militante que había sido trasladado a Calcuta e incluso enviaron una expedición armada en busca del lugar y del hombre que, según el científico alemán, cantaba una biblia ajena a la que aceptaba Lutero.

Yuriev, en la bibliografía de su obra, mencionaba a Willian Jones y Valeria por extensión supuso que podría conocer a su discípulo, Becker. Era posible, por qué no, que el ruso supiera entonces donde quedaba el poblado aquél donde vivía el santón hindú que divulgaba relatos sagrados plagados de falsedades. Esa información también era vital para la doctora Welb.

"Dios quiera que sea la única copia", dijo en voz baja Mottlison, porque hubiera esperado cualquier cosa de la Welb menos que fuera una militante de una sociedad religiosa que refutaba -al extremo de condenar a muerte a los infractores -toda innovación científica que contradiciera los libros canónicos de la biblia septuaquinta, aquella de la cual derivaba la Vulgata o a las versiones inglesas de Wycliffite o de Tyndale. Había sido la audacia en sus proposiciones la que había transformado a Yuriev en víctima de los Literales de los cuales Valeria, se confesaba, fiel seguidora.

-Bonita personalidad la de la Valeria esa -me comentó Cristal en el camino al aeropuerto internacional de Pudahuel.

-Hummmm... -fue todo lo que dije.

Ram Ben José llegó ese martes, como había anunciado, en vuelo de United, con media hora de atraso.

No nos costó mucho reconocerlo, aunque tenía otra edad que la que yo imaginaba. Ram Ben Jose era un sesentón, grueso, con el pelo crespo, abundante y canoso en el que a duras penas y con un pinche, sujetaba el clásico gorrito de los judíos. Nos saludo con cierta ceremonia y se sorprendió mucho cuando lo invité a ahorrarse el hotel y quedarse en nuestra casa. Aceptó después de las habituales protestas de cortesía y agregó que, en todo caso, venía por tres días y dos noches.

Hablaba un correcto inglés, el de Cristal y el mío era suficiente, pero al tomar la carretera a la Capital le comenté que, a pesar de que íbamos a tomar parte de una investigación lingüística estábamos condenados a comunicarnos como los primeros inmigrantes que conoció el planeta.

-Con el pidgin y el creol -dijo Ram -aquellas lenguas engendradas por el éxodo y el destierro.

En el trayecto a la casa le fuimos mostrando la ciudad, los enormes cerros invisibles, el cielo gris y distante y le contamos lo que Santiago fue y podía otra vez ser si terminábamos con la contaminación. Ram escuchaba con atención y a veces y ladeando apenas la cabeza, miraba hacia atrás.

-No sería raro que nos siguieran -dijo Cristal -de hecho lo están haciendo desde hace varios días.

-A mi también -reconoció Ram -con exactitud desde que recibí tu primera carta.

-¿Los servicios secretos? -pregunté.

-El Mossad dejó de preocuparse de los pasos de Abraham y de Noé hace bastante tiempo....

-Eso no me tranquiliza -dijo Cristal.

-Vamos -dijo Ram -mirando ya sin precauciones por el vidrio trasero -los Literales ya no son peligrosos...

-Uno nunca puede saber cuando reaparecen los instintos sanguinarios.

Ram rió con ganas. Subíamos ya la pendiente, por Américo Vespucio.

-Valeria Welb fue la última víctima reconocida.

-¿Valeria Welb...? -Cristal apagó la radio del auto en que se escuchaba, distante, a Phil Collins.

Ram palmoteó el portadocumentos que llevaba sobre sus rodillas.

-Nadie después de ella, excepto yo y ahora Uds. ha conocido este rollo de metal..., los Literales objetaron la doctrina que enmarcaba todo el trabajo de la Welb, la copia que llevó a Mottlison no era la única, y quisieron abligarla a destruirlo. Entonces Valeria se dio cuenta que la razón, en ella, al fin y al cabo prevalecía y quiso recurrir a Mottlison. No alcanzó.

-La mataron! -se le escapó un grito a Cristal.

-Pero antes -Ram abrió la ventanilla -envió la copia que le quedaba y el cilindro con la clave a Mottlison. Le adjuntaba una

nota en la que le rogaba que no los destruyera, intuyendo los sentimientos del profesor, que no los divulgara si no lo creía conveniente, pero que en honor de la impredecibilidad de la ciencia y de sus avances, los custodiara para el futuro. Eso hizo el doctor Mottlison.

-Del archivo personal de un científico británico del siglo pasado a tus manos hay una buena distancia, en el tiempo y en el espacio -dije.

-Así es, pero tiene una explicación coherente. En 1951 se llevó a cabo una campaña mundial para rescatar para nuestras bibliotecas y museos todos los objetos que desde las ruinas de nuestros lugares históricos habían sido depredados por aventureros, arqueólogos y militares. De todas partes del mundo empezaron a llegar elementos de variada índole y mucha basura también. Yo tuve parte de la responsabilidad de clasificar todo aquello y descubrí el rollo en un envío que venía desde Londres. Después supe que correspondía a una donación hecha por la sucesión de un tal Geoffrey Mottlison. Al ir investigando lo que nos había pertenecido descubrimos que en esa delgada plancha de metal estaban escritas las instrucciones para descifrar una escritura de la que no teníamos conocimiento, pero no sólo eso...

-¿Hay algo más que la clave en ese papiro...?

-No es un papiro -corregí a Cristal.

Habíamos girado al oriente antes de llegar a la avenida Bilbao y estábamos dos minutos de la casa. ax

-Da lo mismo -dijo el viejo, contradiciendo mi rigurosidad.

Iba a insistir que no es lo mismo un papiro vegetal que una hoja

metálica, pero tuve que esquivar a un estúpido en una camioneta.

-No, no hay nada más -Ram le respondió a Cristal -en este manuscrito sólo están los códigos análogos para descifrar una escritura que reemplaza los fonemas vocálicos por sonidos musicales.

-O sea -afirmé cuneteando el auto en la vereda junto a la casa - lo sabremos casi todo.

Al abrir la puerta metálica que da al jardín delantero, pude ver la zapatilla negra del ladrón que brincaba por sobre el muro divisorios con la propiedad vecina.

-Nos robaron! -grité.

-La piedra -Ram saltó del auto.

Lo detuve con una mano.

-La piedra no -le dije palpando mi chaqueta a la altura del corazón -ya no confío en cajas fuertes.

Los Literales, quienes si no, habían alcanzado a registrar y dar vueltas mi escritorio en el primer piso. El resto de las habitaciones estaba intacta. Nunca sabré si se robaron algo, he acumulado tantos recuerdos -tanta cosa dice Cristal -que no tengo un inventario consciente de ellas. Y... ¿qué importancia puede tener un recuerdo o una cosa si no tengo consciencia de ello?

Después de superar una inadecuada tentación de continuar filosofando, y de revisar con detención el resto de la casa, acomodamos a Ram en un cuarto en el segundo piso.

-La policía no es buena en este tipo de asaltos -dijo Ram.

Cristal y yo nos miramos. No habíamos pensado en tamaña simpleza.

-Creo -sugirió Ram Ben Jose -que es mejor trabajar en otra parte, si es posible y si es posible retirarnos de aquí con una maniobra de distracción.

-¿El Mossad ya no tiene interés en...

Ram me interrumpió con la carcajada que se le iba haciendo habitual.

-Bueno -dijo cuando terminó de reír -un poco todavía.

Nadie nos siguió y el entrenamiento de Ram, por otra parte, era bueno. Dimos vuelta por Santiago una hora hasta que nuestro invitado nos autorizó para dirigirnos donde nos pareciera conveniente.

-Un lugar que no visiten con frecuencia -advirtió.

Nos detuvimos en una esquina con el motor en marcha, Cristal y yo esforzándonos por encontrar el sitio apropiado.

-Listo -dijo Cristal.

Y me sopló al oído su ocurrencia.

-Por si hubieran micrófonos direccionales.

Para que digo que Ram volvió a explotar con su risa que, aunque no era contagiosa nos transmitía -después nos enteraríamos que era una técnica -cierta seguridad en lo que estábamos haciendo.

1606.-

Vulcus Galigo se embarcó el 24 de diciembre de 1606 en el largo, intrincado y rentable viaje que debía culminar en el mismo puerto desde el que zarpaba, el puerto de Catania. Llevaba un encargo y un propósito. El encargo era devolver a sus dueños en la isla de Creta una bolsa de cuero cuyo contenido, estaba seguro, carecía de valor y el objetivo, regresar con el suficiente dinero como para establecerse en Sicilia. Y ambas cosas eran posibles. Creta era parte de su itinerario y además de rogarle que no lo olvidara, el monje renegado que le pidiera el servicio le había dado unas buenas monedas. En esos años hacer una pequeña fortuna como aspiraba Galigo no era difícil y con cierta dosis de temeridad y en el rubro de las tinturas, era casi seguro. Siempre y cuando no se vulneraran los preceptos que regulaban el imperio comercial de Giovanni Dell'Arca.

Las tinturas, por entonces de gran rentabilidad, ocupaban el primer lugar en la preocupación de Galigo. Ellas provenían de todas partes del mundo y su demanda, en cualquier puerto, siempre era superior a la oferta. Buscando y consiguiendo buenos precios de mercaderes que venían de Oriente y que exponían sus mercancía en los puertos de Asia Menor o del Líbano, o de los que llegaban en largas caravanas terrestres. O revolviendo las tiendas y los bazares en los pequeños mercados de las costas griegas o italianas

donde vendían sus productos los comerciantes que cruzaban, para el trueque y el comercio, las aguas del Adriático o del mar Jónico, Galigo pretendía formar su propia compañía sin chocar con los intereses del Califa del Color, como le gustaba a Giovanni Dell`Arca que lo apodaran.

Vulcus Galigo tenía la intención de acercarse también a España y Portugal para explorar ese mercado de tinturas que, ya se sabía, estaba alimentándose de sustancias de colores prodigiosos pero de precios todavía exorbitantes que eran extraídas de distintas fuentes en el Nuevo Mundo.

Esto, sin embargo, lo tenía considerado para una segunda etapa, de mayor independencia y prosperidad, pues aunque no sobrevaloraba el poder del "Califa", tampoco quería exponerse a sus seguras represalias de manera insensata.

En la etapa inicial de su viaje, Vulcus pensaba detenerse, antes que nada, en Crotone, donde residía Dell`Arca para presentarle sus respetos. El Califa no sólo permitía, sino que estimulaba a todos los que querían dedicarse al comercio, incluso al de las tinturas que era la especialidad que lo había hecho rico, pero para navegar por sus mares, pregonar en sus mercados o recorrer sus caminos había que pagar un tributo. Y Vulcus Galigo quería empezar sin problemas.

A Vulcus Galigo lo reibió con afecto. Era un hijo de Italia, como él, pero no lo benefició con ningún privilegio. Había que pagar una vez al año y por los colorantes, el doble.

De Crotone zarpó a Taranto, en la península Salentina, donde efectuó sus primeros contactos y las primeras promesas de compra

con un grupo de mercaderes chipriotas. De Taranto por tierra a Brindisi, donde empezó a ganar dinero al comprometerse a comprar, a una comunidad de buzos de Monopoli toda la recolección de murex de la futura temporada, en base a un mínimo y después vender ese mismo compromiso a un comerciante de Bari. Esa forma de hacer negocio era nueva y entusiasmaba a quienes la ofrecía. Esos hombres que exponían la vida para ganársela en un lugar para el cual no estaba diseñada, a veces no extraían ni un sólo molusco en la primavera. Quizás Vulcus Galigo pagaba menos, pero asumía el riesgo y les garantizaba el sustento para los malos inviernos.

Cinco meses demoró Galigo en decidirse a cruzar el estrecho de Otranto, así de buenas habían sido sus transacciones. Pero al fin, después de comprar un pequeño depósito cerca del puerto y establecer una sociedad con un joven que le pareció de confianza, partió rumbo al puerto de Pátrai, en el extremo norte del Peloponeso.

Aquí Vulcus Galigo estuvo casi un año, completamente olvidado de la promesa que le hiciera alguna vez a un monje. Recordaba con vaguedad su compromiso, aunque llevaba por costumbre el encargo en un bolsillo. Y no tanto por protegerlo, no ignoraba su escaso valor, sino para evitar que alguien lo viera con ello. Un juicio y un severo castigo le esperaba si lo sorprendían con alguna reliquia espúrea, con algún objeto de falso culto entregado por un hereje o peor, por un relapso. Y nada mejor que eso podía ser ese cura, si todavía estaba vivo, se reprochaba Vulcus arrepentido de haber aceptado dinero de él.

Pátrai era un enorme centro comercial, hasta donde llegaban

grandes caramuzales, ágiles lugres y pesados galeones de todas partes del mundo. Además a ese puerto convergían desde el centro de Europa caravanas de proveedores y comerciantes, financistas y buhoneros con sus productos, con oro o con dinero conocido o desconocido y se volcaban en los mercados y en las plazas para llevar a cabo los mejores negocios y más prósperos, pero también sometándose a la aventura y al peligro de las estafas, la falsificación y el contrabando.

Entonces una buena tarde de principios de Abril empezó a correr, desde las tabernas cercanas a los muelles, un rumor que venía del este. El príncipe Shuysky, que pronto iba a ser designado Zar de todas las Rusias había ofrecido una recompensa insuperable por una tintura capaz de teñir su manto de piel con un color que nunca nadie hubiera visto o imaginado. Quería que esa capa así teñida, hecha con la piel de una manada de lobos de las tundras siberianas fuera utilizada, hasta el fin de los tiempos, en la coronación de todos sus descendientes.

Pronto se supo, también, cuál sería la retribución para quien tuviera éxito en la prueba. Era, además de una suma importante en dinero corriente, la propiedad de un condado cerca de la frontera con el país búlgaro.

Pero a pesar de todo, en pocas horas ya no se volvió a hablar de aquello. Aunque existían ricas, exclusivas y costosas tinturas y aunque los tintoreros habían elevado el arte de la purificación y la mezcla de los colores a alturas sublimes, obteniendo con sus experimentos colores y matices inexistentes, en la naturaleza nada nuevo había, en ese entonces, para ofrecerle al futuro soberano de

Rusia.

No se iba a interesar por el carmín dorado obtenido de la piel del flamenco del Amazonas, ya lo usaba en sus guantes el Cardenal Borfel. Tampoco por el celedón iridiscente que secretaba la mariposa de las lluvias del Gabón, varias veces se había visto al turco Mel, invasor de Albania, con unas chinelas de ese color. Y quizás tampoco se iba a sentir atraído por la sepia blanca de la jibia albina, el pigmento más escaso de la tierra, pero tal vez el que moteaba la capa de armiño negro del rey de Inglaterra.

Pero Vulcus Galigo, el oído atento y la ambición despierta y con la pasión propia de los triunfadores, recorrió cada taberna toda hospedería y parador de Pátrai y pagó el vino en los ochenta y nueve prostíbulos del puerto rastreando la historia que habría de llevarlo al color que desvelaba a Basilio Shuysky.

Pero fue una mujer de ojos endrinos y la piel de canela, que acechaba por clientes en una dársena clandestina donde en ocasiones se permitía atracar barcos que venían de las islas embrujadas, donde los cerdos eran sagrados, pero crecía la alúfena, fuente inagotable del zafre vegetal, quien se la reveló.

Maruví se llamaba y dos dracmas le pidió por su amor. Galigo le dijo que andaba detrás de otra cosa, menos placentera y menos valiosa, por cuya información apropiada pagaría diez de esas monedas.

-Yo no la tengo, pero sí sé donde la puedes obtener -le dijo Maruví una vez que lo hubo escuchado.

Y le señaló un velero al final del muelle que casi naufragaba en la sombra y la neblina de esa noche de invierno. Allí, le dijo,

duerme un marinero que me juró que podía hacer desaparecer el mundo, porque conocía una sustancia que devoraba los colores y volvía las cosas invisibles.

Vulcus Galigo sacó diez monedas de su escarcela y con ellas en su mano tomó la mano de la niña.

-Vamos -le dijo.

-¿Es que no me crees? -preguntó Maruví.

-Te creo, por eso quiero que vengas conmigo y compartas mi buena fortuna.

El tripulante dormía, borracho, encima de un montón de garcias en la cubierta del barco. Vulcus lo despertó con un puntapié en las costillas, en el mismo lugar donde a continuación lo rasguñó con la punta de su cuchillo y le arrojó las monedas encima.

-Trátalos mal y hablarán bien, así enseña Dell'Arca -dijo Galigo al sentir que Maruví empezaba a temblar.

El hombre abrió los ojos, confuso, y empezó a hablar en un idioma que Vulcus no conocía.

-Quiero ese color que no tiene color -le pidió moviendo la hoja del puñal.

El marino miró a Maruví y sus ojos se llenaron de odio, pero no se movió. Ella se apretó a Galigo.

El hombre balbuceó una jerga ruda y Vulcus empujó con la uña el filo. Entonces Maruví asomó la cabeza por detrás de Galigo y le habló en la misma lengua.

El hombre respondió y Vulcus, comprendiendo que ya había develado el secreto, aflojó la fuerza de la puñalada.

-Dile que le sacaré el hígado y se lo daré a los cerdos que

idolatra si repite lo que te ha dicho a otro cristiano.

Maruví musitó la advertencia y el hombre humilló la cabeza. Vulcus, sin darle la espalda y sin envainar el cuchillo bajó al puerto con la niña todavía de la mano.

Esa noche durmió con ella y conoció el enigma de ese fluído

que hacía inaparente las cosas. Supo también que era el humor de advertencia que secretaba un molusco diminuto antes de atacar. Era en extremo venenoso y vivía en los abismos aledaños a las costas de una isla inexplorada del sur del continente recién descubierto por los portugueses. Y también le dijo que algunos ejemplares de aquél animal se reproducían en un estanque de agua salada en la villa campestre del gobernador de Barletta, en las orillas del Adriático.

Vulcus Galigo ya no quiso separarse de Maruví, pero la precavio acerca de sus intenciones. Resolvió retardar su viaje de comercio para dedicarse por completo a la búsqueda de esos bivalvos que lo harían rico y para esos efectos cerró la bodega que le servía de depósito en el puerto griego y buscó una saica veloz que lo llevara de vuelta a Italia.

Desembarcó en Trani después de una navegación demorada por una calma de siete días y con su talega al hombro y Maruví aún aferrada a su mano pidió cama en una posada en la salida del camino a Barletta.

A medianoche Vulcus Galigo tuvo sed y sin despertar a la niña bajó hasta el patio para subir agua del pozo. Entoces vio el fognazo y escuchó el estruendo.

Vulcus Galigo despertó en los brazos de Maruví, sobre la mesa del comedor de la posada donde dormían. Tenía una almohada bajo la cabeza y la camisa maloliente por la pólvora y la mecha.

Ella y los dos ancianos dueños del mesón se retiraron, asustados, al ver que se recuperaba.

Vulcus supo que le habían disparado con un mosquete al examinar

la mordida que la bala había dejado en la lámina de azófar que, una vez, le entregara Aescenius Milagro. Tranquilizó a su compañera y a los dos viejos que le habían dado posada mostrando el escudo en el que había resbalado el proyectil y que le había salvado la vida. Y sabiendo que mentía les dijo que había olido al borracho que, asustado en la oscuridad, disparó. Pero no esperó a que clareara. Pagó la pensión y sin darle explicaciones arrastró a Maruví al gran puerto de Bari. En las primeras horas de la mañana estaban a bordo de un gran bajel que zarpaba a Creta llevando vino, cereales y ovejas.

-Tengo una deuda y me la han cobrado -le dijo a Maruví cuando vio alejarse la tierra, tocándose la piel encima del corazón, todavía adolorida.

Dos meses recorrieron Creta hasta que encontraron el sitio y la familia indicada por el monje. Vulcus Galigo entregó la piedra y exigió y fue testigo de su enterramiento, pero retuvo el rollo. Como testimonio de fé y reconocimiento y creyendo que así lo pagaba, fue muy generoso con los campesinos y después de rezar, recogido, en la capilla en la que oficiara Aescenius, regresó al puerto de Iráklion y rentó el velero más rápido que había al paio.

Con la precaución de un hombre que se sabe vigilado Vulcus se acercó al gobernador de Barletta por la vía oficial. Tres días tuvo que esperar para que le dieran la audiencia solicitada. No se atrevía a salir de la comfortable pieza que habían tomado en una casa frente a la plaza del pueblo mientras se alimentaba con la aceitunas, el pan y el aceite que Maruví compraba y le llevaba a la

habitación.

La tarde en que lo recibió el gobernador, Vulcus Galigo se vistió y vistió a Maruví con ricas sedas y damascos que había adquirido la víspera.

Carlo Filagato, como se llamaba el amo de la región, los esperaba en el salón de las audiencias de edificio consistorial. Desde el primer momento sólo le prestó atención a la taciturna Maruví y sólo cuando escuchó a Vulcus hablar de una especie de buccino que secretaba un suero incoloro, largó una risa nerviosa.

-No hay color más hermoso que el de la piel de esta mujer -le dijo, sabiendo que al no ser su esposa, no lo ofendía.

Galigo tampoco reaccionó y mantuvo el entusiasmo en su discurso, extendiéndose sobre la virtudes de ciertos colorantes cálidos que permitía a los soldados, que lo llevaban impregnado en el velmezo, luchar en las nieves eternas de Finlandia, u otros pigmentos fríos, que evitaban la sed y protegían del calor a quienes tenían que enfrentarse a los feroces jinetes de dromedarios en las entrañas de los desiertos africanos.

Filagato, indiferente a las palabras de su huésped se había acercado a Maruví y caminaba alrededor de ella, las narices bien abiertas, hechizado por la pureza del color que iluminaba su piel.

-Quiero que se queden conmigo esta noche -dijo el poderoso señor.

Vulcus Galigo inclinó la cabeza, aceptando.

-Y al oscurecer admiraremos nuestras obsesiones.

Los invitados fueron conducidos a dos espléndidas habitaciones

comunicadas entre sí por un dédalo de cortinas y encajes.

-No temas -le dijo Vulcus a la chiquilla -todo saldrá bien.

De común acuerdo no probaron alimento ni bebida alguna y cuando el cielo se puso gris y una guardia armada preguntó por él en el vestíbulo de los aposentos, se despidieron tocándose, apenas, las yemas de los dedos.

Después de recorrer el gran palacio y en medio de la penumbra de un patio flanqueado por columnas corintias, Vulcus descubrió un estanque de aguas azules y quietas. El jefe de la guardia del gobernador lo invitó a caminar por un sendero de mosaicos de porcelana que llegaba hasta el borde. Confiado, el comerciante en tinturas obedeció.

La piscina estaba tapizada con azulejos celestes, de distintas tonalidades que, sin duda, simulaban el mar de donde esas creaturas habían sido capturadas. Vulcus las vio en el fondo, hacinadas en un rincón, una o dos docenas de bivalvos de conchas simétricas y ennegrecidas, inmóviles, se diría que velando.

El contorno del depósito de agua era de baja altura y por encima de él se asomó Vulcus Galigo para observar mejor esos moluscos.

-Ahora verás como atacan -dijo el jefe de la guardia introduciendo su lanza al agua y aproximando su punta metálica hacia los animales.

Nada sucedió al principio, pero de repente Vulcus vio como uno de ellos, con vertiginosa velocidad se arrojaba contra la moharra y se adhería a ella con su manto, atenazándola con las valvas, inyectándole su veneno.

-Ese mordisco mata en tres segundos -dijo el centurión riendo a carcajadas -mirando a Vulcus que comprobaba como el resto de los bichos se iban traslumbrando hasta desaparecer, envueltos en una linfa transparente que se confundía con el agua. Un minuto después el fondo del vivero se veía vacío.

El centinela sacó la lanza del agua.

-¿Cómo pueden transportarlos sin correr el riesgo de su veneno?

-preguntó Vulcus.

El hombre armado bajó la lanza a la altura de sus rodillas.

-Se recogen en una red de estambre y se envuelven en un pañuelo de conchal que siempre debe mantenerse embebido en salmuera

Y antes que Vulcus pudiera hacer otro comentario, el oficial de la guardia hincó con fuerza el asta de la lanza entre sus piernas y así de envarado le dio un incontenible empujón contra la piscina. Pero Galigo era un avezado navegante, con músculos que habían resistido, de pie y sobre la cubierta más de una tormenta en las Ciclopes pudo absorber incólume la zancadilla de su enemigo. Luego y casi sin gran esfuerzo lo agarró del cinturón y lo arrojó al agua.

El cadáver del guardia, rígido e intoxicado subió a la superficie de inmediato. Apenas un leve remolino en el agua denunciaba la existencia de otros seres vivos en la hondura.

Vulcus Galigo miró en busca de los aparejos para levantar esos animales y vio a los otros hombres que huían, quizás en busca de ayuda.

Finalmente los encontró colgados de un gancho, detrás de una

pilastra y con ellos en la mano corrió hacia el estanque.

Los vivalvos, saciados por la víctima cobrada, empezaban a reaparecer en el fondo. Vulcus no vaciló y en dos minutos tenía ya en su poder a tres o cuatro de los más grandes. Otra vez envueltos en su manto de inapariencia que ante el peligro destilaban, no le fue posible a Galigo contarlos de inmediato. Simplemente voló a rescatar a Maruví.

La encontró en la antesala del gobernador, ya con el llanto vivo por el embuste de su muerte causada por la ponzoña de los moluscos cuya transparencia lo obsesionaba.

Vulcus no encontró resistencia y reventó el corazón al salaz gobernador con un golpe de su daga. Acertó con el camino de salida y ya en los jardines que rodeaban el palacio montó en un caballo y con Maruví sentada en la grupa, se marchó para siempre.

Se dice que Vulcus Galigo llegó a tiempo a la ceremonia de coronación en Rusia y que el producto que llevaba fue suficiente para teñir la capa del Zar. También, que el monarca lo recompensó con lo prometido y que tanto él como la hermosa Maruví se establecieron en esas tierras y tuvieron dos hijos. Cuenta la leyenda que de año en año y por muchos lustros, una pandilla de bandoleros italianos sobrepasaba la guarnición del Zar y asolaba la región. Entonces Galigo, Maruví y sus dos hijos se internaban por la breve alameda por la que se llegaba a la casa y desaparecían hasta que los bandidos eran expulsados más allá de las fronteras.

1989.-

-De este modo -dijo Ram -el rollo con la clave, del que Vulcus Galigo jamás se desprendía, llegó a la madrecita Rusia..., ¿y a las manos de Valeria Welb?, creo que nunca sabremos cómo.

Nos habíamos detenido, finalmente, frente a la consulta de Cristal donde habíamos resuelto ponernos a descifrar la piedra y la carta que me habían tirado los Literales por debajo de la puerta. No se nos ocurrió y posiblemente no teníamos otro más seguro o menos frecuentado. Ram consideró la situación y aceptó.

El sitio, por lo demás, era ideal. Bien iluminado, café y teléfono, era un departamento tranquilo en un barrio bastante concurrido.

Pusimos suficiente papel blanco sobre la mesa, la piedra y la

biblia de Aescenius Milagro que me pertenecía, una lupa de gran aumento y una serie de libros que venían en el equipaje de Ram. Extendimos la placa grabada con la clave en un bastidor y empezamos con la primera palabra.

A las once de la noche escuchamos la sirena de una ambulancia cercana lo que nos hizo detenernos. Habíamos avanzado en forma considerable, pero aún no contextualizábamos lo traducido. Por eso, quizás, todavía nos reíamos. A las once y media se nos estaba terminando el café y Cristal decidió ir por más. A las doce de la noche aún no regresaba y Ram y yo habíamos vertido al inglés la mitad de lo escrito en la piedra. En pocas palabras, era el Génesis con las modificaciones que ya conocíamos a través las notas al mismo libro de la biblia de Milagro.

Lo novedoso venía inmediatamente después del episodio del arca de Babel. Terminaban los relatos bíblicos y era posible reconocer un título: "De las palabras premonitoras de Shemeber", según descifró Ram haciendo uso de la clave alfabética y gramática de rollo de cobre.

-Shemeber... -dije -¿quién sería Shemeber...? -me pregunté con mis ojos clavados en los ojos preocupados de Ram.

Era la una de la madrugada, hacía no menos dos horas que Cristal había salido a comprar café y aún no regresaba.

-2697.-

*me enseñó un aficionado del fútbol
¡ porque no se iba a dar me enseñó de
cómo jugar por te hata hata?*

-Tutub..., Diválá..., Tutub...,

Los hombres y mujeres que seguían al que recitaba iban saliendo de la ciudad, salían por las lumbreras de sus casas sin puertas e iban detrás del sacerdote y del condenado. Pasaban de una azotea a otra, evitando el tragaluz de la que no era propia, subiendo y bajando por las escaleras de madera que las comunicaban, acercándose a los muros exteriores del elevado templo oval. Tutub era una ciudad sin calles, sin plazas y sin puertas, así la construían entonces los hombres para defenderla mejor.

Algunas hilas de humo arrancaban hacia el cielo incoloro, subían desde los hogares que permanecían encendidos o desde los altares donde los oficiantes aún se lamentaban.

Un hombre de la ciudad había escrito, en un disco sagrado, lo que Había Sido. Pero estaba prohibido escribir lo que Había Sido y por eso el hombre fue condenado a muerte.

Toda la ciudad se había volcado a presenciar la ejecución en el patio del pabellón oval. Y no sólo la ciudad, también los campesinos, los comerciantes, los viajeros y los peregrinos de otras tierras eran convocados a ser testigos de la muerte de un

hombre instruído, pero que había violado la ley.

-Tutub..., Tutub..., gemía el oficiante que caminaba junto al hombre atado con correas de cuero, el que llevaba también sus espaldas y sus hombros mortificados por el peso de grandes piedras.

Era un anciano huesudo, de piel reseca, atezada por el polvo negro del desierto de Sumeria. Colgados a su cuello por dos jirones de piel de cabra llevaba los dos discos de vidrio con las inscripciones que lo habían hecho merecedor del terrible castigo. El viejo caminaba con dificultad por el talmud que subía a la colina donde se abría el pórtico del templo oval que dominaba la ciudad y ya a la guarnición del templo se le hacía difícil contener a la multitud.

Un hombre joven observaba. Cinco semanas había navegado desde su patria y otras cuatro había seguido a una caravana de camellos y mulas por las dunas y el pedregal para alcanzar hasta Tutub. Pero no había osado preguntar por el sabio cuyo nombre se escuchaba en Tarxien, la ciudad donde había nacido. Porque desde un comienzo tuvo la certidumbre que el hombre que había venido a buscar para conocer de sus enseñanzas caminaba, inexorable, rumbo a la muerte.

Tutub era un asentamiento de casas bajas y chatas, hechas de una pasta de agua, arcilla y paja. Sus cimientos escuálidos revelaban que era una villa de necesidad, transitoria, que se defendía de nómades y depredadores con la carencia de puertas por donde ellos pudieran penetrarla. Sus moradores se comunicaban transitando por los techos planos, ingresando directamente a las habitaciones por ventanas de tamaño y forma irregular. Los tabiques de barro de las

construcciones exteriores, algo más gruesos, eran a la vez las murallas de la ciudad. El templo oval, tan frágil y provisional como el conjunto de viviendas, tenía la particularidad de estar en la cima de un cerro de cuarenta pies y poder dominar, desde un cubo de madera al centro y que desempeñaba las veces de una torre de madera, el páramo circundante.

Sus habitantes hablaban una lengua áspera, en la que el sonido musical de las vocales parecía estar ausente. Sin embargo eran capaces de escribir esos sonidos. En verano, cuando el calor del sol licuaba la superficie de los discos de vidrio que las mujeres recogían en las inmediaciones del volcán Sonaor, podían grabar en ellos con la ayuda de estiletes del hueso de la pierna del carnero. Registraban con su complicada caligrafía la cantidad del grano obtenido de sus siempre insuficientes cosechas, el tributo que pagaban algunas de las tribus que vagaban por las inmediaciones por el agua que extraían de los pozos de Tutub y tal vez la ruta seguida por algunos dignatarios que codiciaban el comercio con comarcas vecinas.

Pero quien tuviera el atrevimiento de documentar y por tanto remover la historia de los Otros, como los habitantes de Sumer se referían a los antepasados, cometía un crimen de deshonor a la memoria perfecta y porque perfecta, quieta de los muertos.

Ar que tenía poco más de veinte años se sacudió el pelo que en una larga trenza llevaba enroscada sobre la cabeza. En la isla desde donde venía, las casas y los templos estaban contruídos con piedras enormes, sobre subterráneos y túneles interminables

labrados en la roca viva, a los que se podía entrar, pero de los que era inútil tratar de salir, invulnerables laberintos que guardaban los secretos de su pueblo. Y la lengua con la que se saludaban todas las mañanas era tan armoniosa que con ella se podía cantar. Le costaba comprender que en ese lugar desolado y caluroso viviera un hombre con conocimientos mayores que los que tenían los ancianos de su tierra.

Pero acompañó el cortejo del condenado porque le habían dicho que antes de morir tenía el derecho de hablar.

El hombre fue liberado de sus ataduras y del peso de las piedras con las que había tenido que ascender al monte y estaba de pie, de espaldas al pueblo, sus brazos rígidos y sus manos apoyadas en la losa que cubría un altar de tierra.

Un olor nauseabundo recibió a Ar cuando se acercó al lugar del sacrificio. El condenado también lo percibía porque de repente perdía el sostén para llevarse, un segundo, el dorso de la mano a la nariz. Era el inconfundible olor de la sangre, que Ar antes oliera cuando salía a cazar en los bosques de su isla o cuando la comunidad destazaba un cerdo o un buey para las ceremonias primaverales. Pero este era diferente, era el mismo y no lo era. Las vísceras amarillentas que se apergaminaban en los rincones de la altura, donde esperaba el que pudo ser su maestro, no eran de cabra ni de oveja.

Entonces vio que el hombre se volvía, sacaba por encima de su cabeza los discos de vidrio que llevaba colgando del cuello, los miró intensamente y con una voz potente y clara empezó a leer.

Ar estaba preparado, porque con un estilete de madera de cedro empezó a llenar sus tablillas de barro húmedo con una escritura semejante a la que leía el convicto.

Cuando hubo terminado el hombre entregó al oficiante los discos transparentes. Este a su vez los dejó sobre la piedra del altar y bajó, con lentitud, los escalones.

El verdugo estaba desnudo. En su mano derecha empuñaba un cuchillo de pedernal. No miró al condenado cuando con dos golpes violentos y certeros desruyó los discos de cristal.

Ar ya había guardado sus tabletas y había iniciado el camino de regreso. El aullido de la muchedumbre lo hizo saber que el tormento había comenzado.

Ar se apresuró a abandonar Tutub. No ignoraba que si alguien lo había visto copiar lo que había copiado y lo delataba como depositario de las iniquidades del ajusticiado, también recorrería el camino sin regreso que llevaba hasta la cumbre del templo oval.

Ar hizo una marcha forzada toda la primera noche, siguiendo la ruta al sur según lo guiaban las estrellas conocidas. Con el primer sol de la mañana extendió las treinta y seis tablillas en la arena para que se secaran. Y antes del mediodía, después de estrujar el agua de la bolsa en un pellejo, se internó por el desierto desafiando el calor y la soledad.

Al amanecer del segundo día de su huída se dio cuenta que estaba perdido. Tenía que encontrar pronto el cauce de un río, no porque necesitara de su agua, sino de su curso para llegar al mar.

Caminó bajo el sol inmisericorde y sólo bebió el agua

indispensable para mantener sus labios húmedos. Cuando aparecieron las primeras estrellas Ar puso en duda cualquier razonable posibilidad de sobrevivir y retornar y decidió reproducir en un documento más duradero que el barro lo que había oído de boca del profeta de Tutub.

Se detuvo un momento a descansar en una depresión del desierto que a la luz de Hal, como nombraban en su pueblo a la estrella más pura del firmamento, reconoció como el lecho seco de un arroyo. Cuando cayó la noche exprimió la última gota de agua del pellejo y se acostó a descansar. Entonces vio como un destello del astro luminoso se depositaba en una piedra, en el fondo de la quebrada, casi al alcance de su mano.

Tomó la piedra que tenía el ancho de su mano y que aún resplandecía con un reflejo verde y palpó con sus dedos su superficie pareja y bruñida. Probó con el mismo estilete con el que escribía en el barro y notó que las marcas que hacía en su superficie se volvían, de pronto, indelebles. Trabajó toda la noche, hasta que el sol de las primeras horas le recordó que el agua se había agotado. Con la delicada trama de la escritura que aprendiera en las cámaras subterráneas del templo de Hagar Qim y que desplazaba en un desconcertante trazado helicoidal, había copiado en la piedra lo que había escrito en las tablillas.

El sol no terminaba de ascender en el cielo cuando Ar, exhausto, perdió los sentidos.

Despertó, moribundo, en brazos de un extraño. Había pasado mucho tiempo, varios días quizás, porque sentía su cuerpo reventado,

empapado por el suero de sus llagas, quemado por el impasible sol de Babilonia.

"Esta piedra pertenece al más profundo de mis laberintos...", dijo al hombre junto al cual moría.

El viajero no alcanzó a aliviarlo con el agua que llevaba. Lo amortajó en la larga cabellera que envolvía su cabeza, separó la piedra de su mano y lo enterró sin dejar más señas que las innumerables piedras del río.

Después prosiguió una ruta conocida eludiendo el desierto y sus peligros y alcanzó el puerto de Sidón. Allí vendió las tablillas de barro que encontró desparramadas cerca del hombre muerto y con lo que obtuvo por ellas pagó un pasaje y se embarcó buscando la isla donde debía depositar la piedra, tal como se había comprometido con el moribundo.

-1989.-

-Que era la isla de Creta, porque Ar era originario de la isla de Malta cuyas construcciones megalíticas estaban edificadas sobre unos enormes laberintos subterráneos, el más grande de ellos descubierto por David Trump y conocido como el Hipogeo de Saflieni, quizás no menor en tamaño al de Knossos -dijo Ram. Knossos

En ese preciso instante se abrió la puerta y apareció Cristal.

-Casi llegué a la Estación Central -dijo mostrando un tarro de Boncafé.

-¿Trump...? -pregunté.

-David, dije..., no Donald el...

-El magnate que se separó recién de Ivana -completó Cristal.

-Tiene cierta inclinación por el fausto y las joyas -dije justificándola.

-El hombre no podía negarse a cumplir la última voluntad de un desgraciado que muere fuera de su patria -continuó Ram -pero el pueblo constructor de laberintos, todo el mundo lo sabía en el Mediterráneo, era el cretense. Con seguridad ignoraba que los malteses también los diseñaban y construían, pero en definitiva se equivocó y entregó la piedra a los sacerdotes de Knossos. Ellos, después, la sepultaron en las profundidades del Laberinto.

Cristal calentó agua y sirvió tres tazas de café hirviendo. Dejó una de ellas junto a Ram Ben Jose que examinaba, a través de la lupa, la escritura helicoidal de la piedra y la confrontaba con el papel que habíamos estado llenando con la traducción al inglés.

En su opinión correspondía a las notas de la biblia de Aescenius Milagro que conocíamos, pero propuso leer lo obtenido en voz alta mientras con Cristal revisábamos los escolios. Se trataba de pesquisar las diferencias. En caso que las hubiera.

No las había. El desciframiento que Milagro había hecho de la piedra, sirviéndose de la clave, correspondía con significativa fidelidad, si no considerábamos los nombres, a la que esa tarde habíamos hecho nosotros con el mismo método: el monje sólo le había agregado las vocales y a su vez había omitido las notas musicales que estaban escritas al margen, cada cinco líneas. Ellas le daban la necesaria musicalidad a esta lengua.

"N'tncss Mnukhh d'jo Vsertm:
p'ndré term'n l 'li'nto d t'd' 'li'nto,
's d' dstr'cci'n sobre m t'rra...,
'l'va c'lo d Tybbjl n t'rrr d p'dr,
'sentr's cn b'rr y b'rr,
m'dirá a' m'd' Thoplmm
y 'nch' d'b'rá sr.
'l 'g'a d'jar' cr, pr'm'ro sbr' Ttbttb,
crn pr' dstru'r la c'rn'...

'n la t'rrr te c'bijr's jnt' a Possbnl
y ls hjo's q cn e' t'n's.
Y 'ntrrán c'ntgo ' Mi ds'gn''o
t'ds ls best's, l Amnnurt y l Jiddft,
cn ss h'mbras cm' td's ls d'm's.
Y n t d'jar's s'duc'r n' cmpdec'r,
'l gr'n Kloqatn t p'dir' 'sil',
s' s' l ds l' t'rrr na'frgrá...
Y ll'gar'n dsd' El ls ag's,
Mnukhe h'zo ll'ver,
y s dsbordr'n tds ls m'res
y ls m'ntes dsp'r'ci'ron
y sl h'bo ag'
y Vsertm obd'ció y ls ag's cay'r'n
y sbi'ron pr c'ar'nta ffgasd y
c'ar'nta hgffrt.
H'sta a' Vsertm reci'bi' un' s'ñl
y 'bri' l p'rta d l to'rrr
d'sde d'nde hzo v'l'r n' p'lom',
l pr'mer' o r'gr'só,
l s'gund' tr'jo l pr'ba y Vsertm b'jó,
l ag's h'bí'n b'jado
y as' l s'gu'ó l f'mil'a y ls 'nim'les,
y s v'lv'ó a p'bl'r l t'rrr,
q' ss p'cad's Me h'b'a p'g'do...

Y ls h'mbr's d Tyynad d'buji'ron n l 'rena n n've
p'ra c'nstru'r n s'mejant',
q' ls ll'var' ls c'nf'nes d'nde h'bita Fnoplmk,
d'nde El 'n'ciar' l cr'aci'n dl 'rd'n,
d'nde Habita.
Cn m'der's d Tggyp1 y d Bsthbn-Kkopln y 'tr's m'der's
'rmar'n l c'sco s'bre l qu'lla,
d 'gu'l f'rma ls tr's part's,
n m'r hab'n v'sto.
'ombres y m'jers Tyynad hbl'ban lng'a,
y av'nzab'n r'pido l c'nstrucc'n.
Fnoplmk bj' vr c'udad
y d'scubr'ó 'rca l h'mbres qu'r'n acrc'rsel'.
H 'quí pos'n m'sma lng'a,
y f'rman m'smo p'blo,
pues He d d'ten'rl's.
Y Gh s quedó l c'dad y c'nfund'ó lng'a l h'mbres,
y n s p'd'ron 'ntend'r 'llos
y 'bandn'ron c'nstrucc'n 'rc'.
D'spués El d'sp'rsó s'bre t'rrr,
c'mo disp'rs' ss lng'as...

El pentagrama con la "melodía" completa la transcribimos en otro papel para solicitar, sin comprometerlo, la contribución de un

musicólogo. Sabíamos que eso era esencial para darle un verdadero sentido al texto final.

-47.-

Lavinus admiró otra vez su cuerpo desnudo y se envolvió en la túnica que le regalara su amigo, Tardecio. Habían pasado la noche juntos y Lavinus se había prometido retribuirle la exquisita toga y el placer con un obsequio aún mejor.

Aún entrada la madrugada dudaba que Tardecio, el joven y brillante intelectual, admirado en toda Roma se le entregara. Y cuando aquél le pidió un minuto de ausencia pensó que ya no volvería. Un Senador, con la autoridad y la influencia de Lavinius y quizás por ellas, no intentaría seducir a nadie por la fuerza.

Por eso su sorpresa fue tan grata al ver a Tardecio de regreso, casi de inmediato, con ese magnífico regalo, prueba además de su sumisión.

Reclinado en un diván, frente a bandejas llenas de frutas, Tardecio se dejaba servir aquél vino fresco y suave que se obtenía de las vides de hojas negras que crecían en las alturas de Tiros.

Miraba a Lavinius, Senador y General y no se lamentaba de disfrutar la misión que le habían encomendado. Lavinius era un hombre fuerte, hermoso y rico del que, estaba seguro, obtendría mucho más que lo que buscaba. Para ello sólo tenía que cumplir su compromiso y apartar de su vida y para siempre a la secta judía que se lo había exigido.

Tardecio era hijo de un soldado romano y de una madre judía. Y aunque nadie ignoraba el origen de su sangre, el brillo de su verbo y oratoria, su vasto conocimiento que en sus estudios había adquirido de la historia, la filosofía y la literatura y la frecuencia con que hombres como Aemilius Lepidus o el viejo Cicerón lo convocaban para solicitarle una traducción o un consejo, provocaba el olvido de su cuna.

Porque un grupo de conjurados, recordándole su sangre hebrea, lo conminó por una sola vez a ser leal con sus antepasados. Le

prometieron que nunca más sabría de ellos, no importando cuán encumbrado en la administración romana estuviera.

Era indispensable -le dijeron -recuperar unas tablillas de barro plagadas de inscripciones infamantes y peligrosas y que eran parte del botín que las legiones romanas habían obtenido en la ocupación del puerto fenicio de Sidón.

Estaban en conocimiento que el Senador Lavinuis y por especial recomendación, había adquirido ese tesoro. Tenían conocimiento de la debilidad de aquél hombre de Estado por la cultura y en especial por algunos intelectuales entre los que se destacaba Tardecio el Judío...

Elil-nadin, como se llamaba el jefe abrió su mano y mostró a Tardecio una tableta de arcilla.

-Si quieres que nadie te recuerde con ese nombre, tienes derecho a intentarlo. Para ello debes recuperar para nosotros y para el que ya habrá dejado de ser tu pueblo, las doce tablillas restantes y que están en poder de Lavinius Exiguus.

Tardecio miraba a Lavinius que se paseaba sin hacer ruido sobre el piso de mármol del salón.

-Gracias a Pompeyo poseo parte de la hacienda de Sidón -le dijo, quizás adivinando el deseo de Tardecio.

-No soy un hombre rico, ni quiero serlo -le respondió Tardecio con franqueza.

-Es cierto que hay oro, marfil y perlas en los cofres de Sidón, pero...

Tardecio bebió otra copa aun de ese vino aromático y se puso de

pie.

-En todo caso -dijo arreglando su cabello -no quisiera dejar de admirarlo y admirar así el poder de tus centuriones.

Lavinus tomó del brazo a Tardecio. Estaba embrujado de la inteligencia de ese muchacho, de su delicada forma de expresarse, envidiaba su oratoria en el foro y empezaba a odiar a los jóvenes que lo seguían.

Bajaron a los subterráneos de la quinta de Lavinus y entraron a los aposentos, bien iluminados, donde el Senador guardaba algunas de sus riquezas. Tardecio no se conmovió a la vista de tanto lucro. Pero sus ojos expertos reconocieron las arcas fenicias y por la proximidad de ellas con la puerta, dedujo que eran las de Sidón. Simulando un distraído interés fue introduciendo las manos entre las joyas, hasta que sus dedos distinguieron el oro del barro.

Le brillaban los ojos a Tardecio cuando le mostró la primera tablilla a Lavinus.

-La quiero -le dijo, vehemente.

Lavinus hizo vaciar las cajas y entregó, en el acto, las treinta y seis tablillas a Tardecio. De estas, veintinueve estaban intactas.

-Aquí debe estar escrita la crónica de Sidón -dijo Tardecio bajando los ojos.

-Quiero que te mudes a mi casa -le pidió Lavinus.

Tardecio lo miró y sonrió. En una bolsa de lino guardó los documentos más antiguos que jamás hombre alguno conociera, documentos que incluían el singular texto que discrepaba con la

Septuaginta, la sagrada escritura vertida al griego desde el hebreo antiguo y en cuya traducción habían coincidido, por separado, setenta y dos sabios de Jerusalem.

Después de la siesta, Tardecio prolongó su cátedra casi hasta el oscurecer y después de aconsejar personalmente a cada uno de sus veintisiete alumnos se dirigió a uno de los mejores baños públicos de Roma. Allí aguardaría la hora en la que tenía la cita con Elil-nadin.

Media hora antes se despidió del administrador y le recomendó renovar las piedras volcánicas pues no estaban bien calientes las caldas y sin compañía bajó a las sucias callejuelas del oeste romano.

El hebreo lo esperaba en la penumbra de una galería, alimentando con migas de pan a una docena de gatos.

Tardecio, sin decir palabra, le alargó el saco.

-Todavía tendrás que venir con nosotros -dijo Elil-nadin.

-Eso es imposible! -Tardecio retrocedió un paso.

-Estarás con nosotros lo que demores en traducir la escritura de las tablillas.

Tardecio miró a sus espaldas y buscó el puño de su daga. Era un hombre fuerte y no se iba a dejar reducir con facilidad. Pero fueron seis los hombres que se le fueron encima y su resistencia fue breve y dolorosa.

Lucilius Carus, que se preciaba ser el carnicero de la nobleza y de la oficialidad romana regresaba, a esa hora, de casa de Salustia. Concurría con regularidad los lunes, lo que le hacía

acometer la semana con bríos y con la esperanza de reencontrar a Séfire la joven prostituta una semana después. Caminaba con parsimonia, buscando la fórmula con la que nunca le diría a Gúrgula, su mujer, que amaba tanto a Séfire, cuando fue testigo del rapto de Tardecio.

¿Quién no conocía al joven Tardecio? y había sido Carus quien en persona, la tarde del día anterior, el que había entregado los seis faisanes para el banquete en el que Lavinuis iniciara el cortejo del joven intelectual.

Carus dio la alarma y en Roma se desató la cacería más grande que conoció la República y que dio argumentos a Attico para escribir en contra del Senado.

Varios días más tarde lo encontraron, mal herido pero vivo, en una montería en las afueras de la ciudad. No habían pedido rescate por él y por sugerencia de Lavinuis el joven declinó declarar o tratar de identificar a los bandidos.

"Sólo serviría para que buscaran, en tí, venganza", le había dicho.

La banda de Elil-nadin lo secuestró en las catacumbas que ya se abrían en el subsuelo de Roma, curaron malamente las heridas causadas en su captura y pusieron delante de él las tablillas de greda.

Tardecio trabajó rápido y con eficiencia. Porque lo que le habían pedido era no sólo su traducción sino que además un método para tener acceso a cualquier documento escrito en esa lengua.

Al terminar Tardecio examinó la última tablilla y se la devolvió

al jefe judío.

_Esto no -dijo -esta dice relación con la forma en la que un comerciante de Sidón se hizo con las tablillas en el pasado.

-Todo nos interesa -insistió Elil-nadin.

Le hicieron jurar que jamás divulgaría el contenido de su trabajo y le reiteraron la promesa de no volver a molestarlo.

Unas semanas después, liberado ya Tardecio, los hombres de Elil decidieron viajar a Creta donde en algún lugar, -como señalaban las tablillas -el peregrino que intentara en vano socorrer a Ar había a su vez entregado la piedra, documento original de esos registros impresos en barro.

Esos hombres jamás regresaron. Habían llevado consigo el manual que escribiera Tardecio en la lámina de azófar y sí se sabe que alcanzaron la costa de la isla. Tampoco se conoce la suerte que tantos años antes había corrido el maltés que llevaba la piedra, pero no es improbable que, a pesar de la distancia en el tiempo, ambos hayan caído víctimas de la violencia. El primero quizás sucumbió a la agresividad de los guerreros minoicos y el grupo de judíos de Elil al odio que los rebeldes griegos de Creta tenían por los romanos por quienes, por error, pudieron haberlos tomado.

1989.-

La historia anterior da, aunque con datos que pueden ser considerados incompletos, una base para comprender cómo Aescenius Milagro encontró, al mismo tiempo, la piedra y el manuscrito con el método para descifrarla. Nosotros, por otra parte, estábamos listos para iniciar la traducción del libro de las Profecías de Shemeber.

Ram había terminado con la décimonovena espira del helicoide que dibujaba la escritura sobre la piedra y ya sabíamos que antes que una embarcación, los hombres habían construido una torre para

escapar del diluvio. Y que mucho antes del tiempo en que los estudiosos de la biblia han situado los eventos que en ella ocurren, hubo un pueblo que quiso acercarse a la infinitud de Dios navegando en una arca.

Las profecías de Shemeber se iniciaban en la vuelta número veinte, con una advertencia sobre el augur que daba el nombre al libro:

"Shmb'r h'bla un l'ng'ge 'ntig'o ss p'labr's p'dn ser 'nalc'nzabl's.

Ram, ya lo he dicho, dominaba el faliscano y el venético y para mí el latín y el etrusco eran idiomas conocidos. Por eso avanzábamos casi sin interrupción utilizando el código que Tardecio nos proporcionaba desde el rollo de azófar.

Pero entonces nos interrumpió Cristal.

-Por qué no descifran primero la carta que te llegó -nos sugirió -no olvidemos que estamos bajo el asedio de esos Literales.

El argumento era sólido y sin discutir dejamos de lado la piedra y abrimos la carta bajo la misma luz. Tampoco nos fue difícil saber lo que querían decirnos. La lengua era la misma, pero la habían modernizado agregándole las vocales.

"No es primera vez que los textos erróneos caen bajo la tentación de una divulgación universal. Los hombres nacieron con ese estigma, sucedáneo del pecado original. Ar, el Culpable, fue testigo de lo que afirmamos. Porque por ellos fue ajusticiado el hombre de los discos de vidrio en Tutub, por haber contado una historia distinta a la que la tradición oral lo obligaba. Por haber

sucumbido a la tentación de la fábula, por haber preferido la divagación a la rigurosidad, en último término la mentira a la verdad. Ese hombre era el encargado en Tutub de reproducir la historia incólume y fue débil. Ar fue el gran culpable, pues sacó de su origen la Mentira.

La piedra es nuestra, la piedra debe ser destruida. Entonces los Literales no tendremos razón de ser..."

-En eso tienen razón -dijo Cristal que escuchaba con atención.

-Y en lo otro también -acotó Ram - porque pase lo que pase con la piedra, siempre tendrán que empezar de nuevo. En la historia no existe la simultaneidad porque ella empieza todos los días, pero de diferente manera. Esta piedra es uno de los miles de documentos u objetos antiguos o prehistóricos conocidos que cuenta la biblia en forma distinta. La uniformidad de los cánones es indispensable para cualquier religión. Lo que los Literales no comprenden es que puede haber dos versiones de la misma verdad. Elohin no es menos Elohin y Noé no es menos Noé porque el primero le ordenara edificar una torre y no construir un arca... Esto les quedaría más claro si supieran que tampoco ha habido coincidencia cuando se ha descifrado la piedra. Lo que leyó Mose no es lo mismo que lo que había leído Aescenius, ni lo que leyó la computadora, ni lo que traducimos ahora nosotros. Todo está sujeto a un cierto grado de interpretación.

Ram se echó hacia atrás en la silla.

-Creo que será bueno que descansemos -dije.

-Hasta mañana, me parece bien -reconoció Ram.

Lavé las tazas y después, con Ben Jose, ordenamos los papeles. Yo estaba más tranquilo. Las revelaciones no parecían escandalizar ni a un rabino de Tel Aviv, ¿por qué entonces iban a producir un efecto alarmante en otras jerarquías eclesiásticas?

Apagamos las luces y salimos de la consulta de Cristal. Los Literales se habían esfumado y ya de vuelta en casa, en la cocina y mientras bebía un vaso de agua, sorprendí, además, a Ram llevándose una pastilla para dormir a la boca. Un hombre entrenado en el peligro no se medica para dormir si vislumbra algún riesgo cercano.

Al día siguiente me levanté temprano a preparar café. Con la traducción tan avanzada me permití pensar que Ram pudiera querer hacer un poco de turismo y se lo sugería a Cristal cuando la ví aparecer por la cocina. Era un domingo sin nubes y los caminos a la costa, en Otoño, están despejados.

Pero Ram no aceptó. Me agradeció la idea pero había decidido adelantar el viaje de regreso y por ese motivo quería terminar, de una vez, con las vueltas finales de la piedra donde estaba el libro de Shemeber. Incluso y sin querer ofendernos, me retrucó la invitación. Que yo lo dejara solo en el departamento de Cristal y que aprovechara el domingo para pasear con ella.

Yo le dije que no.

1947.-

El viejo Crosbie cumplió su sueño. Por sus años y por los años que corrían sabía que no iba a durar mucho, pero Director del Museo Británico se era una sola vez en la vida y pocos alcanzaban ese honor que le habían conferido.

Había hecho cambiar la decoración de su oficina, en el segundo piso, y utilizando sus gastos de representación hizo reparar el elevador que se abría en su antesala. Sus predecesores no habían sufrido de artritis como él y tampoco les había sido doloroso subir las amplias e interminables escalas que emergían del vestíbulo.

Sin embargo Crosbie tenía un sueño dentro de otro. Porque quería que su administración fuera recordada como una en la cual, a pesar del bajo presupuesto de post guerra, había dotado a la institución de piezas valiosas y antiguas.

Organizó una campaña de finanzas e incluso quiso entusiasmar a

un grupo de amigos para que formaran una sociedad de ayuda al museo, pero en ambas iniciativas le fue mal.

Más aún, al cabo de un año de gestión la afluencia de público había bajado en un veintitrés por ciento y los fondos que le traspasaba la corona se le iban en mantener los sarcófagos de los faraones y las alas de las aves de caza embalsamadas.

Entonces tuvo la idea de deshacerse de bienes, sin valor original y de poco interés para el público. De este modo ahorraría recursos en el aseo de las bodegas atestadas, obtendría dinero fresco para la adquisición de los tesoros que anhelaba dejar como herencia y podría ofrecer al público remolón y al inglés inculto nuevas atracciones.

La autoridad superior le autorizó el remate confiando en su buen sentido y sin ni siquiera pedirle especial cautela en no enajenar bienes imprescindibles. A nadie se le pasó por la mente que el director pudiera subastar objetos únicos e irremplazables. Menos teniendo en cuenta que Crosbie era muy aficionado en contar la historia de Lucius Mummius, el general romano que advirtió a los capitanes de las naves que traladaban las obras de arte de Corinto recién conquistado, que si las dañaban o perdían deberían reponerlas.

Así fue como en el verano boreal de 1948 Crosbie realizó el primer y por cierto el único remate que se llevara a efecto en los salones del Museo Británico.

La bodega número 245 no concitó la atención de los entendidos y sólo un anticuario de Amsterdam, después de revisar con

minuciosidad el contenido de un sinnúmero de cajas, decidió ofrecer tresciento cincuenta libras por un lote de tres. No hubo presión en contra y las cajas le fueron adjudicadas de inmediato.

Crosbie apenas estuvo dos días más en la oficina en la que había hecho colgar la cabeza de un león egipcio en una pared y tapizado otra con cientos de tablillas de greda encontradas en Mari y en Nínive. Después que fuera obligado a jubilar debido al bochornoso espectáculo de un museo subastando sus tesoros, sólo alcanzó a pernoctar una noche en su departamento. La demencia senil que incubaba se lo tragó en pocas horas.

1989.-

Dos hechos ocurrieron esa tarde final de domingo. La primera fue que Ram nos informó, con una falta de dramatismo que por lo demás coincidía con la forma en la que se había desarrollado mi vida, que él, sin ser un Literal, literalmente hablando, estaba de acuerdo con ellos. Quizás no tanto con ellos como con un grupo de estudios activo, con sede en Tel Aviv, y que reconocía a Elil como un precursor. Y la segunda, que nos aseguró que no debíamos preocuparnos. Que no trataría de convencernos ni nos haría daño, por el contrario, nos protegería de una fracción enemiga de la suya que quería hacerse de la piedra para preservarla como objeto, a su juicio, para el culto del Mal.

Esto sucedió después de que Ram terminara con las profecías de Shemeber y me mostrara el resultado. Habiendo obtenido lo que había

venido a buscar a este rincón del planeta, tiraba las cartas sobre la mesa. Tomábamos el espantoso café que había traído la noche anterior Cristal y su confesión me sirvió de disculpas para derramarlo sobre el mantel y encender un cigarrillo.

-Los otros te dejarán tranquilo en cuanto sepan que la piedra no existe -dijo.

-¿Los que me vigilaban y entraron a mi casa?

-Los dos grupos te han vigilado...

Yo me metí la mano al bolsillo del pantalón y saqué la piedra envuelta con un pañuelo y con el índice le señalé la biblia de Milagro, sobre la mesa. Cristal me observaba.

-Puedes tomarlas -le dije.

Ram agarró la piedra sin emoción y la envolvió con sus dedos gruesos y poderosos.

Yo ví a Cristal hacer una mueca cuando Ram la pulverizó con la fuerza de su puño.

Después siguió con la biblia, desmenuzándola y metiéndola a la estufa de leña que calentaba en un rincón.

-Puedes quedarte con la clave escrita por Tardecio -dijo como despidiéndose -no habiendo qué descifrar, su valor permanece en un nivel anecdótico.

No creyendo en la simultaneidad en la historia Ram no tenía por qué creer, tampoco, en la sincronismo multifocal de los hechos y en la contemporaneidad de los descubrimientos. Ambas hipótesis, pero hipótesis bien sustentadas como la de las coincidencias del guatemalteco Adrián Leonardo.

Una de las cosas que yo mejor comprendía y ante la que mejor reaccionaba era la locura ajena. La tolerancia y la costumbre de vivir al lado de gente que actúa y se comporta de las maneras más extrañas, experiencia que da la práctica de la medicina y de una cátedra en el Nuevo Pedagógico nos permitieron a Cristal y a mí permanecer casi indiferentes ante tamaña revelación de Ram.

Antes de irse Ram sacó una billetera y sin palabras extendió un cheque que dejó sobre la mesa. La cantidad era bastante grande y Cristal lo miró con interés. Yo también, pero le dije que no era necesario y me ví en la obligación de hacer con el cheque lo que él había hecho con la biblia de Aescenius Milagro minutos antes.

Ni siquiera nos ofendía. No pueden ofender conductas tan bizarras, no alcanzan a sorprender actitudes tan inesperadas.

Ram recogió su equipaje y en un radio taxi partió al aeropuerto donde lo esperaba el último avión a Israel. Después que se fue recogimos con Cristal los residuos desmenuzados de la piedra y yo respiré aliviado.

Desde el punto de vista de la arqueología y la lingüística mi sentimiento podía sonar de una vulgar irresponsabilidad, pero la presencia de esos restos, en la forma en que estaba, vestigios inertes y mudos para los próximos siglos, me llenaba de paz.

1989.-

Aun cuando en la relación de los Literales con mi persona Ram se equivocó, mi cátedra recobró la regularidad suficiente como para no perder la opción al año sabático y con Cristal volvimos a nuestro ritmo normal. No me deja fumar ni beber y ella se demora tres cuartos de hora en un expreso.

Pero eso no fue todo. Porque posteriormente yo visité a mi amigo Deblás, el viejo experto en computación y que aún tenía una biblia de Aescenius Milagro en su biblioteca. Fui a verlo con los papeles que me había dejado Ram Ben Jose y con el manuscrito del joven romano.

Me recibió como me había recibido la primera vez y movió la cabeza.

- Recuerda que casi se desintegró el computador con la pregunta que le hice -dijo.

Se refería a Ursus, el ordenador de quinta generación que ofrecía una empresa privada a quienes como él tenían las

calificaciones suficientes y al que había acudido un tiempo antes a petición mía.

-Es necesario -dijo yo.

-Es una pérdida de tiempo -dijo -no hay ninguna máquina que acepte reconocer una lengua que nunca se ha hablado. No hay analogía posible entre el idioma de la piedra y las fórmulas o programas en el cerebro de ninguna computadora en el mundo... Y ya ni siquiera tengo la biblia de Milagro, se la regalé a un seminarista amigo de mi nieto.

El viejo Deblás tiró de su barba roja. Con ese tic daba por terminado el tema.

Más tarde caminé por Apoquindo en busca de una cerveza, lamentando mi afán por inventar historias. Sin darme cuenta caí en la casa de antigüedades de Gustavo. Me reclamó por no haberlo llamado, pero estaba exitado por la posibilidad de adquirir, de un colega en Holanda, un Goya auténtico pero ignorado.

Yo me senté, con la mente en blanco, en un sillón Luis XV que se deshacía en una esquina.

Entonces Gustavo lanzó sobre la mesa la sección petrificada del tronco de un árbol.

-Quizás te interesa -dijo sin mirarme, atento al telefax que empezaba a transmitir -alguien la trajo el otro día.

Miré sin curiosidad el objeto hasta que descubrí, en su superficie, unos arañazos que discurrían dibujando el camino de un caracol. El grafismo era tan inconfundible que la lámina de

Tardecio estaba demás.

-Quiere venderlo -continuó Gustavo con la atención puesta en el mensaje que le llegaba de Amsterdam -y no muy caro, aunque es antiguo, muy antiguo, un fósil de una especie de cedro extinguido que crecía en el Medio Oriente, cerca de donde alguna vez se levantó una ciudadela, ¿Tubut..., o Tutub...? algo así dijo que se llamaba.

-2698.-

No se atrevieron a salir de sus casas hasta que pasó todo el tiempo que tenía que pasar desde que Taml-qi, el Heredero, el que hablaba con los dioses, había sido ejecutado

Sus seguidores habían aprendido de él la lengua y la escritura y sabían que los Poderosos de la ciudad lo iban a castigar. Porque comprendían que ellos no podían aceptar una versión distinta a la de la tradición.

Los Poderosos enseñaban que los hombres habían desafiado a Dios construyendo una torre para acercárcele y que El había confundido sus gritos y sus lamentos. Y que los había castigado enviándoles desde el cielo lluvia y barro y que por Su mandato Vsterm construyó una nave y en ella se salvó junto a su familia y a los animales que vagan por el desierto.

Y Taml-qi contaba otra historia, contaba la historia de la construcción de una torre que se elevó por sobre las aguas y el barro y en cuyo vértice sobrevivió el hombre y sus bestias. Y también de quienes, en el tiempo remoto echaron una barca al mar

porque querían pedirle cuentas a Dios. Y como ya no se entendieron entre ellos por designio de El, se extraviaron en una tormenta, izaron las velas cuando había que arriarlas, buscaron barlovento cuando el rumbo señalaba lo contrario y por ello y por su soberbia se llenaron de fatalidad.

Los seguidores de Taml-qi buscaron las raíces del cedro del cual los Poderosos habían obtenido el tronco aguzado en el que empalaron a Taml-qui y en la superficie mutilada de esa rama y siguiendo el dibujo de sus anillos, reprodujeron sus enseñanzas.

Este relato no iba a ser considerado como auténtico. Por rudimentarios que sean los actuales conocimientos de antropología, nadie ignora que la religión, como la conocemos, tiene su origen en períodos posteriores al del florecimiento de localidades como Tutub.

Por eso lo descarté.

1989.-

Cristal me sorprendió en plena faena con el trozo de madera antediluviana, o antebabeliana según como consideremos toda esta historia. La intención de mi trabajo no ofrecía dudas. Bajo la lupa el documento milenario de los seguidores de Ar, a su lado la lámina de azófar de Tardecio. Cristal me miró y colgó de la lámpara del techo el gancho de madera con las dos camisas con las que en ese momento regresaba de la lavandería.

-El dependiente no tiene una explicación -dijo sacudiéndolas frente a mis narices -y yo no quise dársela...

Entonces pude ver la manga derecha de las camisas, pintadas de rojo, teñidas a la perfección con un carmín intenso e imborrable...